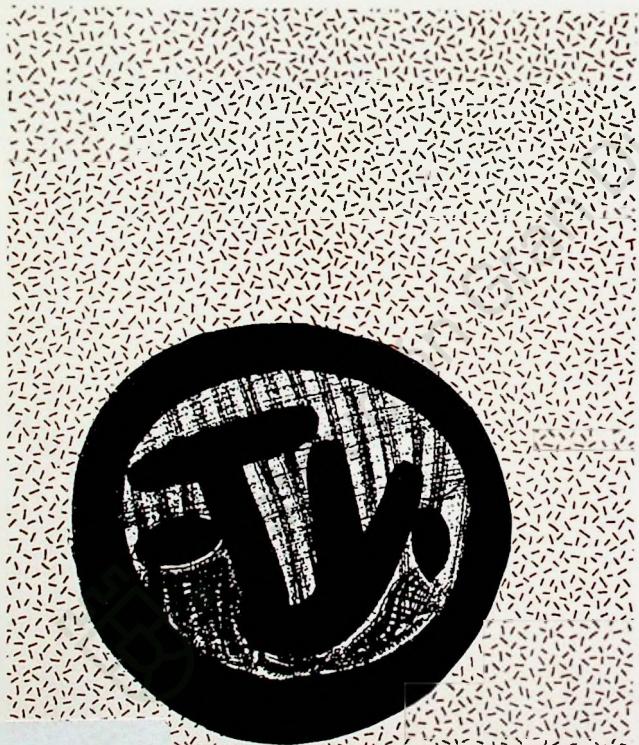


BALDOMERO JIMÉNEZ DUQUE

DON SANTOS MORO BRIZ



de Alba

EDICION TELAR DE YEPES

CION GRAN DUQUE DE ALBA
UTACION PROVINCIAL DE AVILA



Institución Gran Duque de Alba

CDU 929
262.12 (460.189)



BALDOMERO JIMÉNEZ DUQUE

DON SANTOS MORO BRIZ



Institución Gran Duque de Alba

Con licencia del Obispado de Ávila.
Ávila. 8 de agosto de 1992.
El Vicario general.
J. Blázquez.

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Carmelo Luis López (Director)
Tomás Sobrino Chomón (Subdirector)
Jacinto Herrero Esteban
José M. Muñoz Quirós
Luis Garcinuño González (Secretario)

I.S.B.N.: 84-86930-67-7

Depósito Legal: AV-76-1993

Imprime: Imprenta Comercial Diario de Ávila, S.A. - ÁVILA



John Dugdale Alba

PORTICO

Uno de los episcopados más largos en la historia de la diócesis de Avila ha sido el de D. Santos Moror Briz: treinta y tres años, de 1935 a 1968. Su presencia, humilde y bondadosa, se insertó en la vida diocesana, como algo connatural a la misma, como algo que tenía que ser. Porque D. Santos era de la Diócesis desde su nacimiento, y estaba en ella, quemó su vida por ella, murió silenciosamente en ella.

Pasó como una “presencia” que no ocupa sitio, que no hace ruido, pero que estaba allí cercana a todos, como el aire oxigenado que se respira a todas horas. Se fue en 1968, al aceptar la Santa Sede su renuncia, como quien cierra suavemente una puerta, con la misma sencillez con que había vivido siempre. Luego aún vivió doce años en su pueblo natal y al final en Avila. Poco a poco el silencio se fue haciendo más espeso en su torno. Es natural. Pero cuando llegó su muerte, todavía Avila se acordó de D. Santos, pues la mayoría de los avileses le había conocido, y rodeó de calor su sepelio.

Después, todo se ha ido olvidando. Su silueta, que irradiaba paz por nuestras iglesias y nuestras calles, y desde su despacho y sus visitas pastorales..., se fue esfumando. Ni siquiera se le ha dedicado una calle que recuerde su nombre. A él esto le habrá gustado, ya que, por sicología y por virtud, huía toda exhibición. Pero en nosotros está el que su memoria no se desvanezca, porque esa memoria puede hacer mucho bien.

Se trata de un hombre de Dios, de un testigo egregio de la fe cristiana, de un siervo bueno y fiel de la Iglesia, de un ejemplar de virtudes.

Esa presencia suya, que antes indicaba, era, casi sin darnos cuenta, una llamada de espiritualidad, de elevación para todos, algo que

sostenía el tono cristiano de la Diócesis. Y esto, repito, sin apenas espectacularidad. Es cierto, algo de ello hubo en sus años de obispo en ella. Era indispensable. La misma significación que Avila comporta por su historia religiosa lo llevaba consigo y lo exigía. Pero en conjunto esto fue esporádico y circunstancial. Lo más importante fue su vida entregada, perseverante, sacrificada, apostólica... Es lo que caló hondo, más de lo que quizá sospechamos, e hizo un bien inmenso a la Diócesis de Santa Teresa.

Pienso que todavía su recuerdo puede seguir haciéndolo. Por eso escribo este pequeño libro. No es una biografía clásica. Es una gavilla de datos y apuntes sobre D. Santos, antes de que se pierdan en el olvido. A las nuevas generaciones nada le dirán. Pero a los que le conocieron sí. Y en todo caso es un personaje importante de la historia abulense, que siempre habrá que registrar en sus anales por lo que hizo y significó en el momento histórico en que le tocó vivir como Obispo de la Diócesis.

CAPITULO I

INFANCIA

Don Santos Moro Briz nació en Santibáñez de Béjar, provincia de Salamanca y, entonces, Diócesis de Avila. Sus padres fueron D. Jorge Moro y Dña. Fernanda Briz, él de Villavieja de Yeltes y ella de Santibáñez.

D. Jorge fue durante 48 años Maestro de niños y jóvenes de Santibáñez. Excelente pedagogo, sacrificado por sus alumnos, elevó el nivel cultural de todo el pueblo, de donde desapareció el analfabetismo y permitió a sus hombres, tratantes muchos de ellos, crear negocios e industrias en España y Portugal, en varias localidades (Lisboa, Sevilla, Mérida, etc), donde surgieron verdaderas colonias de santibañeses.

Pero D. Jorge fue además y sobre todo un caballero a carta cabal y un cristiano ejemplar y fervoroso. Se había formado en Salamanca, cuando en ella el grupo integrista célebre de los Lamamié de Clairac, Gil Robles, Asensio, etc, se dejaba sentir. D. Jorge simpatizaba con ese grupo, sin ser militante ni exagerativo. (Su hijo D. Santos tampoco se metió nunca en política, pero, durante sus años sacerdotales, sus preferencias estaban por el grupo de Propagandistas de A. Herrera y su periódico *El Debate*. Pero él de esto apenas hacía porblema: estaba a lo suyo).

Al jubilarse D. Jorge sus discípulos le rindieron un cálido homenaje de sincero afecto, materializado en una esribanía de plata, que D. Santos conservó hasta su muerte. (Quisieron hasta erigirle un monumento, lo cual él lo impidió, porque decía graciosamente, que “no le gustaba dormir al fresco”).

Después de jubilarse y morir su esposa, se vino a vivir a Avila con

su hijo D. Santos. En Avila se dedicó a cultivar su vida de piedad y sus amistades, pues era muy comunicativo y amable. Y a hacer obras de caridad: fue durante mucho años Presidente de las Conferencias de San Vicente de Paul, desviviéndose por todos los que a él acudían.

Murió en Avila el 4 de octubre de 1933. D. Santos sintió entrañablemente la muerte de su "queridísimo padre". Escribía al día siguiente de la muerte a su hermana sor Rosalía, Hija de la Caridad: "Mucho consuelo nos ha traído tu carta, que llegó en momento sumamente oportuno: al regresar del Cementerio, y encontrarnos en casa con que él ya no estaba... Es una pena indefinible y una "soledad", que, solamente pasando por ello, puede apreciarse debidamente".

D. Jorge había tenido siete hijos: José, Venancio, Margarita, Santos, Jorge, Fernando y Modesta. De ellos, además de D. Santos, fue sacerdote D. José, y religiosa Modesta (sor Rosalía). Y ambos, José y Rosalía, murieron mártires en 1936: D. José en Cebreros, donde era párroco, y ella en Madrid. Joyas para la corona de un padre tan cristiano.

* * * * *

Santos nació el 1 de Junio de 1888. Fue bautizado con agua de socorro, y luego el día 4 "sub conditione" por el párroco, lic. D. Gabriel Herráez. Y pasó su infancia en su pueblo natal y en Valderrodrigo, donde a los cinco años fue a vivir con su tío D. Venancio Moro, párroco del lugar, y hermano de D. Jorge. (Anotemos que Valderrodrigo así como Villavieja pertenecen a la Diócesis de Ciudad Rodrigo).

D. Venancio fue un sacerdote venerable, piadoso, virtuoso, buen catequista, pobre y sencillo. Uno de esos muchos sacerdotes que han sostenido y cultivado la fe de nuestras gentes, como los piornos de nuestras sierras la tierra abandonada, impidiendo así que se conviertan en calveros. La estancia junto a su tío contribuiría no poco a formar en el pequeño hábitos virtuosos, afición y constancia en el estudio. Y despertaría en él la vocación al sacerdocio que llevaba en el alma. En sus últimos años D. Venancio se vino a vivir con su sobrino obispo, y en Avila murió en 1955.

Pero Santos no siempre estuvo en Valderrodrigo: venía también a Santibáñez, y allí hizo su primera comunión. Ningún detalle nos ha quedado de ella.

En 1898 Santitos intresó en el Seminario Diocesano de San Millán de Avila. Aquí permanecerá seis años estudiando Humanidades y Filosofía.

El Seminario de Avila vivía a la altura de la mayoría de los seminarios españoles de entonces; mediocremente bajo todos los aspectos. La lengua latina si, se estudiaba bien, se llevaba la garra del león en aquellos años primeros. Las demás asignaturas, la vida espiritual, hasta las condiciones materiales, todo, bastante pobre. Pero lo suficiente para que los alumnos de buenas disposiciones y voluntad pudieran orientarse y formarse. Don Santos fue uno de ellos. Venía bien preparado por el ambiente familiar. Entre sus profesores se destacan D. Agustín Sánchez Ocaña, D. Samuel López Aldea, etc.

Las Diócesis de Avila sostenía en el Colegio Español de Roma una beca para uno de sus seminaristas mejor dotados. En 1904 fue elegido para disfrutar de la misma D. Santos, que se distinguía por sus estudios y su comportamiento virtuoso.

CAPITULO II

ESTUDIOS

El Colegio Español de Roma, instalado entonces en el Palacio Altemps, pasaba por un momento de gran elevación espiritual. Vivía aún en Tortosa su fundador, el Bto. Manuel Domingo y Sol (D. Santos le conoció personalmente en la última visita que aquél hizo a Roma en 1907). Y era Rector del mismo D. Benjamín Miñana, sacerdote de gran valía, que hizo del Colegio un centro de formación sacerdotal muy logrado. Vivía en el mismo edificio y en contacto diario con el Colegio el cardenal español J. Vives y Tuto, y contaba también con el afecto incondicional del también español cardenal Secretario de Estado R. Merry del Val, que tanto ayudó a D. Manuel en su fundación. Por todo ello el papa San Pio X estimaba mucho a esta casa. En ese clima espiritual se forma D. Santos, que fue uno de los frutos acreditativos del Colegio. Fue "prefecto" de teólogos en el mismo, que era un cargo de confianza de los superiores. El guardó siempre un recuerdo y un afecto entrañables al mismo y a todos aquellos que habían colaborado en su forja sacerdotal. Recuerdo con qué ilusión viajó a Roma en mayo de 1925, primera vez que volvía a verla, y a su Colegio en particular. También a la vieja Universidad Gregoriana, en sus tiempos y entonces alojada, de mala manera, en un caserón de la Vía delle Botteghe. Fue una peregrinación organizada por la archidiócesis de Valladolid con motivo de aquel Año Santo, y para asistir a la canonización de St. Teresita. D. Santos fue el delegado en Avila de la misma. (Iría seguramente por eso de balde). Duró 26 días (desde el día 10) y visitaron varias ciudades de Italia.

* * * * *

Nuestro estudiante romano estudió y se doctoró en Filosofía, Teología y Derecho Canónico, entre 1904 y 1913, en la Universidad Gregoriana.

La Gregoriana era entonces el centro de estudios más célebre de Roma, uno de los más importantes de toda la Iglesia. Como es sabido, la Gregoriana es una institución de la Compañía de Jesús: prolongación del Colegio Romano que fundó San Ignacio. Y los jesuitas la han procurado dotar siempre de profesores excelentes. En cuanto al plan de estudios y condiciones para obtener los títulos no se exigía demasiado: ni tesinas ni tesis para las licenciaturas y los doctorados. Pero había que estudiar.

Por aquellos años el nombre que domina toda la universidad es el del P. Luis Billot (será nombrado cardenal en 1911). Son los años del revival del tomismo tras los esfuerzos de León XIII. Y son los años de la crisis modernista. Billot fue fiel a los deseos de los Papas. Y fue la magnífica oportunidad de su prestigio magisterial.

Billot es un gran metafísico metido a teólogo. Por eso teólogo especulativo (el aspecto “positivo” de la teología cuenta en él poca cosa), penetrante, claro, hasta sabroso. De su obra cumbre: *De Deo uno et trino*, se ha podido decir que es un poema metafísico sobre la categoría aristotélico-tomista de “la relación”. Una maravilla. Su tomismo es en gran parte personal (Suárez y los demás famosos teólogos jesuitas, paradógicamente, no tuvieron apenas presencia en la Gregoriana de entonces).

Esta misma posición le facilitó ser el principal baluarte doctrinal contra el “modernismo”, que serpeaba por aquellos días entre los pensadores eclesiásticos. Ello dío una gran seguridad a sus enseñanzas, aunque en algún aspecto las limitase. Fueron años en que se vivió en estado de alarma y hasta suspicacias a veces. Era natural.

Después de él vinieron las “repeticiones” de sus discípulos, y lentamente se fue abriendo paso el estudio de las fuentes (Escritura, Padres, Historia...). Pero de la talla especulativa de un Billot no volvió a haber otro en Roma hasta que brilló la estrella de P. R Garrigou-Lagrange, pero éste, dominico, en el Angelicum.

Pues en la Gregoriana del P. Billot, ortodoxo, seguro, especulativo, macizo..., se formó teológicamente D. Santos. El no se iba luego a dedicar a trabajos de investigación. No fue esa su vocación. Pero su

profesorado en el Seminario, y sus enseñanzas pastorales, tuvieron esos cimientos, que cualquier experto detecta fácilmente en su estilo pastoral. En aquel clima del Colegio Español y de la Gregoriana respiró a dos pulmones el amor al Papa y a la Santa Sede, que fue una de las constantes de su espiritualidad a lo largo de toda su vida.

Dijo que en la Gregoriana se doctoró en Filosofía, Teología y Derecho Canónico. Fue un alumno brillante, hasta el punto de recibir la medalla de oro al terminar la Teología. Medalla que él regaló a la imagen de la Virgen de Valparaíso, patrona de Santibáñez. (Siendo luego obispo patrocinaría la restauración de imagen y ermita).

* * * * *

El 6 de julio de 1911 recibió la ordenación sacerdotal de manos del Cardenal Merry del Val, que acostumbraba ordenar a todos los sacerdotes del Colegio Español. Al día siguiente celebró su primera Misa en las Catacumbas de San Calixto, junto a la de sus condiscípulo Aurelio Calzada, de Burgos, después jesuita, y gran amigo de D. Santos hasta morir.

CAPITULO III

CARGOS Y TAREAS SACERDOTALES

1913: D. Santos viene a Avila, a su Diócesis. Vendría con su corazón lleno de ilusiones y deseos. Y efectivamente, el obispo J. Beltrán y Asensio le nombraba profesor del Seminario, y luego Prefecto de Disciplina, Director Espiritual y Vicerrector del mismo. Fue un campo para él precioso, y en el que trabajó cuanto le fue posible. Dentro del tono más bien mediocre de ese centro, trató de elevarlo, de orientar y ayudar a los seminaristas que poblaban el caserón de San Millán. Aún poseemos algunos apuntes copiados a ciclostil que dió en sus clases. Explicó los primeros años algunos tratados de filosofía y de 1930 al 35 teología dogmática, como sucesor de D. Froilán Perrino.

He procurado recoger algunas impresiones de los pocos sacerdotes supervivientes de entonces. Dicen que D. Santos era de procedimientos suaves, y por eso se hacía fácilmente obedecer.

Un hecho magnífico de aquellos años fue el de ofrecerse e ir en 1918 al pueblo de Aldeanueva del Codonal (Segovia), entonces diócesis de Avila, a atender a los enfermos de la célebre gripe que asoló a toda España. El párroco también era uno de ellos. Y D. Santos estuvo allí casi un mes, en peligro constante de contagio, teniendo hasta que enterrar a los muertos. Un gesto heroico al que él no dió importancia.

* * * * *

El 20 de octubre de 1920 tomó posesión de una canonía de Oficio en la catedral de Avila, ganada por oposición. Le oí justificar este hecho porque, además de aconsejárselo unos y otros, le parecía conveniente para los cargos y actuación sacerdotales que llevaba entre manos. Esto entonces se cotizaba mucho entre el clero.

Al venir en 1922 los PP. Paules a llevar la dirección del Seminario, hubo de dejar su residencia en el mismo. (El influyó, me parece, en su venida al no poder hacerse cargo los Operarios Diocesanos por falta de personal). Y pasó a vivir a una casa de la calle Pedro de la Gasca, en el ángulo que ésta hace al torcer hacia la iglesia de S. Juan. Después D. Jorge compró una casa en la calle del Duque de Alba, nº 10, adonde se trasladaron con su hermana Margarita que los atendía. Ellos moraban en el piso de arriba en el interior: piso muy agradable, que al mediodía disfrutaba de una galería y de un pequeño jardín, llenos de aire y de sol. Para D. Santos fue un alivio, ya que pronto dió señales de poca salud, hasta el punto de tener que pasar temporadas en casa de su hermano Jorge en Navalmoral de la Mata, donde éste era Maestro y estaba casado. Fueron molestias principalmente intestinales, que le hicieron sufrir siempre, pero fuertemente a veces.

* * * * *

Después de salir del Seminario, los cargos oficiales y los quehaceres apostólicos llovieron sobre D. Santos.

Cargos: Vicesecretario Canciller del Obispado (24-VIII-1922); Fiscal de la Curia en lo contencioso (13-IX-1922) y en lo administrativo (2-VII-1925). Defensor de Vínculo (3-II-1926); Provisor del tribunal Eclesiástico (29-V-1935); Teniente Vicario Capitular Sede Vacante (15-VI-1935). (El Vicario Capitular fue D. Calixto Argüeso, Vicario General antes con el obispo Pla y Deniel, que marchaba ahora a Salamanca). D. Santos llevó también varios años la dirección de las Conferencias "de divinis" de los sacerdotes. Todos estos cargos daban que hacer, unas veces más y otras menos, pero siempre requerían atención y estudio, y tiempo, y prudencia. Esto indica la confianza que D. Santos inspiraba al obispo Pla, tan exacto y meticoloso en estos asuntos.

Pero muchos otros quehaceres pesaron sobre el joven sacerdote. Los principales fueron la Consiliaría de la Casa Social Católica, que creó Pla y Deniel en 1924, cediendo parte del Palacio Episcopal, y que acogía una serie de obras sociales, sindicatos, asistenciales... con cantidad de socios. Escuelas, cursillos, conferencias, actos recreativos,

etc. La presencia del Consiliario era obligada y constante a fin de que todo funcionase según los fines de la institución.

Otra Consiliaria que le dió mucho trabajo fue la de la Asociación de Padres de Familia, que llevaba consigo numerosos actos de formación y campañas y actividades diversas.

Añádanse más tarde la dirección del Apostolado de la Oración, y, al organizarse mejor la Acción Católica, la Dirección Diocesana de la misma. Y la de la Unión Misional del Clero.

Por cierto que en septiembre de 1929 hubo de asistir en Toledo a la Semana de A. C., organizada por el Cardenal Primado, y en ella tuvo una magnífica conferencia, casi improvisada, al fallar a última hora el que estaba encargado de la misma. El 20 de ese mismo mes marchó a Barcelona al Congreso Misional como presidente de la U. M.

Pero luego queda su confesorio de la Catedral, sus pláticas y ejercicios espirituales a unos y otras, su correspondencia, su dirección particular a muchas almas, etc.

Y su intensa vida de piedad, de la que hablaremos luego más despacio. Anoto aquí su presencia constante en la Adoración Nocturna. Fue fidelísimo a las noches de adoración mensual, a pesar de su poca salud y de la inclemencia e incomodidades que llevaba consigo el celebrarse en aquella iglesia de Sto. Tomé helada y heladora. Y esto continuó lo mismo después de obispo hasta que por sus achaques de los últimos años ya no pudo más. Fue Adorador Veterano Constante varias veces.

Mucho ayudó también a diversas comunidades religiosas, en particular a las Reparadoras, que desarrollaban un apostolado multiforme en su casa de Avila.

También a las Teresianas del P. Poveda, que abrieron aquí una residencia para normalistas en 1919. El fue su capellán voluntario y gratuito. Ello trajo consigo su amistad con aquel venerable sacerdote (mártir luego de Cristo), que, siempre que venía a Avila a visitar a sus Teresianas, pernoctaba en casa de D. Santos.

Con razón repetía D. Jorge en sus cartas a su hija sor Rosalía que Santos no paraba, que estaba desbordado de trabajo. Téngase en cuenta que seguía impartiendo clases en el Seminario. Y aún encontraba tiempo para darme a mí generosamente clases de latín para que pudiera incorporarme al Seminario. El motivo de conocerme fue porque hacía yo de acólito en la capilla de las Teresianas.

Algún pequeño relax tomaba algunas tardes de verano; el paseo por la carretera de Toledo, con otros sacerdotes y seminaristas, entre ellos el inolvidable D. Justo Sánchez, Penitenciario de la Catedral, que era el más constante en aquellos interesantes y animados paseos.

* * * * *

Los años de la 2^a República fueron penosos. Desde pronto aquellos republicanos de izquierda (que no supieron serlo), le dieron un cariz no sólo anticlerical sino de verdadera persecución religiosa. "No es eso. No es eso", de Ortega. Pero fue. Y terminó en la tragedia de 1936. Avila se sintió sacudida, como toda España. Hay una anécdota muy significativa de D. Santos de estos tiempos revueltos. Un día al pasar por el Mercado Grande unos desalmados quemaban una bandera española. El se lanzó valiente a impedirlo. Le respetaron. Y salió indemne del lance. El sano patriotismo es una virtud cristiana. Y también la fortaleza.

Aquellos años duros trajeron consigo más trabajos y preocupaciones. La Casa Social, los Padres de Familia, la Acción Católica en general, tuvieron mucho que hacer en medio de aquel ambiente tenso y desagradable.

Un gran regalo de Dios fue para él poder volver a Roma en 1934. Un grupo de Teresianas con la Srta. Segovia al frente, fue en peregrinación por la Pascua de ese año que cayó el 1 de Abril. E invitaron a D. Santos para que les acompañara. Llegaron para celebrar el Triduo Pascual y el día 1 asistir a la canonización de San Juan Bosco. D. Santos se hospedó en su querido Colegio Español, donde esos días convivió con el santo D. Manuel González, obispo, desterrado entonces, de su diócesis de Málaga. El día 2 celebró en las catacumbas de San Calixto. Gozó inmensamente con todo.

Precisamente, al final de aquellos años alarmantes e interrogativos, le tocó a D. Santos cargar con la suprema responsabilidad de la Diócesis.



CAPITULO IV

OBISPO DE AVILA

Porque en Mayo de 1935 era trasladado a la sede de Salamanca D. Enrique Pla y Deniel. Y un dia de primeros de junio siguiente llamaba a D. Santos el Nuncio de S.S. en España, Mons. F. Tedeschini. El Nuncio mandó que pasase a su dormitorio donde él yacía enfermo. D. Santos no salía de su asombro y hasta de su temor. ¿De qué asunto tan grave y urgente se trataría para que el Nuncio le diese audiencia en esas circunstancias? El representante papal se limitó a decirle: "Ha sido V. nombrado Obispo de Avila..." Don Santos instintivamente se echó de rodillas diciendo que el no sabía, no podía, etc. Pero el Nuncio cortó por lo sano: "Lo necesita la Santa Iglesia". Era cuestión resuelta.

La bula de promoción lleva fecha de 21 de junio, fiesta de San Luis Gonzaga. Y el 22 se hizo pública la noticia. La emoción y la alegría de los avileses fue inmensa y unánime. Casi todos le conocían y veneraban. Su piedad, su sencillez y modestia, su amabilidad para con todos: obreros de la Casa Social, gentes piadosas y hasta indiferentes...recordaban seguramente su silueta espiritual y recogida como era su estilo, como cuando en las procesiones catedralicias ayudaba a caminar al venerable anciano D. Félix Campos... Quizá algunos cuantos de los ya envenenados por las propagandas antieclesiales se quedaran silenciosos y a la expectativa. Pero no creo fuesen más que una minoría.

El 21 de septiembre tomaba posesión oficial del Obispado por medio de procurador, que lo fue D. Bernabé de Juan, Deán del Cabildo. Y el 22 fue la consagración por la mañana y la entrada solemne por la tarde, todo en la Catedral.

¿Quién influyó en aquel nombramiento? Sin duda principalmente el

obispo Pla. También se dijo que Mons. Tedeschini que pasó alguna temporada en Avila enfermo, preguntó a personas de confianza sobre algún sacerdote a propósito para obispo de Avila, y que todos repitieron el nombre de D. Santos.

Me dispenso de describir las ceremonias de la consagración y entrada. Me remito a las crónicas del Boletín Oficial de la Diócesis y de El Diario de Avila. Le consagró Pla y Deniel, asistido por el obispo M. López Arana, de Ciudad Rodrigo, y por fray Francisco Gómez Santiago O.P., abulense, Vicario Apostólico de Haiphong. El clero de la diócesis le regaló el precioso báculo pastoral que usó siempre y estrenó aquel día. El Sr. Nuncio se presentó al final del acto, y no pudo menos de llorar al ver el entusiasmo multitudinario de los avilenses por su nuevo obispo. Los aplausos fueron clamorosos. No sólo lloró él sino también otros muchos. Igual fue por la tarde. Fueron padrinos: D. Bernabé de Juan en nombre del Cabildo, y los Marqueses de Montefrío (según las costumbres de entonces). El Marqués, D. Mariano Aboán, era un militante agregio de la Acción Católica. Anotemos también que el 9 de noviembre le dedicó un homenaje cordial su pueblo natal.

Y ahora a pechar con una misión, siempre difícil, pero más en aquella hora particularmente sombría.

* * * * *

El escudo episcopal que según el estilo de aquellos tiempos le dibujaron es, podíamos decir, biográfico, con alusiones a sus personales circunstancias y devociones. No está compuesto según las reglas heráldicas. Pero su divisa fue la cifra de su pontificado: *Oportet illum regnare*. La glosó enseguida en sus primeros documentos pastorales.

Las palabras de saludo que pronunció en la tarde del día 22 fueron un esbozo de la *Exhortación Pastoral*, proyecto y programa de su futura actuación episcopal. Lleva fecha de 21 de noviembre de 1935.

Puede verse íntegra en el Boletín Oficial del Obispado de ese año (p. 377-403). He aquí aligos fragmentos más representativos:

“¿Será preciso deciros que procuraremos corresponder por nuestra parte a tantas deudas de gratitud como hemos contraído con vosotros, amándoos y sacrificándonos por vuestro bien?

¡Ah! pero corresponder a vuestra benevolencia aún nos parece poco. Estad seguros que nuestro afecto y nuestros sacrificios no serán sólo a título de corazón agradecido. Y es que, aún más que vuestras atenciones y muestras de benevolencia y vuestros dones, os apreciamos a vosotros. Permitid que lo repitamos. Sentimos como que el Espíritu Divino, al descender sobre nuestra alma en el día de la consagración episcopal, ha encendido en ella un afecto nuevo, entrañable, hacia mis avileses, afecto como de padre, y esto, notadlo bien, hacia todos: hacia los leales y fervorosos, hacia los tibios e indiferentes, hacia los descarriados que se alejaron en mala hora del redil del Buen Pastor... Afecto entrañable, práctico, que confiamos en el Señor se traducirá en obras. Afecto, no de mera simpatía hacia vosotros, dada nuestra convivencia de tantos años; ni por cálculo, o por intereses terrenos (sería una vileza que detestamos); ni por vanidad o por el prurito de conquistar el aura popular (triste de Nos si descendiéramos a ese plano “Si adhuc hominibus placarem...” (Gal. 1,10), no seríamos siervos de Cristo); ni por otros motivos más o menos razonables, pero humanos al fin. No, no es ese el motivo de nuestro afecto, sino el deber. Sí, por que nos tenemos el deber sacratísimo y dulcísimo de amaros, y de dedicar a vuestro bienestar todas nuestras energías, y nuestro tiempo, y nuestra salud, y nuestra vida. ¿Y en qué medida? Como Cristo: “in finem” ¡Hasta la cruz, hasta el martirio, como nuestro gloriosísimo Patriarca San Segundo! “Libentíssime impendam, et superimpendar ipse pro animabus vestris”. Nos gustosísimo expendituremos cuanto tenemos, y aún nos entregaremos a Nos mismo por la salvación de vuestras almas. (2 Cor. 12,15). Y como memorial perenne de ésta nustra obligación de amaros, y de la fidelidad con que debemos perserverar en el propósito de vivir solamente para vosotros, se Nos pone en el dedo este anillo, símbolo del *sagrado desposorio* contraido a la faz de los cielos con nuestra Iglesia abulense...

“¡Misión de paz la nuestra, misión dulce y atrayente, como de padre!

Venimos como Pontífice y mediador entre Dios y vosotros, como ayo de vuestras almas, como preceptor y Maestro, como Pastor vigilante; que no otra cosa significa el nombre de Obispo quiere decir “superintendente”, super-inspector, que vela desde lo alto, como los centinelas y guardas (“vigiles civitatis) que velaban rondando y cercando la ciudad para su defensa.

¡Dulce cargo el de Padre, y no menos dulce el de Pastor, lugarteniente del Príncipe de los Pastores Jesucristo!. Pastor que rige y gobierna, sí, pero al modo de Cristo, con amor y blandura de padre: Pastor que, en frase de uno de nuestros incomparables clásicos, (Fr. L. de León en “Los nombres de Cristo”) rige sustentando, es decir, apacentando, alimentando a sus súbditos, dándoles gracia y fortaleza para cumplir aquello mismo que se les manda, ya que ese sustento sobresustancial de la gracia es luz para la mente, vigor y sustento para la voluntad, y fuerzas para nuestra flaqueza, y antídoto contra el vicio y el pecado, que es el veneno mortífero del alma. Pastor, en fin, que manda lo que manda Cristo; y Cristo manda precisamente lo que constituye la verdadera riqueza, y descanso, y felicidad del alma, y la alegría y nobleza del espíritu. ¡Bendito Rey y Pastor Cristo Jesús!: Benditas leyes de Cristo, que dan la vida al alma, y apacientan con salud, y con delite, y con honra, y con descanso!”

CAPITULO V

TREINTA Y TRES AÑOS DE OBISPO

(Voy a seguir fundamentalmente un orden cronológico, año tras año. Pero algunas actividades habrá que agruparlas por materias, por tratarse poco más o menos de lo mismo, y hasta para resaltar mejor así su significado dentro de la pastoral episcopal de Don Santos. Como parte última de todo añadiré unas notas sobre su vida personal, hacer un dibujo, en lo posible, exacto de su alma, sin prejuicios ni tampoco mitificaciones de su vida santa y ejemplar.).

Don Santos se instaló para habitar y llevar desde allí el gobierno de la Diócesis en el “Palacio Episcopal”. (Lo de “Palacio” tiene su miga y ya hablaremos de ella). Allí habían residido desde el siglo XVIII los Obispos (era el antiguo Colegio de la Compañía de Jesús que los obispos recibieron a cambio del ruinoso Palacio de cerca de la Catedral). Y allí estaban las oficinas de la Curia Diocesana.

En él vivió siempre Don Santos hasta su renuncia al obispado. Con algún sacerdote familiar (a veces seminarista nada más), que se fueron cambiando varias veces según las urgencias de la Diócesis lo llevaban consigo. Luego alguna mujer atendía la cocina y limpieza. A temporadas también su hermana Margarita (mujer bastante difícil), o su sobrina Pilar. Los últimos años hasta morir su sobrina Maruja, hijas ambas de su hermano Venancio. Todo al mínimo y modestísimamente siempre.

Pues bien, D. Santos a lo suyo. Ya en mayo y junio de este año, a pesar de las circunstancias políticas tan inquietantes, comenzó sus Visitas Pastorales por Cespedosa, Barco y Piedrahita. Pero sobre esta tarea pastoral de todos los años hablaremos después ex profeso, más en general.

LA GUERRA.

El pontificado de D. Santos tuvo estos comienzos tristes: la guerra de 1936-39. El precisamente no estaba en Avila: había ido a Salamanca a hacer Ejercicios Espirituales. Pero enseguida quiso estar en ella. Y el día 24, el día de la amenaza de la columna Mangada sobre la ciudad indefensa, que se conmovió toda, fueron en un coche a por él sus sobrinos Aureliano y Amador cargados de fusil. Aquellos primeros días fueron eufóricos. Pero pronto se vió que aquello no una broma, sino algo muy serio. El ambiente se fue cargando de pesimismo. Y las noticias que fueron llegando de la parte sur de la Diócesis desgarradoras. Como nota curiosa de aquel día 24 dejó aquí consignados estos recuerdos.

Hacia las nueve de la mañana empezó a correr la noticia: una columna de "rojos" avanza hacia Avila desde Madrid. Expectación y conmoción. Los de Falange y los de la Ceda se movilizaron enseguida. En la ciudad no había más fuerza que la media docena de soldados del Gobierno Militar y la policía. Nada. El Gobernador Sr. Rubio (el Gobierno estaba en la Academia de Intendencia, que entonces no existía) repartió las pocas armas disponibles. Los demás que acudieron -muchas gente- con escopetas de caza, con palos, etc. organizaron columnas, que marcharon, cantando, hacia la carretera de Madrid. Pintoresco todo. Se dieron órdenes de que las mujeres viniesen todas a dentro de las murallas, cuyas puertas se cerraron con sacos terrenos. Venían desoladas. (Las monjitas, valientes, no se movieron). El colmo de la candidez llegó al extremo de que yo y los sobrinos de D. Santos hicimos montones de piedras en la galería abierta del obispado que daba sobre el Rastro para tirarlas desde allí a los que quisieran asaltar el muro. ¡Como en el siglo XII!

En Avila estaba estos días Josefa Segovia, que se libró así de la tragedia de Madrid. Comulgó precipitadamente el copón, y con todas las teresinillas que había, se refugió en el "estanco" de mi madre, en la calle Cendrera entonces. Reza que rezan rosarios.

En un momento dado, corrió la voz: ¡los "rojos" han huido!.

Avila se libró de la pesadilla. Las columnas volvieron triunfantes sin tirar ningun tiro. No sé hasta donde llegarían algunos: Vico...¿?. Luego surgieron las leyendas: que si la Virgen de Sonsoles... Lo sucedido fue parece ser que en Aldeavieja les debieron informar que Avila estaba defendida y con mucha tropa. Cosa bien falsa. Y no se atrevieron a más.

Ellos eran también unos cuantos camiones de milicianos improvisados. Algunos merodearon más por aquellos lugares: un grupo fue el que mató aquel día a Onésimo Redondo por Labajos.

La alegría en Avila tras la “victoria” fue tan grande como el temor anterior. Al salir las teresianas del “estanco” se encontraron con D. Ferreol Hernández y D. Gordinao M. Ahumada que pasaban vestidos de chalanés: el aplauso fue colosal.

Fue un episodio en el fondo muy serio (pudo haber ocurrido aquí como en Guadalajara), pero que quedó en comedia. Sí, gracias a la intercesión de la Virgen y de Santa Teresa.)

Por fortuna toda la zona de la Diócesis de la provincia de Toledo (Oropesa, etc.) y de los arciprestazgos de Arenas, Valle del Tiétar y casi todo el de Cebreros, quedó liberada pronto a causa del esfuerzo del Ejército por llegar al Alcázar de Toledo (28 de septiembre). D. Santos supo enseguida cómo quedaban arrasadas cantidad de Parroquias, y de la muerte de 29 sacerdotes diocesanos en ellas. Uno, su hermano D. José, del que enseguida se fue a buscar el cadáver en el campo donde había sido matado y enterrado (el día 24 de julio) para ser trasladado al cementerio. Se oían aún los cañonazos de la batalla cercana. En la Iglesia de Cebreros se improvisó, como se pudo, un funeral de corpore presente: al entonar la oración final D. Santos rompió a llorar.

Queden aquí consignados los nombres de aquellos sacerdotes que murieron por el único delito de serlo:

Lic. D. Julian González Mateos, Arcipreste, Párroco de Arenas de San Pedro.

- D. Damián Gómez Jiménez, Párroco de Mombeltrán.
- D. Catalino Hernández Elena, Encargado de Ventas de San Julián
- D. Diego González Beades, Residente en Cuevas del Valle
- D. Carlos Garzón Pérez, Ecónomo de Calzada de Oropesa
- D. Restituto Mediero Rodríguez, Arcipreste, Párroco de Oropesa.
- Lic. D. Mariano Guerras Salcedo, Párroco de Valdeverdeja
- D. Antonio Tejerizo Aliseda, Párroco de Lagartera
- Lic. D. Basilio Sánchez García, Arcipreste, Párroco de Navalperal de Pinares.
- D. Tarsicio Gómez Fuertes, Párroco de Cervera de los Montes
- D. Serverino Coca Inaraja, Párroco de Nuñogomez
- D. Pedro Estrada Altozano, Párroco de Navalcán
- D. Salustiano Domínguez Sastre, Párroco de Alcañizo
- Lic. D. José Máximo Moro Briz, Párroco de Cebreros
- D. Valentín Moreno González, Párroco de Real de San Vicente
- D. Domicio Santos Martín, Coadjutor de Candeleda
- Lic. D. Timoteo García Herráez, Arcipreste, Párroco de Sotillo de la Adrada
- D. Eusebio Nicésoro Pérez Herráez, Coadjutor de Oropesa
- D. Ismael Santos Rodríguez, Párroco de Poyales del Hoyo
- D. José Sáinz Rodríguez, Párroco de El Almendral
- Lic. D. Marcelino Ramos Rincón, Párroco de Berrocalejo de Abajo
- D. Jerónimo García Jiménez, Párroco de Escarabajosa
- Lic. D. Rafael Bueno Castaño, Párroco de Parrillas
- D. Agustín Bermejo Miranda, Párroco de Hoyo de Pinares
- D. César Eusebio Martín, Capellán del Hospital de Oropesa
- D. José García Librán, Párroco de Gavilanes
- D. Fidelio González Navarro, Coadjutor de Arenas de San Pedro
- D. Juan Mesonero Huerta, Ecónomo de El Hornillo

D. Lucio Herrero Maza, Ex-Párroco de Gallegos de Solmirón. (Este murió en Santander).

(B.O.E. de la D. de Avila Octubre 1936 pág. 365-68)

El 4 de septiembre publicaba una interesante *Exhortación Pastoral* sobre la guerra (BO., 299-306). En ella, además de pedir oraciones e invitar a que se organicen cultos públicos para la terminación del serio conflicto, deducía consecuencias pastorales prácticas para que la guerra sirviese de lección para todos los cristianos españoles. En la Catedral de Avila, bajo los bombardeos, se tenían todas las tardes aquellos actos religiosos, a los que él siempre asistía.

El 15 de octubre, día de la Santa, fechaba otro documento, una *circular* sobre la reorganización de las Parroquias devastadas (BO., 369-377). De nuevo, el 9 del XI, otra *circular* con "nuevas instrucciones" (BO., 402-410). Había así que partir desde cero, sin sacerdotes (además de los muertos, los más jóvenes tenían que marchar al "frente"), sin mobiliario litúrgico, sin archivos, sin nada... Destrozos, lágrimas, odios...

La *Exhortación Pastoral* de 18 de diciembre (BO., 429-436) *Sime intermissione orate*, dice ya por su título el tema y contenidos de la misma. (Sobre sus documentos episcopales haremos más tarde un comentario general).

1937. Todo él discurre bajo el signo de la guerra. Pero dentro de ese contexto la actividad pastoral del prelado se desplegó constante.

Paso de abispos (el de Madrid, D. L. Eijo Garay, estuvo ahora y en otras ocasiones varios días en Avila en la espera de la "próxima" toma de Madrid; Cardenal Gomá...), sacerdotes y gentes huidas que se refugiaban en Avila, noticias, esperanzas, penas... (Nos refugiábamos durante los bombardeos en las escaleras de piedra que estaban emprotradas dentro de los muros-maestros del centro de la casa. Era para entonces un buen lugar).

Un quehacer, en gran parte desconocido y que para siempre quedará indocumentado, fue el de salvar vidas de los del bando contrario que vivían en Avila. Muchos se refugiaron en él. Y él hizo cuanto pudo en ese sentido, aunque no siempre fuesen atendidos sus deseos.

Obispo y sacerdotes trabajaron en ello, hasta heroicamente a veces.

En abril de este año visitó varias parroquias de la Diócesis, pero sobre todo las del sur que habían sido devastadas. Fue un recorrido impresionante. Todo estaba lleno de heridas. Y él a todo atendía. La reacción de las gentes emocional. Varias de aquellas parroquias seguían en el "frente", pues éste era el río Tajo hasta el final de la guerra: noches hubo que no nos dejaron dormir en algún pueblo por el peligro que podía correrse.

En Avila se siguió trabajando, y más cada día, principalmente, por la A.C., que D. Santos, como exprofeso veremos, cultivó con una predilección enorme. Como si no pasara nada.

Las mujeres de A. Católica comenzaron una serie de actividades en cadena: Ejercicios Espirituales, Asistencia a las mujeres en cárceles, Cocina Económica, actos de formación... Del 6 al 11 de abril la *1ª semana de la Madre*, con éxito singular. Todos los años en adelante se celebraría. Y el Consejo de Madrid la hizo nacional, mereciéndolo los elogios del papa Pio XII.

En octubre apareció el primer número de la pequeña revista *Espigas* para el fomento de Vocaciones Sacerdotales. Recuerdo que a D. Santos le entusiasmó aquel primer número, del que ni un ejemplar se encuentra actualmente.

CAPITULO VI

1938 – 1940

1938. Porque la gran preocupación de D. Santos desde el primer momento fue el Seminario. Por necesidades de la guerra los alumnos tuvieron que trasladarse al de Salamanca durante el curso 1936-1937, por amable gentileza del obispo Pla. Luego ya se acomodaron en el viejo caserón de la calle del Duque de Alba, que pronto fue quedando colmado de seminaristas dado el número de vocaciones que surgieron al terminar la guerra. Pero los cursos últimos eran poquísimos, y hasta tenían que retrasarse las ordenaciones por exigencias canónicas al haber estado casi todos de soldados durante la guerra. Las ordenaciones fueron a cuentagotas hasta 1949 que empezaron a ser numerosas. Fue una de las crues del pobre obispo, que no tenía muchas veces tela suficiente para tantos huecos.

La *Exhortación Pastoral* de 25 de julio de 1938 sobre el Seminario es muy bella (Bo., 269-280). Todos los años escribía una o dos sobre este tema, véase también como otros ejemplos, la de 1939 (Bo., 289-298), y la de 1941 (Bo., 305-319). Tengase en cuenta que por entonces se celebraban dos días del Seminario: el de San José y el veraniego del día de la Asunción. El Seminario “es la preocupación más honda de nuestro ministerio pastoral”.

En los acabijos del año 1938 se presintía ya próxima la victoria del bando nacional. El Sr. Obispo adelantándose a las consecuencias prevenía a sus diocesanos acerca de las mismas: *Exhortación Pastoral: Por Dios y por España*, 15 de diciembre de 1938 (BO., 487-494).

1939 El 1 de Abril terminó oficialmente la guerra. Enseguida D. Santos publicaba una *Instrucción Pastoral*, 19 de abril de 1939, (BO., 115-123), sobre los huidos que regresaban a sus pueblos de origen.

Quería excitar en todos los fieles sentimientos fraternales para con todos, los mismos sentimientos paternales que él llevaba en su corazón.

Una pequeña novedad muy de su agrado fue la de la *1ª Semana de Estudios Teresianos*, que tuvo lugar del 18 al 24 de septiembre, con intervención del P. Crisólogo cd., del Marqués de Benavites, de D. Ferreol Hernández, etc. Semanas que pasan ya de su cincuenta edición, pues se siguen celebrando todos los veranos con gran aceptación del público.

1940. Todo se fue normalizando después del trauma de la guerra. El ritmo ordinario de la vida y de las actividades normales y diarias no tiene historia. El secreto de su valor está en el espíritu de fe y de entrega con que ello se vive y se hace. Algo de esto subrayaré cuando nos asomemos al alma de D. Santos. Aquí sólo iré anotando los acontecimientos especiales más relevantes en la vida de una Diócesis pequeña y pobre como es la de Avila.

Así en este año registramos en mayo la gran *peregrinación diocesana* a Zaragoza presidida por la imagen de Santa Teresa y por su Obispo. Fueron más de 2.000 los peregrinos. También volvería en agosto acompañando a los jóvenes de A. Católica de España en su magna concentración zaragozana. El hizo a la Vigen la ofrenda de la misma.

Del 16 al 23 de junio se celebró la *1ª Semana del Catecismo*, que él alentó y presidió con gran ilusión. Ya de antes había fundado el *Secretariado Catequístico*. Pastoralmemente actividades de grande importancia.

También el 27 de agosto celebró Misa Pontifical en la Catedral para conmemorar el centenario del nacimiento de T. L. de Victoria (fue una proximación, pues de hecho hubo de ser años después, hacia 1547) Con ese motivo había escrito en febrero una pequeña circular (BO., 53-57). El promotor de todo fue D. Ferreol Hernández, gran victorianista.

El 24 de agosto presidía el acto de pasar las camelitas del Monasterio de la Encarnación a la Reforma teresiana, y tomaba la nueva profesión de aquellas en ésta.

Un asunto que le debió hacer pensar mucho, y hasta sufrir, dada la delicadeza de su alma, fue la de devolver la dirección del Seminario al clero diocesano. Le pareció llegado el momento del relevo de los beneméritos PP. Paules, dados los nuevos vientos que corrían de elevación del clero diocesano por todas partes. Esto precisamente se manifestaba en el legítimo deseo de que los centros de su formación estuvieran en sus manos. La mayoría de los Seminarios españoles que no tenían dirección autóctona, comenzaron a tenerla. En Ávila el nuevo equipo se hacía cargo del centro en octubre de este año, al comenzar el curso.



Institución Gran Duque de Alba

CAPITULO VII

1941 – 1944

1941. El año 1941 se abre prácticamente con una *Carta Pastoral* a los sacerdotes, 28 de enero (BO., 3-8). Se titula *Al comenzar el nuevo año*, y es un resumen completo de preocupaciones pastorales, un examen de conciencia, un programa de acción para la reconstrucción y renovación cristiana de aquellos momentos.

Del 30 de enero al 2 de febrero las Mujeres de A.C. celebraron una *Semana del Seminario*, su tema predilecto.

Luego del 24 al 27 de abril los Jóvenes de A.C. tuvieron una magna *Asamblea Diocesana*, que él animó con su presencia en numerosos actos. (BO., 151-154; 229-233).

Enseguida, del 12 al 18 de mayo la 2^a *Semana del Catecismo* (BO., 236-240). Comenzaron también los *Cursillos de Acólitos*.

Y los actos preparativos del 4º *Centenario del nacimiento de San Juan de la Cruz*. Constitución de Juntas, etc. Todo precedido por un documento suyo, pregón, diríamos del centenario (BO., 463-469).

1942 Las celebraciones centenarias del Santo de Fontiveros son la nota especial del año. Aquí no vamos a hacer su crónica. Baste decir que las principales fueron del 21 al 27 de septiembre (charlas, triduo solemne, pontifical, procesión...)

D. Santos tuvo también en Madrid un precioso discurso sobre la *Actualidad de San Juan de la Cruz*, que publicó el BO., en los números de agosto y septiembre, en las páginas de suplemento que dedicó a lo largo de todo el año al centenario.

1943. Registraremos la *Instrucción Pastoral* sobre la Consagración de la Diócesis al I. Corazón de María (BO., 11-19).

Y sobre todo el traslado del *Seminario Menor a Arenas de San Pedro*. El de Avila estaba ya a tope. Y en Arenas se pudo adquirir, en condiciones económicas únicas, el antiguo Palacio de los Borbones con su finca deliciosa (jardín, huerta, estanque...), emplazado todo al mediodía, lleno de sol, de olor a pinos, de salud... La finca toda hacia un total de 27.015 m². El 14 de agosto se firmó la escritura pública de compraventa ante Notario. El legado para el Seminario de la inspectora de 1^a Enseñanza, D^a Lucía Zamora, sirvió para poder pagarla. Fue una de las grandes satisfacciones de D. Santos. "La situación, el clima, la finca en sí misma... son preciosos y estupendamente a propósito. Ya tenemos donde recoger nuestras vocaciones futuras," escribió al anunciarlo en el Boletín de agosto. Se adaptó enseguida la casa en lo más necesario (luego se harían mejoras continuas los años de después), y pudo inaugurarse el 11 de noviembre de este año. El pueblo recibió a los chicos con emoción y aplausos, y no digamos nada el venerable párroco D. Marcelo Gómez Matías, que puede ser llamado cofundador de aquel seminario.

Fue uno de los grandes aciertos de D. Santos. En aquel ambiente y en aquel clima mucho más suave que el de Avila, y a base de excelentes superiores que lo dirigieron, el Seminario Menor de San José tuvo una vida próspera y espléndida, hasta que en 1972, después de dejar de ser obispo D. Santos, fue cerrado, ¡pro dolor!. Y, más aún, mal vendido en 1988. *¡Sunt lacrimae rerum!*

1944 De este año sólo hay que anotar de especial las Misiones en la ciudad de Avila del 24 de febrero al 5 de marzo.

Y la Circular sobre *La Acción Católica en nuestra Diócesis*, uno de los recursos pastorales en que él más insistió siempre. Ya volveremos sobre ello. (BO., 401-411).

Este año comenzaron también la *Asambleas o Congresos Eucarísticos Comarcales*, en los que él puso mucha ilusión, y no sin motivo.

Porque hicieron mucho bien. La preparación pastoral de las mismas en los pueblos que les correspondía, la celebración de los días del Congreso con conferencias, cultos, pontifical, procesión... sacudieron a

muchas gentes. Siempre las anunciaba y las precedía con una exhortación pastoral. La ideas eran poco más o menos las mismas siempre con unas u otras matizaciones. Como exponente de la finalidad que se perseguía en estas Asambleas, cito estos párrafos de la que escribió con motivo de la de Sotillo de la Adrada en 1961(BO., 4-5):

“Anhelamos infundir en nuestros fieles una verdadera, sólida y profunda devoción a la Santísima Eucaristía, con todas sus saludables consecuencias. En primer lugar, claro es, despertando una fe viva en la presencia real de Jesucristo en este Sacramento.

Desgraciadamente la Santísima Eucaristía- que es “el alma de la iglesia” (León XIII)- no ocupa en el corazón de muchos de nuestros cristianos el lugar que merece. Para muchos de ellos Jesucristo Sacramentado pasa completamente inadvertido.

Y esto, aún entre la gente que pasa por “devota”.

Y no obstante, la divina Eucaristía, el sacramento del *Amor*, debiera ser juntamente el sacramento del *gozo*, y Jesús Sacramentado el “Cielo en la tierra”.

Prescindiendo ahora de otras obvias consideraciones, estas Asambleas -si se preparan debidamente y se prolongan en forma de “Año Eucarístico”- aspiran a ser un medio pastoral de singular eficacia, una parte del programa de “recristianización” y renovación cristiana a fondo, y “vuelta al Decálogo”..., de nuestros pueblos.

En sustitución de esa fé lánguida, mortecina, inconsciente..., y de esas prácticas de piedad rutinarias, queremos una fe consciente, viva, actuante; una revalorización de los tesoros sobrenaturales, una estima profunda de la gracia santificante y de nuestra filiación divina, y de los dones y virtudes sobrenaturales (la caridad, la abnegación y mortificación cristiana, la humildad, la paciencia en los trabajos, la pobreza de espíritu, la justicia social...)

Contra la concepción pagana de vida, que se va infiltrando hasta en nuestras aldeas, y privándolas de savia y del vigor cristiano...

Queremos despertar en nuestro fieles una conciencia perenne de su

condición de peregrinos, de suerte que -por encima de todas sus aspiraciones y anhelos- suspiren por conquistar la felicidad sempiterna, "aquella vida de arriba, que es la vida verdadera..." (Santa Teresa).

En este año de 1947 empezaron estos congresos con el de Arévalo. Lo presentaba en el BO. de marzo (141-148). Tuvo la alegría de poder celebrarlos hasta 26 veces. Unas veces la clausura tuvo más solemnidad que otras, hasta con asistencia y participación de otros obispos. Dependía de la importancia de lugar, etc. Queden aquí consignadas la localidades y las fechas de los mismos.

Arévalo. 25-28 mayo 1944. San Esteban del Valle. 10-13 mayo 1945. Piedrahita. 24-27 mayo 1945. Olmedo. 30 mayo- 1 junio 1946. Cebreros. 29 mayo- 1 junio 1947. Oropesa. 1-4 junio 1947. Castillo de Bayuela 22-25 abril 1948. Barco de Ávila 20-23 mayo 1948. Piedralaves. 19-22 mayo 1949. Arenas de San Pedro. 18-21 mayo 1950. Madrigal de las A. Torres. 18-212 octubre 1951. Burgohondo. 15-18 mayo 1952. Fontiveros. 28-31 mayo 1952. Hoyos del Espino. 8-10 Julio 1955. Muñico. 20-22 septiembre 1956. San Miguel de Serrezuela. 23-26 mayo 1957. Las Berlanas. 29 mayo- 1 junio 1958. Solosancho. 14-17 mayo 1959. Becedas. 19-22 mayo 1969. Sotillo de la Adrada. 11-14 mayo 1961. Bonilla de la Sierra. 2-3 junio 1962. Velayos. 23-26 mayo 1963. Mombeltrán. 4-7 junio 1964. Langa. 20-23 mayo 1965. Papatrigo. 31 mayo- 5 junio 1966. Umbrías del Barco. 20-22 septiembre 1968.

CAPITULO VIII

1945 – 1950

1945

Unicamente hay que recordar sus intervencioes en las fiestas del Centenario del Nacimiento de S. Pedro Bautista. Tanto en Avila como en San Esteban del Valle. Véanse en el Boletín las breves reseñas: 91-93; 111-112;274-277.

1947

En el año 1946 no nos encontramos con nada novedoso. Pero 1947 trajo consigo un hecho impresionante para D. Santos: su *1^a Visita ad limina*.

Tuvo lugar del 25 de noviembre al 6 de diciembre. Y de ella dió amplio informe en el Boletín de diciembre. La audiencia privada con el papa Pio XII le impresionó extraordinariamente. Y sus palabras para los diocesanos abulenses aunque fuesen las habituales en estos casos, le sirvieron a él para insistirles sobre las exigencias de la vida cristiana.

1948

Tres grandes sucesos.

El primero fue la peregrinación de la imagen de la Virgen de Fátima por toda la Diócesis.

Y merece recordarse, porque, como ocurría en todas partes, algo al parecer tan sencillo, constituyó un multitudinario plebiscito de amor a la Señora, y por parte de ésta una verdadera misión popular que sacudió a muchos.

El segundo fue comenzar la construcción del edificio del Seminario. *El Seminario Nuevo* fue la gran aventura de D. Santos. Pero se lanzó a

ella y la sacó adelante a fuerza de oración, de confianza en Dios y de desvelos.

La necesidad era evidente, dadas las circunstancias y los tiempos. Casi todas la Diócesis de España tuvieron que hacer lo mismo por entonces. El viejo caserón era pequeño, antihigiénico, deficiente en todo. Ya de años él, y todos, daban vueltas al asunto. Al comprar el Palacio de Arenas ya apuntaba él la idea. Pero la Diócesis de Avila era muy pobre. ¿Qué hacer?. Pues decidirse, y con confianza y audacia acometer la empresa. Y la fe lo pudo todo.

A 25 de febrero del año anterior, 1947, ya decía en el Boletín:

“¿Es que la Diócesis de Avila puede resignarse indefinidamente a tener un Seminario Mayor en un edificio como éste, tan deficiente por todos conceptos?. No quisiéramos salir de este mundo con el remordimiento de no haber siquiera planeado asunto tan vital, y despertado sobre ello la conciencia de los fieles”.

Y a 21 de julio escribía: “Quisiéramos que empecéis ya desde ahora a compartir nuestras preocupaciones, es... la construcción de un nuevo Seminario. Todos los indicios son de que ha llegado la hora de acometer esta empresa. Son demasiado raras ciertas coincidencias, para no barruntar en todo ello la mano amorosísma de la Divina Providencia, que nos impulsa a esta obra, quizá humanamente hablando temeraria en una Diócesis como Avila”.

Se pidió ayuda al Estado y otras entidades, que sí ayudaron. Pero no mucho. Por cierto que, como en alguna reunión de la Junta que se constituyó para el caso, ponderase D. Santos el interés que un personaje de la política estatal tenía por el Seminario de Avila, alguien indicó que era porque decía aquel señor que había que ayudar a este obispo tan santo. A lo que D. Santos replicó: ¡pues cuando se enteren que no es verdad, habrá que devolver el dinero!. Este tener que recurrir a instancias superiores y extrañas le costó mucho, pues era tímido y excesivamente delicado para estas cosas. Pero tuvo que hacerlo.

Sin embargo el Seminario se levantó por el esfuerzo colectivo de la Diócesis: peseta a peseta. Actos de propaganda, campañas entre niños,

jóvenes, entidades, sobre todo parroquias, costear habitaciones etc, etc. Donativos de cuantía apenas hubo. La revistilla Espigas iba recogiendo en sus páginas esos pocos que hicieron entre todos un mucho. Fueron beneméritos los párrocos y maestros de enseñanza primaria. Y en la historia del Seminario debe quedar la memoria perpetua y el agradecimiento al canónigo D. Teodoro García Robledo y a su ayudante D. Antonio Garcinuño, que llevaron, sin empresas intermedias, todo el peso de la obra: compras de materiales, trabajo de los obreros, todo. Los planos fueron del arquitecto D. José María Vega Samper. El estilo, escurialense abarrocado, no muy en sintonización con la arquitectura de Avila .Sólido sí y relativamente práctico. El terreno que se adquirió, grande. El mismo D. Santos lo recortó ya después para construir la Casa Diocesana de Ejercicios y para viviendas para obreros.

El 16 de mayo de el año 1948 lanzaba su Carta Pastoral: *Nuevo Seminario* (BO., 147-164), en la que anunciaba que iba a comenzar la aventura, los motivos para la misma, los medios a mover.

Y el 12 de junio se ponía solemnemente la 1^a piedra. Todavía se tardarían siete años para poder ser habitado (octubre de 1955), lo suficiente para el Seminario Mayor. La parte que sería para el Menor no pudo terminarse: las pesetas se agotaban, y en Arenas funionaba bien aquél.

Sobre las actividades formativas, ambientales y pastorales de esta casa, queridas y alentadas por el Sr. Obispo, diremos exprofeso después.

El tercer suceso singular de 1948 fue el *Sínodo Diocesano*. Dede el convocado por el obispo F. de Gamarra en 1617 no se había celebrado ningún otro. Todo aquel verano fue de intensa preparación: consultas, esquemas, grupos de trabajo... El se retiró algún tiempo en el convento de Carmelitas de Duruelo para poder estudiar y redactar cánones y documentos. Se tuvieron luego las sesiones solemnes en la Catedral los días 26, 27 y 28 de octubre: una solemne procesión de seminarios y sacerdotes acompañó el último día al obispo desde el obispado a la Catedral. No entro aquí en las constituciones sinodales: muchas de

ellas son ya inútiles después del C. Vaticano II, y dados los pequeños detalles en que a veces se entretienen, y que fácilmente enseguida son perecederos.



CAPITULO IX

1950 – 1951

1950

En 1949 no pasó nada más que lo corriente y normal, que no era poco: visitas pastorales, movimientos apostólicos, sobre todo la A. Católica, etc.

El 1950 trajo una vez más *misiones generales en Avila*, del 16 al 30 de abril.

Y sobre todo la marcha a América de los primeros sacerdotes que Avila enviaba para ayudar a aquellas comunidades cristianas. En concreto iban cuatro para encargarse del Seminario de Managua en Nicaragua. El 23 de mayo se les despedía emocionalmente en el Seminario. Pero este problema magnífico de la generosidad de D. Santos con las necesidades de la Iglesia universal y de sus manifestaciones hay que comentarlo despacio después.

También en junio inauguraba una pequeña y provisional Casa de Ejercicios en parte del convento de MM. Agustianas. La estupenda casa definitiva y construida de planta vendría más tarde.

Finalmente en octubre peregrinó de nuevo D. Santos a Roma para asistir el 1 de noviembre a la definición dogmática del misterio de la Asunción de la Virgen-Madre. Su nombre figura así en el pórtico de la basílica vaticana con los de todos los obispos que estuvieron presentes. A su vuelta hubo en Avila un triduo en la Catedral, del 9 al 12, presidido por la imagen de N^a S^a de la Soterraña, en el que él pudo comunicar a sus hijos los sentimientos y la emoción de su alma por aquel acontecimiento marial. Y pasemos al año de después.

1951

Fue un año de iniciativas y quehaceres.

Lo primero fue una *Alocución Pastoral* sobre el Centenario del nacimiento de la reina Isabel. (Bo., abril, 159-199). Curiosamente es el documento pastoral más extenso de todos los suyos. Pero se ve que le entusiasmó la figura de esta agresiva mujer. Y quiso resaltar ante sus diocesanos sus virtudes como doncella, esposa, madre y reina. Morosamente se detiene en ello. Y procuró documentarse bien en la abundante literatura isabelina a su alcance. En abril de este año presidió en Madrigal de las Altas Torres las conmemoraciones y fiestas centenarias. Por esto sin duda fue llamado a declarar en el proceso de la reina que se inició años más tarde en Valladolid.

El 23 al 27 de mayo tuvieron lugar, con un sesión de apertura en el Palacio Episcopal presidida por el Sr. Obispo, las primeras *Conversaciones de intelectuales de Gredos*.

Las Conversaciones de Gredos ya tienen escrita su historia, pero me parece que no se ha calado con hondura en la realidad y significación de las mismas. Y yo aquí no lo puedo hacer, pues exigiría un trabajo largo y documentado. Aunque mi información es de primera mano, ya que tomé parte directa en la preparación y realización de las mismas. Ellas fueron un ámbito de libertad sana y fecunda para un grupo de intelectuales selectos y deseosos de un diálogo entre fe y cultura.

Unicamente recuerdo dos cosas: primera que su alma fue D. Alfonso Querejazu, aquel seglar al que, medio moribundo, recogió D. Santos en su Seminario para ordenarlo sacerdote. Hombre de fe y sentido sobrenatural extraordinario, cultísimo, que hizo mucho bien a los seminaristas como profesor, y a muchos intelectuales españoles sobre todo en torno a las reuniones de Gredos.

La segunda advertencia que aquí hay que hacer es la parte que cupo a D. Santos en ellas. Las autorizó y bendijo y las animó siempre en su 15 ediciones sin la menor reserva. Tenía confianza en el responsable principal de las mismas. Presidió, como vimos, su acto inicial. Asistió a otro que tuvo lugar en la iglesia de San José al terminar las de 1953. No puso el menor reparo a la presencia de los seminaristas en las mismas. Y todo esto lo digo a cuenta de que las Conversaciones de Gredos suscitaron sospechas en las altas esferas eclesiásticas. Yo

mismo recibí la visita de un prelado, Mons. Vizcarra, que oficiosamente venía a enterarse de lo que allí se hacía y se decía. No sé si le tranquilizaron mis informes. Pero, como se ve, el clima era de suspicacia. A. D Santos, cuando veía, doctrinalmente y en la práctica, ortodoxo y seguro el horizonte, no le importaban las experiencias audaces, como fue ésta. Experiencia preciosa, que hizo mucho bien. En D. Santos encontró el amparo oficial de la Iglesia. Poco antes de poner la renuncia del mismo a la Sede abulense, aquel movimiento terminó (año 1965), quizá por agotamiento natural y de necesitar un poco de renovación. (Hubo aún algunas pequeñas reuniones en Madrid y Alcalá, pero en otro contexto.) Como pasa siempre. También contribuyó a su acabamiento el que los documentos del Concilio Vaticano II quitaron mordiente a las inquietudes de apertura serena y equilibrada que animaba aquellas jornadas.

Otra novedad y aventura comenzó este año: el *Colegio Diocesano*. Un Colegio de la Diócesis regido por sacerdotes diocesanos, con clases y con internado. Para la formación cristiana integral de los jóvenes (No había en Avila ningún Colegio de religiosos para ellos). Y para que algunos sacerdotes pudiesen ejercitarse en este ministerio especial y tener contacto formativo con un sector grande de la juventud. Sabía él de la existencia de Colegios parecidos, sobre todo en Bélgica, y quiso dotar a su Diócesis de este instrumento de pastoral. Nueva aventura. Nuevo esfuerzo. Se encontró con resistencias fuertes hasta por parte de las altas esferas civiles y de amigos como el P. Calzada, que hubieran deseado que se hiciera cargo de el la Compañía de Jesus. Pero él persistió en su proyecto "diocesano" y lo realizó. Se inauguró provisionalmente y sin ruido en noviembre de este año, con un puñado de alumnos en un edificio de la calle Marquina (hoy Cámara de Comercio). Enseguida se acometieron las obras de un edificio exprofeso, grande, espacioso, pedagógico, con gimnasios, patios de deportes, piscina, inmenso salón teatro, capilla, etc. Fue su arquitecto D. Ramón González de Vega. Y pudo hacerse con un préstamo del Estado y lo que hubo de añadir. (Mucho intervino en ello el buen D. Manuel Alemán, un militar de alta graduación, casado, al que, con permiso de Roma, ordenó D. Santos y que ayudó

mucho en la Diócesis hasta morir; su esposa entró carmelita descalza en Duruelo al mismo tiempo). Fue en el solar del antiguo Seminario derribado. (La única nota triste fue que la piqueta se llevó también -sin necesidad- la artística reliquia de la venerable iglesia de San Millán. ¡*Sunt lacrimae rerum!*.) Se pudo inaugurar la institución (miles de alumnos) en parte del edificio del Obispado. El decreto de erección no se publicó hasta el BO. de enero de 1952 (57-59).

Y todavía hay que añadir una segunda peregrinación de la Virgen de Fátima (meses de junio a agosto), con parecida commoción popular a la anterior.

Y su larga *Instrucción Pastoral* sobre pureza y modestia cristiana (BO., 433-444). Problema que le preocupó siempre mucho, era para él algo muy sensible, y al que dedicaba casi todos los años algún documento. Y que le proporcionó en ocasiones serios disgustos, que él asumió según su conciencia, en esto rigurosa, le exigía.

Así tuvo serios disgustos con alguna Parroquia por motivos de las divervisiones públicas en la misma. Y con algún sacerdote extradiocesano con ocasión de una conferencia que pronunciara en Avila. Pero tenía al mismo tiempo la serenidad y flexibilidad necesarias para dar marcha atrás si era en todo o en parte conveniente. Así el último caso aludido, al encontrarse con aquel sacerdote años más tarde, le abrazó y pidió perdón con toda su alma por lo le hubiese todo ello hecho sufrir, quedándose él lleno de satisfacción caritativa y humilde.

CAPITULO X

1952 – 1959

1952

Otra novedosa aventura. D. Santos es original e imparable: comienzan a existir los *Hermanos Coadjutores Diocesanos*. Ya el Decreto de creación y los Estatutos correspondientes se dió con fecha de 31 de julio de 1951. Ahora en el Seminario de Arenas comienzan su tiempo de formación con un sacerdote a ellos dedicado. Luego pasarían a ocupar el edificio de Lourdes en el mismo Arenas. Su finalidad era ayudar en los seminarios y casas sacerdotales, hasta en el Obispado. En este murió a 26 de noviembre de 1956 del santo Hº Flores, a cuyos funerales en la Catedral asistió el Sr. Obispo y todo el Seminario Mayor. (BO., 514-515). Tuvieron una existencia efímera: el ensayo no prosperó, y poco a poco se fueron disolviendo y pasando a otras fórmulas de vida.

1954

Sin novedad el 53. El 1954 fue un año mariano, centenario de la definición del *dogma de la Inmaculada Concepción*. Una circular de 25 de enero ya lo pregonaba. Por medio de la Virgen se quería “resucitar la vida cristiana y las costumbres cristianas en la familia, en la enseñanza y educación de la niñez y juventud, en la conservación y fomento del patrimonio riquísimo de virtudes cristianas cultivadas con esmero”. Luego del 23 al 26 de septiembre tuvo lugar la *Asamblea Mariana*, que entre otros actos tuvo el de la concentración en la ciudad de las imágenes más veneradas de la Virgen en toda la Diócesis. Este acto fue sin pretenderlo ni saberlo aún, aunque se esperaba, la despedida de una gran parte de la Diócesis de Avila.

1955

Porque en este año 1955 tuvo lugar el desmembramiento de la

Diócesis. Esta desde el siglo XII se había mantenido inalterable, del Duero al Tajo. Ahora perdía numerosas e importantes parroquias, todas la existentes en las provincias de Toledo, Cáceres, Salamanca, Valladolid y Segovia. Sólo se le agregaron por otra parte algunas pocas sin importancia de esas provincias. Una tercera parte del territorio de antes dejó de ser abulense. Ahora la Diócesis y la Provincia coincidían.

D. Santos lo sintió de veras. Su mismo pueblo natal quedaba fuera. Pero no hizo ninguna resistencia: era atentísimo a todo lo que viniera de la Santa Sede. En dos o tres años se liquidó todo. Y él se fue despidiendo por medio de circulares y de cartas, y hasta de visitas a las localidades más importantes. Dios le pidió este sacrificio no pequeño.

Un hecho más agradable fue para él *la coronación canónica de la imagen de la Virgen de las Angustias* en Arévalo, el 26 de junio, con las solemnidades acostumbradas en estas ocasiones.

También, aunque muy modestamente, se celebró el centenario de la muerte de El Tostado. Le dedicó una breve circular (BO., 341-348). Hubo ocasionalmente algunas charlas (Semana Teresiana, D. Joaquín Blázquez en el Instituto), y pontifical el 3 de septiembre fecha de la muerte.

En octubre el Seminario Mayor, que había recibido como todos los seminarios españoles, una Visita Apostólica en 1954, pudo trasladarse al nuevo edificio en octubre sin que hubiese solemnidad ninguna en su inauguración. El sueño casi utópico de D. Santos, se había realizado.

1956-1959.

Fueron años de menos novedades.

Apuntemos algunos datos sin embargo.

La Asamblea Nacional de Sacristanes del 25 al 30 de septiembre. Quedó constituida una hermandad con su revista "Laudate", de poca duración. El Concilio Vaticano II vendría pronto prácticamente a extinguir la necesidad de ese grupo.

Las Misiones en Ávila del 12 al 25 de noviembre 1956. Y sobre todo

su segunda Visita ad Limina del 5 al 12 de ese año 56, de la que daba cuenta en el Boletín de ese mes. De nuevo revivió sus emociones y su nostalgia de Roma.

En 1958 peregrinó a Lourdes en la que organizó la Diócesis.

Y en Avila hubo también fiestas marianas: las principales imágenes de la Señora fueron llevadas a la Catedral. Era el centenario de las apariciones en aquel famoso rincón del Pirineo francés.

1959 el día del Corpus por la tarde inauguraba la *nueva parroquia del Corazón de María* en el nuevo barrio al este de Avila.

CAPITULO XI

1960 – 1962

1960.

Se cumplían las bodas de plata, los 25 años de su ordenación episcopal. El quiso celebrarlo en el silencio. Pero no fue posible. Todos recordaban la fecha. Y así se encontró con una carta congratulatoria del Papa, fechada el día 3 de agosto (BO., 526-528) con las frases elogiosas y animadoras tradicionales en estas circunstancias. La Diputación Provincial por su parte le concedió por unanimidad (era presidente D. Ramón Hernández) la medalla de oro de la Provincia.

En consecuencia celebró de Pontifical el 25 de septiembre, dando la Bendición Apostólica que Roma había concedido impartiese.

Luego del 14 al 16 de octubre visitó Ávila el Nuncio Mons. H. Antoniutti. Celebró de Pontifical el día de la Santa y a continuación, en el Palacio Episcopal impuso en un acto más bien privado la medalla de que antes hablamos. Luego, el Sr. Nuncio visitó el Seminario, Colegio y otros centros de la ciudad.

Y nos acercamos al gran acontecimiento universal del *Concilio Vaticano II*. Una genial audacia del Papa Juan XXIII y... del Espíritu Santo. Ya este año estamos en su etapa preparatoria. En la que como en todo el resto de su celebración hubo de tomar parte D. Santos como obispo que era. Consultor nato en aquella preparación, particularmente se pidió su parecer sobre los esquemas relativos a la disciplina del clero y del pueblo cristiano.

Una tarea más sobre las ordiarias que cayó sobre sus hombros. Y que él procuró cumplir con el interés máximo que él ponía en todo lo que se refería a la Iglesia y en concreto a la Sede Apostólica, estudio, consultas, relaciones escritas...

Un devoto suceso fue la apertura del *Proceso Diocesano de Beatificación del P. Balbino del Carmelo*, abulense, muerto en olor de santidad en La Santa el 12 de mayo de 1934, y que había sido su confesor en aquellos tiempos. El acto tuvo lugar el 6 de mayo de este año de 1961. (El traslado de los restos desde el centenario a la iglesia el 8 de octubre de ese año. Y la clausura del proceso en abril de 1962).

También este año comenzaron los rumores preparatorios de varios centenarios que durante 1962 iban a afectar muy directamente a la Diócesis. En concreto el de *la muerte de San Pedro de Alcántara* que ya desde ahora se comenzó a mover. (BO., 604-605). Para iniciarla celebró de Pontifical en Arenas el día 19 de octubre.

1962. Centenarios y Concilio.

El de San Pedro de Alcántara no se celebró demasiado. El Santo se merecía más. Hubo una carta del Papa al P. General de los franciscanos (BO., 115-118). Y, muy pastoral, *magnas misiones populares* por todo el arciprestazgo arenense. Luego, en las fiestas principales del 19 de octubre el Sr. Obispo no estuvo presente por hallarse en Roma. Se inauguró en Arenas el grandioso monumento de Navarro Galvaldón, y hubo pontifical del Abad Dom Justo Pérez de Urbel con asistencia de la esposa del Jefe del Estado. (También fray Justo vino a Ávila a presidir la fiesta del día de la Santa, porque hubiese una mitra).

A las fiestas de otro centenario, el de *la canonización de San Pedro Bautista*, en San Esteban del Valle, en mayo de este año, tampoco asistió D. Santos, ausente en Ejercicios, aunque sí varios prelados.

Pero el centenario que tuvo mayor resonancia fue el de la *Reforma Teresiana*.

Su pregón es de 26 de abril: una larga Exhortación Pastoral, digna de Santa Teresa. (BO., 191-210).

El 1 de junio se inauguró un monumento a San Juan de la Cruz (Antes se había erigido otro a San Pedro Bautista). La Semana Teresiana en agosto, concurridísima, preparó el ambiente.

Y llegamos a las grandes fiestas de agosto que culminaron en el

Pontifical del día 24 en la Catedral. Hubo Legado Pontificio: el Cardenal F. Cento, otros Cardenales y Obispos, la Capilla Sixtina de Roma, etc.

En la Catedral, en la recepción del Legado, el día 23, después del saludo de D. Santos, habló aquél, y entre otras cosas dijo que nuestro obispo era santo “nomine et re”, de nombre y realidad.

Bueno, las fiestas tiene sus “crónicas” en el Boletín, en la prensa local, en las revistas, etc. A ellas me remito. Todavía para completar este tema, añado que del 21 al 31 de agosto se celebró aquí la *Semana de Estudios Josaefinos*. Y que la reliquia del brazo de Santa Teresa recorrió Avila y otros lugares relacionados con ella entre el fervor de las gentes.

Pero volvamos al Concilio.

En julio de este año 62 publicó una *Exhortación Pastoral* acerca del mismo (BO., 329-352). Un largo documento para “concienciar a sus diocesanos sobre el tema. Para pedir oraciones. Para que todos viviésemos en estado de Concilio, ya que era un acontecimiento que afectaba a toda la Iglesia. El 26 de agosto una nueva exhortación anunciaba la inminencia del mismo.

Luego a finales de septiembre marchó a Roma. Desde Roma envió un saludo a la Diócesis (BO., 655-657). Así como el volver de esa primera etapa en una Carta Pastoral (649-655) comunicaba sus impresiones sobre la misma.

Su presencia en Roma fue más bien silenciosa, como era él. En el Colegio Español, donde se hospedaba como la mayoría de los obispos españoles, si había que buscarle, se le encontraba en la capilla: era el obispo que rezaba siempre. Como testificó el Cardenal Tarancón en su homilía el día del sepelio, era el obispo con quien nos confesábamos casi todos. Era el director espiritual del episcopado español.

Una sola vez intervino en una de las Sesiones Conciliares. Verso la misma sobre los medios de Comunicación Social. No tuvo especial trascendencia y debió hacerlo a petición de algunos de los consultores españoles. También el 15 de octubre de 1964, día de Santa Teresa,

tuvieron la deferencia de que celebrase la Eucaristía ante todos los padres asistentes. (Téngase en cuenta que esas Misas en el Aula Conciliar serían unas 200 a lo largo de las cuatro sesiones del Concilio, y los Padres Conciliares pasaban de 2000. La pobre Diócesis de Ávila sin embargo tiene peso universal por Santa Teresa).

CAPITULO XII

1963 – 1966

1963.

Acapara la atención el año centenario de la Reforma Tersiana y su clausura. (Anotemos que el 16 de abril inauguraba el Museo Dicesano en la Catedral).

El 29 de junio fue el magno homenaje de la Mujer Española a la Santa con Misa en el Mercado Grande abarrotado de mujeres.

Para la clausura vino como Legado papal el Cardenal A. Larraona, que fue recibido solemnemente el día 23 de agosto, para celebrar de Pontifical en la Catedral el 24, y coronar por la tarde la imagen de San José a las puertas del convento primitivo del mismo nombre.

En Septiembre a Roma al Concilio. En diciembre nos informaba de la situación del mismo tras la 2^a etapa. (BO., 549-559)

1964

Sigue el Concilio. Carta desde Roma en su etapa tercera, 11 de noviembre (Bo., 568-571).

1965

Este año comenzó a funcionar el Centro de *Promoción Profesional Juan XXIII*. Pero de ello trataremos al estudiar sus afanes y sus quehaceres sobre problemas sociales.

En agosto celebró el centenario de M. Sacramento con Pontifical en la Adoratrices el día 24 y el 25 el descubrimiento de una lápida en el Obispado, donde aquella tantas veces se hospedara.

También en Madrigal los actos en honor de Vasco de Quiroga (BO., 592-593).

Y la constitución ya del *Consejo de Pastoral*, el 28 de agosto,

iniciando así con hechos los deseos conciliares. Para "coordinar, impulsar y dirigir los esfuerzos de sacerdotes y fieles con vistas a un apostolado más eficaz en armonía con las necesidades del mundo actual".

Para asistir luego a la última etapa de aquél. El 21 de noviembre escribía desde Roma anunciando la clausura del mismo. Y llegaba de vuelta a Ávila el día 10 de diciembre siendo recibido en la Catedral ya de noche, por un gran multitud de gentes. A finales de mes una circular nos adoctrinaba sobre las perspectivas y consecuencias del gran suceso. (BO., 681-685).

No lo sé, y me gustaría saberlo, qué impresiones causó en D. Santos el Concilio. Sin duda mucho le asombraría y hasta le inquietaría. Ya sabemos que su formación era tradicional, la de una España eclesial no muy fácil a aperturas ni novedades. El Concilio fue una sacudida para todos. Pienso que D. Santos por su fe tan profunda y su confianza absoluta en la Iglesia, iría encajando lo que le pareciese novedoso con relativa facilidad. No se le oyeron lamentaciones ni aspavientos. Tampoco entusiasmados exagerados ni reacciones ligeras. Su contextura espiritual era de serenidad.

1966. Misiones generales en Ávila del 20 de marzo al 3 de abril.

Las últimas por él presididas y en las que actuó intensamente.

Luego la *Asamblea de Pastoral* del 18 al 21 abril. Había que poner en marcha fuerte el Consejo creado el año anterior.

Así como constituir el *Presbiterio Diocesano* según quería el Concilio. El 21 de agosto tuvo lugar la reunión constitucional. En la alocución que tuvo a los componentes del mismo manifestó una vez más su humildad al reconocer que una intervención más intensa y permanente de los sacerdotes en la actividad del Prelado, serviría a éste mucho para acertar mejor en el gobierno del rebaño a él confiado.

Del 31 de julio al 6 de agosto se celebró la Mariápolis Nacional de los Focolaris en Ávila.

Y el 29 del mismo, D. Santos nos comunicaba la presentación de su dimisión como Obispo de la Diócesis a la Santa Sede. Fue el primer

obispo de España que lo hacía, secundando las orientaciones del Concilio. Pocos días después se presentaba en el Obispado el Nuncio Riberi para darle las gracias por su gesto, a la vez que le decía siguiese en su puesto hasta que tuviese la aceptación oficial.

Aún este año se efectuó el 15 de octubre la inauguración de la nueva y magnífica *Casa Diocesana de Ejercicios*. Durante varios años se había ido levantando en terrenos del Seminario, según trazas del arquitecto Ricardo Salas, a fuerza de esfuerzos de D. Santos y de la Diócesis. Fue la última gran construcción que nos legó D. Santos. Hay que consignar que para su terminación ayudó económicamente de manera notable la Sra. Baronesa de Castillo Chirel.



Institución Gran Duque de Alba

CAPITULO XIII

LA JUBILACION

1967. Todavía este año a pesar de que sicológicamente se tenía que sentir dimitido (le había dicho el Nuncio que el nombramiento del nuevo Obispo sería pronto) se dedicó a hacer visitas pastorales (2 arciprestazgos).

También hubo Maríapolis del 31 de julio al 5 de agosto. Y una Semana Bíblica organizada por el Consejo de Pastoral del 2 al 9 de noviembre.

1968. Su actividad fue reduciéndose cada vez más. Atendía los asuntos normales de nombramientos, las visitas con toda dedicación como siempre, la asistencia a actos a que le invitaban, poco más. Aún el 10 de junio pudo inaugurar el *Centro de Formación Especial para minusválidos* en Martiherrero.

Y pudo también hacer celebrar y presidir dos cursos de "reciclaje" para sacerdotes, muy bien organizados, en abril y septiembre de este año.

Sin duda instintivamente palpaba el desgaste de los años, de las fuerzas... El panorama eclesial se había vuelto además turbio y difícil. Eran otros tiempos de los que él, octogenario ya, había hasta entonces conocido. Los cambios, la precipitación, la imprudencia suplantaban muchas veces a la sensatez, la calma y la moderación: eran consecuencias inevitables en parte y en parte evitables del Concilio. Una mayor libertad en la Iglesia, conveniente y hasta necesaria, se traducía con frecuencia en un libertinaje disparatado en ocasiones, sin el equilibrio sereno, (y puede que carismático en algunos casos) con que se debía proceder.

D. Santos ya venía de atrás acusando el golpe. La famosa operación

"Moisés", en que tomó parte un sacerdote de la Diócesis, le hizo sufrir. Consistió en una especie de campaña contestaria de algunos pocos sacerdotes contra la jerarquía, que se denominó así, no se por qué motivo. Era una consigna.

Lo mismo cuando otro sacerdote escribió contra varios obispos a las altas esferas, en concreto contra él, diciendo que había trabajado bien, pero que ya estaba desfasado y debía retirarse. Ya dijimos cómo él enseguida lo hizo en el momento oportuno.

Cuando la Conferencia Episcopal Española, a la que aún pudo asistir a varias sesiones, precisó sobre cómo podía ser el traje de los clérigos, él dió unas normas lo más tradicionales posibles dentro de la normativa general. Por ello fue soezmente insultado en la prensa eclesial (no de Avila).

Pero aquí las aperturas y el malestar en el mismo Seminario le inquietaban de continuo.

Y sobre todo los primeros procesos de secularización de clérigos le hicieron mucho padecer. Todavía entonces el fenómeno se presentó con parsimonia. Cuando él marchó vendría el desmadre. Pero todo esto fue para él dolorosísimo. Podría hacer suyas las palabras de Pablo VI: ¡son las espinas de mi corona!

Se comprende que ya tuviese ganas de retirarse. El no podía ya luchar con aquellos movimientos, irreversibles de momento, que no se daban sólo a nivel diocesano, sino hasta universal. A los "de cierta edad", como él solía decir, los cambios les cuestan y hasta los temen. Es natural. Cambiar costumbre es muerte, que diría Sta. Teresa. Y más aún si ello alcanza también a ciertos hábitos mentales. Cierto, él fue, por virtud, disponible a aceptar lo que fuese necesario, pero esto no evita la inevitable incomodidad del reajuste.

Pero antes de acompañarle en sus últimos años, vamos a estudiar más despacio su manera de vivir y de actuar durante los años de su pontificado. Vamos a ahondar un poco en esta apretada actividad pastoral. Y en los resortes que la hicieron posible. Ello es de más interés que la de una tanto pesada enumeración anterior de datos y de fechas...

CAPITULO XIV

LA VIDA DE TODOS LOS DIAS

D. Santos se instaló en el llamado "Palacio Episcopal", donde todos sus antecesores habían morado desde la segunda mitad del siglo XVIII. Por aquellos años de 1935 a ninguno se le hubiera ocurrido otra cosa.

Aquel caserón era el antiguo Colegio de los jesuitas, que lo habían levantado allí a comienzos del siglo XVII, en el lugar del antiguo palacio de los señores de Navamorcunde, Dávila de los seis roces. El paredón externo de la iglesia, entonces de San Ignacio, ahora de Santo Tomé, es todavía el del viejo palacio medieval. Una construcción barroca emprotrada absurdamente sobre la muralla. Al ser expulsados los jesuitas en 1767 el obispo de Avila M. F. Merino, consiguió que el Estado permitiese la permuta del Palacio Episcopal, que, desde la repoblación de Avila estaba frente a la fachada norte de la Catedral, y que era pequeño y achacoso, por el Colegio de los expulsados. (La parroquia de Sto. Tomé se trasladaba también a la iglesia de San Ignacio). El caserón se adaptó como se pudo para residencia episcopal.

Pues bien, allí vivió, D. Santos sus treinta y tantos años como obispo de Avila. Un caserón destortalado, inhóspito, incómodo, nada funcional. En el piso bajo las oficinas de la Curia; en el alto las habitaciones episcopales. Tenían de bueno éstas su orientación al medio día que las llenaba de sol y luz , y que ofrecían unas vistas espléndidas sobre el valle y sobre la sierra.

Pero en invierno no siempre ni a todas horas hace sol. Y la casa no tenía calefacción alguna, es decir, el obispo Pla instaló una calefacción central, pero D. Santos jamás la encendía por mortificación y por pobreza (era muy cara). Y ahí le tenemos, todo el día entre el

despacho y la capilla, sin el menor alivio. Y conste que en los inviernos de Avila la inmensa galería, a la que daban todas las puertas y que estaba orientada al norte llegaba a tener temperaturas de debajo de cero.

Alguna vez yo mismo mandé que le subieran un brasero de cisco, pero lo cogió y lo llevó a otra parte, y así un par de veces, por lo que hubo que desistir de ello. Es verdad, más adelante, ya mayor, admitió en su despacho un braserillo eléctrico del que encendía solamente una fase. Algo, iba a decir, nada, para aquella grande habitación, y que se perdía en aquel caserón helado y helador. En alguna reunión nocturna en la salita de recibir, un asistente insinuó que se abriese el balcón para que se templase aquella un poco.

He querido insistir en esta mortidicación del frío, como en una nota exponencial de la austeridad de vida de D. Santos. Porque todo el resto era a este tenor. Por eso lo de vivir ¡vivir en palacio! resultaba casi un sarcasmo para quienes vivían la realidad que allí se ocultaba.

Ya dije que tuvo siempre con él como familiar un sacerdote o un seminarista, según conveniencias de la Diócesis. Fue un verdadero desfile. Y luego alguna mujer atendía la cocina y la limpieza. Finalmente alguna sobrina, sobre todo los últimos años, vino a cuidar de todo.

Su mueblaje personal era muy poco y sencillo. La mayoría de los muebles de la casa (pocos y nada valiosos) eran del Obispado. El ropaje episcopal el que se usaba entonces (creo que lo compró en la testametería de un obispo difunto), y la ropa personal sobria y limpísima. Porque D. Santos era de una pulcritud extrema en todo, hasta quizás exagerada. Ordenadísimo. Usó a veces sotanas teñidas para aprovecharlas mejor.

De alhajas únicamente tenía un cáliz muy sencillo que hasta morir utilizó (hoy en las Adoratrices de Avila). Un copón igual que le regaló Josefa Segovia. Un anillo obsequio de la Caja de Ahorros de Avila, de la que era Consejero Eclesiástico. Y tres pectorales: el que le dió Pla y Deniel y que es el que siempre llevaba. Otro, regalo del Colegio Español de Roma más bien pobre, y otro que un aventurero le hizo comprar y que le costó con cadena y todo 500 pts.

De la mesa poco hay que decir, sino que era pobrísima. En aquellos primeros años de la guerra y de la posguerra, yo me decía a veces: en algunas familias de Avila se comerá quizás como aquí, pero peor es imposible... Más tarde, ya casi anciano y delicado siempre, tuvo que aceptar otro régimen, pero que era siempre el mismo, invariable, sin que él tuviera nunca preferencias por nada ni las indicara; solamente según las exigencias de su salud.

Pobreza radical. El día que marchó jubiliado a su pueblo, marchaba poseyendo, como se dice, lo literalmente puesto. Por no tener, no tuvo coche, hasta que el gobernador Sr. Valero Bermejo, le regaló uno.

* * * * *

Ahora su vida ordinaria solía seguir este esquema observado con mucha exactitud. Téngase en cuenta que D. Santos apenas viajaba fuera de lo estrictamente necesario: visitas pastorales, alguna reunión episcopal, para hacer sus ejercicios espirituales, rara vez a algún acto solemne de por ahí al que le invitaran con mucho afán. El no tomaba tampoco vacaciones, todo el año era para él igual de trabajo y dedicación. Alguna vez, al sentirse más enfermo, pasó algunos días en los franciscanos de Arenas. Pero era para estas cosas muy reacio, temía siempre molestar. Y una nota de su delicadeza: en cualquier parte que hiciese una comida, un gasto cualquiera, su acompañante tenía discretamente que pagarla con creces.

Madrugaba para estar a las siete en la capilla. Rezo del Oficio y oración silenciosa. La Misa a las ocho. El desayuno y al despacho. Fue hombre de despacho. El veía toda la correspondencia, y directamente la despachaba en gran mayoría. No escribía a máquina. Con su letra menuda y fina iba contestando a unos y otros. A veces algún secretario particular le sustituía en ello, pero esto era difícil, porque él medía las palabras, y no era fácil acertar con su exactitud. Con los años esto tuvo que ser más frecuente. A las once venía el Secretario para los asuntos oficiales. O también el Vicario General u otros oficiales de la Curia.

Enseguida las visitas de sacerdotes de gentes de todas clases. Y en esto D. Santos era incansable. Como conocía a todos desde siempre,

conversaba amablemente con todo el mundo. Sobre su familia, asuntos, deseos, etc. Las dos, las tres..., la hora que fuera, sin limitaciones.

Por eso la comida no tenía hora. Si coincidía, solía durante la misma escuchar la radio, el parte de noticias. Descansaba un poco. Y a la capilla: rezos, oración. Otra vez al despacho, hasta volver de nuevo largo rato a aquella a hacer más oración. En el despacho escribía cartas, preparaba el Boletín (era tarea personal suya, hasta la de corregir las pruebas pues no se fiaba en esto de los demás), etc.

Algunas tardes o noches tenía que salir a actos religiosos, de apostolados, reuniones, conferencias..., a que le invitaban. No negaba su presencia a estas actividades, que solían comportar alguna intervención suya.

La parca cena a las nueve o cuando se podía. Los rezos finales, y se retiraba a su habitación. Poco más o menos este era su programa. No perdía el tiempo. No cultivaba amistades ni tertulias ni otras distracciones. No dedicaba algún espacio al paseo: iba, eso sí andando a casi todos los sitios a donde tenía que acudir. Con tiempo, porque muchos, niños y mayores, pobre y ricos, se paraban para besar el anillo a D. Santos, al que todos conocían y querían.

Sobre el valle Amblés en sombra, la luz de su habitación brillaba por la noche, como una llamada de atención para todos, y una señal del pastor que velaba por sus ovejas.

CAPITULO XV

LA PIEDAD DE D. SANTOS

Es un sentir unánime de cuantos le conocieron: era un hombre de Dios. Su vida toda estaba informada por criterios de fe.

Y la cultivaba con los recursos clásicos en los siglos de la edad moderna. El se formó en la Roma de San Pio X -al que él veneraba extraordinariamente- y que en su célebre Exhortación *Haerent animo* (1908) promulgó la carta magna de la espiritualidad sacerdotal. El sacerdote tiene que seguir e imitar a Jesucrito hasta identificarse intimamente con El. Los ecos del documento llegaron en su parte práctica hasta el Código de Derecho Canónico de 1918.

D. Santos fue fidelísimo siempre, desde su ordenación sacerdotal, a esas prácticas. Ya hemos indicado: su par de horas de oración, su rosario por supuesto, su lectura... No fue hombre de muchos libros, su biblioteca mas bien era pequeña. Tengo un Kempis, que debió menajar mucho, con pequeñas crucecitas como llamadas de atención a numerosas sentencias del mismo (ed. Tournai, 1909). Leyó mucho siempre a Santa Teresa también y la citaba con frecuencia. No dejemos de anotar su pertenencia a la *Unión Apostólica*, entonces floreciente entre el clero, y muy estimada por San Pio X. El cumplía con creces todas sus obligaciones.

Pertenencia a la Tercera Orden del Carmen, aunque después de ser obispo no debió asistir a reuniones de la misma, seguramente para no hacer distinciones. Y todas las semanas se iba a reconciliar con un P. Carmelita a la Santa. Solía ir solo. Aunque a veces, más cada vez con el tiempo, venía aquél al Obispado.

A los Ejercicios que se empezaron a organizar para obispos nunca faltaba, y debió ser de los últimos prelados que asistieron a los mismos.

¿Cómo fue la vida interior de D. Santos?. ¿Cuál fue el itinerario de su oración?. ¿Su encuentro con el Señor qué vuelos e intensidades revistió?. No lo sabemos. No nos ha dejado apuntes íntimos, ni hacia nunca confidencias íntimas de su alma. Es un secreto que se llevó consigo. Celebrada devotamente sin manifestaciones especiales que llamasesen la atención. En la capilla pasaba, como dije, ratos y ratos silencioso e inmóvil. ¿Cómo fue su intimidad con Dios?

Lo que todos notaban era su presencia recogida, pero acogedora a la par. Un hombre que vivía hacia adentro y que sabía darse al mismo tiempo a los demás. Un testigo de su fe. Un hombre de Dios.

Habría después que buscar cartas de su dirección espiritual a algunas personas. No debieron ser muchas, pero siempre cultivó este ministerio. La correspondencia debió ser también corta y sobria, y sería sin duda alguna sólida y tradicional. Sin ser de dirección, he aquí un fragmento de una carta del B.P. Escrivá a la Sta Josefa Segovia, directora general de la Institución Teresiana:

“Pepa: ¡qué cosas más hermosas me ha escrito ese bendito señor Obispo, que, hasta en el nombre, tiene la santidad en plural!.

¿Pues, no me dice que el Señor, cuando nos pida a nosotros la cuenta no será juez sino Jesús?”. (3 de marzo de 1938). Es una pequeña muestra de la espiritualidad de D. Santos.

Como muestra de su amor a la Eucaristía ya indicamos antes su fidelidad en asistir a la Adoración Nocturna hasta que no pudo más.

CAPITULO XVI

SU TALANTE EPISCOPAL

D. Santos fue siempre muy independiente. ¿Qué quiero decir con esto?. Que fue un hombre que supo asumir sus responsabilidades, procurando para ello no dejarse influenciar por nada ni por nadie. Sabemos por la historia que no pocos hombres de gobierno se han dejado dominar por un valido o por una camarilla. Ha ocurrido lo mismo en la política civil que en la eclesiástica.

D. Santos quiso y supo evitarlo a todo trance. Sabía, eso sí, consultar, asesorarse, tratar los asuntos correspondientes con aquellas personas que le ayudaban en sus respectivos quehaceres pastorales. Admitía iniciativas que a veces aceptaba y otras veces no. Sabía decir si estaba o no de acuerdo. A veces autorizaba lo que se pedía, a veces no, o poniendo condiciones; en algunas ocasiones “toleraba” ciertas cosas como solución mejor. Sabía escuchar.

Pero nunca estuvo a merced de ningún influyente a priori en su ánimo o de un grupo que más o menos le manipulase. De esto somos testigos todos los que tuvimos que trabajar con él. Si pecó por algo fue por carta de menos en este terreno. En concreto, yo puedo decir que, fuera de los asuntos del Seminario, en nada me dió pie para intervenir en problemas extraños. Sí que a veces atendió a iniciativas pastorales (otras veces no), como con otras muchas personas, sacerdotes y seglares, ocurrió.

Esta independencia se dió igualmente respecto de aquellos que más intimamente le rodeaban en el gobierno de la Diócesis. Con sus Vicarios Generales: él tuvo los primeros años, hasta 1948 en que murió, a D. Calixto Argüeso, que ya lo había sido del obispo anterior. A su muerte le sucedió D. Castor Robledo que fuera hasta entonces el Secretario Canciller; fue Vicario hasta la dimisión de D. Santos. La

Secretaría la ocupó al pasar D. Castor a Vicario y Provisor, D. Teodoro Garía Robletdo, hasta marchar D. Santos. Ellos fueron fieles auxiliares del mismo, pero sin especial influencia en sus decisiones.

Estas las tomaba él según su conciencia, y sin andar trayendo y llevando por unos u otros. Repito, que a veces fuese demasiado reservado y demasiado directo en resolver. ¿Fue un hombre "en soledad"? De no haber vivido una intensa vida interior, lo hubiese sido. Si embargo aquella le evitó caer en un solepcismo que le hiciera raro, lejano y extraño a los demás.

Esta independencia resplandeció más aún en sus relaciones con las autoridades civiles y militares.

Cierto, en los tiempos de la guerra fue deferente con las de entonces, sin que dejase de intervenir ante las mismas en lo que como representante de Jesucristo le pareció obligatorio. Cierto tambien que firmó- y esto a ciencia cierta- la famosa Carta colectiva de casi todo el episcopado español (sólo hubo dos abstenciones, sin duda por motivos pastorales especiales) acerca de aquella triste tragedia fraticida. Pero aquel documento, obra cincelada del egregio Cardenal Gomá, bien situado en sus circunstancias, no tiene nada de reprobable, diga lo que quiera el romanticismo de después de pasados los años y del cambio de muchas cosas. Cada actitud en su lugar. Las respuestas de casi el episcopado universal dan fe de cómo entendieron ellos bien el alcance, limitado desde luego, del documento.

Después D. Santos fue un hombre que supo educadamente relacionarse con las autoridades políticas, que asistía de ordinario a los actos a que le invitaban, etc. Pero nada más. Nunca cultivó la amistad de las mismas. Ni le invitaban por ejemplo a la mesa ni él a ellas (Sólo en una ocasión excepcional lo hizo con el Encargado de Negocios Eclesiásticos cuando se iniciaron los trabajos del Seminario nuevo). Una vez únicamente fue a saludar a Franco para agradecerle el préstamo que concedió para la construcción del Colegio Diocesano: le insistieron que convenía hacerlo (D. Manuel Alemán), y bien que le costó. El no era para visitas ni protocolos ni peticiones oficiales. También fue a bendecir el Castillo de Las Navas en presencia de

Franco. Fueron creo las únicas ocasines en que se vió con él, fuera de otra ocasional en que le avisaron que Franco estaba oyendo Misa en Sto. Tomé, bajó un momento a saludarle.

Es más, entre algunos Gobernadores Civiles y él se dieron en ocasiones tensiones y fricciones, que él sorteó como pudo, pero con dignidad. El no se casaba con nadie.

Más serio aún: cuando llegaron a su conocimiento los disparates absurdos del nazismo alemán, protestó públicamente y enérgicamente de los mismos en alguna de sus predicaciones. Enseguida recibió un aviso previniéndole que midiese sus palabras porque los agentes de la Gestapo le seguían los pasos. Como consecuencia, en la próxima ocasión que tuvo volvió a repetir su protesta con más fuerza que antes. Estoy bien informado, porque a mí también me amenazaron (en verdad, yo no sé por qué), teniendo a veces que llevar algunos seminaristas de guardaespaldas por si acaso...

D. Santos acató los poderes constituidos, según ha sido norma de base en la vida de la Iglesia, procurando las buenas relaciones mutuas para bien de unos mismos cristianos y ciudadanos, pero sin servilismos, sin apoyarse más de lo debido en ellos, ayundándoles en lo que le parecía justo, y hasta enfrentándose en lo que le parecía injusto también.

D. Santos siempre fue fidelísimo en su incondicional devoción y disponibilidad para con los Papas y para con sus representantes en España. Ya indicamos cómo anualmente no dejaba de recordar se celebrase su fiesta, y cómo hacía publicar enseguida los documentos de los mismos y subrayaba sus enseñanzas. He aquí una muestra más de ello, que al mismo tiempo nos habla elocuentemente de su sencillez y sincera humildad. Se trata de un borrador de una carta al Nuncio, hallado entre sus papeles. (Respeto sus abreviaturas).

25 de enero 941

E. y R. Sr. Nuncio Apost^o en Esp^a

Ex. y R. Sr.: Con el acatam^o y veneración de siempre he recibido la carta confidencial de V. E. R. fecha... n^o..., y agradezco sinceramente a

V. E. la merced q. me hace designándome p^a formar parte de tan importante Comisión.

Por la lealtad q. debo al Representante del Vic^o de J.C. en Esp^a, y mirando por los sagrados inters. de q. se ha de ocupar la referida Comis., permítame V.E.R. le manifieste con sencillez q. me resultará muy penoso pertenecer a esta Comisión, pues tengo plena seguridad de q. seré un "peso muerto" en ella.

Soy, Exc. Sr., el Prel^o español menos indicado. No tengo más q. un poco buena vold.: pero ni talento, ni cultura, ni memoria (hasta la memoria me falta), ni conocimi^o, de los gravísimos problemas q. se han de estudiar. Cada día se me hace más difícil el gobierno de la Diócs.: cuanto más, el abarcar esos otros asuntos de transcendencia nacional.

Esto no es pusilanimidad, E.S., ni -menos aún- falsa modestia. Es descubrirle mi íntimo sentir, ya q. V/E.R. no ha tenido aún ocasión de pulsar mi "inopia espiritual".- No rehuso en modo alguno el trabajo, el Señor me es testigo; pero creo de mi deber hacerle estas declaraciones, por si V.E.R. se digna remediarlo designando -en lugar mío- a un Prelado q. reúna las debidas condiciones. Sería un motivo más de gratitud a V.E.R.

Por lo demás, obedeceré ciegamente cuento se me ordene.

De V.E.R. humilde devotis^o s.s. in C.J. + S...

No sé de qué Comisión se tratase, ni si se hizo caso o no de los deseos de D. Santos. Pero el documento, escrito en el estilo propio de su época, es una fotografía auténtica del alma de su autor.

CAPITULO XVII

LOS SACERDOTES

Fueron la pasión de D. Santos. Como tenía que ser. Porque el “presbiterio” es el instrumento vertebral de la “iglesia local”, al que preside y dirige el Obispo. Por eso, de su formación, de su actuación, de su unión con el Obispo, depende todo.

Es verdad, antes del Concilio Vaticano II apenas se hablaba del presbítero como colegio del Obispo. Después, se llegó hasta la formación jurídica de los mismos. El “prebisterio” sin más lo forman todos los sacerdotes de la Diócesis; el “presbiterio” jurídico el grupo de los que representan a todos para asesorar al Obispo en lo que éste les consulte (que debe hacerlo).

Pero sin hablarse reflejamente de ello, la realidad estaba ahí. Y D. Santos se daba cuenta perfectamente de su importancia. Luego también, ya vimos antes, constituyó el “prebisterio” institucionado, con el cual ya apenas tuvo tiempo de trabajar.

Sobre el sacerdocio él tenía y vivía la doctrina tradicional, teológica y espiritualmente. La de los grandes documentos papales que fueron apareciendo desde Pio X hasta Pablo VI, incluido el Concilio. El no hizo más que trasmitirla y glosarla a lo largo de sus documentos episcopales.

Pero no sólo fueron palabras. Hizo lo que pudo por sus sacerdotes. Para la formación de las nuevas promociones sacerdotiales... *el Seminario*. Pero esto merece un capítulo expreso y singular.

A la vez había que hacer lo que se pudiera por los que ya lo eran. Por eso insistió en los *Ejercicios trienales*, pero invitando continuamente para que fuesen anuales. Y buscando para dirigirlos a los más relevantes expertos: Suquía, Escrivá, Cirarda, Herrera, Aldabalde, Amundarain, Calzada, Zameza...

También urgió la celebración de los *retiros mensuales*, que se acompañaban en los arciprestazgos de las tradicionales conferencias de divinis, de vida lánguida y pobre casi siempre.

Más novedad tuvieron las *Semanas Sacerdotales*, durante el verano, que comenzaron ya en plena guerra, en aquel improvisado salón del bajo del Obispado. Fueron espléndidas, y en ellas se tocaron variedad de temas: espiritualidad sacerdotal, catequesis, Acción Católica, etc. Tomaron parte figuras sacerdotales de primera calidad. ¿Cómo olvidar por ejemplo las charlas catequísticas de un D. Daniel LLorente?. D. Santos, que asistía a todo, gozaba enormemente en ello.

Pero no solamente de su formación espiritual sino también a todas las necesidades de su clero estaba alerta. Ayudas económicas; detalles para que no enfermasen, como adelantarse a pedir a Roma que pudieran tomar algo los domingos en que tenían que celebrar varias misas, arreglos de casas rectorales... No era sólo que hubiese quien se preocupase de ello, es que era él el que estaba en esos pequeños problemas de unos y otros...

También intentó resolver que hubiese una residencia sacerdotal... Se empezaba entonces a sentir la necesidad. Pero sólo se quedó en intentos: algo se ensayó en el mismo Seminario, hasta se empezaron a hacer obras para ello, donde de hecho su sucesor D. Felipe Fernández la ha realizado. En el Colegio Diocesano se pudo en su tiempo dedicar unas habitaciones y un comedor para los que vinieran de paso.

Pero nada más.

Luego está la atención que, privadamente digamos, dedicó a todos. Eran muchos discípulos suyos del Seminario, a otros los había ido ordenando él. A veces, como pasa siempre, serían de momento relaciones difíciles, no se puede dar gusto a todos siempre, hay que exigir y hasta que reprender, a veces los obispos también pueden equivocarse y se equivocan. Pero D. Santos inspiraba confianza, era de suyo bondadoso, paternal. Nadie, creo, habrá dudado nunca de su rectitud de intención ni de su sincero amor para con sus sacerdotes.

Su angustia en los primeros años fue la escasez de los mismos. Había que tirar de una tela que no daba para todo...

Y esto a pesar de que D. Santos era muy fácil en recibir sacerdotes de otras partes y exreligiosos, con riesgo de no ser precisamente todo igualmente aprovechable. Pero la necesidad apretaba y además parecía que era un gesto obligatorio de caridad para con aquellos que se acogían a él. Era su criterio, que puede ser más o menos discutible. Para la admisión o expulsión de seminaristas también era igualmente dado a la compasión.

Luego, en los últimos años su pena fue la de la tempestad que se abatió sobre el clero, entonces ya abundante, pero entrando en una crisis que a muchos les iba seriamente a afectar.

CAPITULO XVIII

EL SEMINARIO

No vamos a repetir lo que supuso y significó el adquirir y levantar el Seminario de Arenas y el de Ávila. Fue un milagro de fe y confianza en la Providencia divina. Y de valentía humana.

Pero sí hay que añadir dos palabras sobre el Seminario por dentro. Y no es que se quiera hacer aquí su historia moderna, pues no hay aún perspectiva para hacerla, y seguramente nunca se hará. Sólo unos datos acerca de la presencia de D. Santos en la vida del mismo. Porque a él se debió todo.

Claro, para dar vida a la institución hubo primero las grandes campañas en favor del mismo y del fomento de vocaciones: propaganda, jueves sacerdotales, días del Seminario, Espigas... Viajes de los seminaristas a los pueblos...

Procuró D. Santos dotarle de superiores y profesores lo mejor que le fue posible. Para el profesorado fue enviando alumnos o sacerdotes jóvenes a especializarse (a Roma, Munich, Salamanca...). Igual hizo para el Colegio Diocesano. Fue una tarea lenta.

Trajo para Director Espiritual a un "cura de pueblo" desconocido y sin brillantez humana. A muchos extrañó. Pero fue un acierto. D. Antonio Pérez fue un director humilde, abnegado (¡aquellos retiros de verano! para él un martirio por los medios de locomoción tan pobres, por su falta de salud), pero fue eficacísimo, e influyó penetrantemente, silenciosamente, en la sombra, durante sus 25 años de Seminario, en varias generaciones de futuros sacerdotes. Después hizo una labor espléndida también con los niños y jóvenes del Colegio Diocesano hasta morir.

También se acrecentó notablemente la Biblioteca y la sección de

revistas nacionales y extranjeras (se recibían unas 150). Se emplearon en ello millones de pesetas (de aquellos tiempos), que se sacaban de donde se podía. Para que se vea la apertura y amplitud de miras de D. Santos recuerdo que en alguna ocasión le pregunté sobre si sería prudente o no dejar al alcance de los chicos algunas revistas de línea avanzada. A lo que contestó que sí, que pudieran verlas para que estuvieran informados y supieran discernir. Claro para esa formación exacta de criterios tenían las clases y las charlas de formación que semanalmente se les daban.

Luego, él controlaba perfectamente la amplia formación pastoral que aquéllos recibían. En esto el seminario de Avila fue pionero.

Ya vimos la asistencia y participación del Seminario en las conversaciones de Gredos. El P. Dubarle op., célebre teólogo y científico francés, que asistió un año a aquellas, me dijo al final: esto no se permitiría en ningún seminario francés. Igualmente un año hubo un pequeño cursillo sobre europeísmo, que levantó inquietudes en la policía local. Pero D. Santos no se asustaba por ello.

Nada digamos de las asomadas de los seminaristas al mundo de lo "social": el discutido Rovirosa estuvo dos veces, una semana cada vez, hospedado en el Seminario, dando charlas a los alumnos. La participación de éstos en actividades de la HOAC y en la JOC de entonces. El ir a trabajar los domingos medio día con los obreros para ayudarles a hacerse sus casas. Y el ir varios equipos algunos veranos a fábricas y minas a compartir con ellos su vida dura y sacrificada. Algun grupo se insertó en el SUT que creó el famoso P. Llanos (iban convenientemente atendidos en lo espiritual). (Vease el testimonio de D. Francisco López en El Diario de Avila 9-IV-92, para ver la apertura de D. Santos ante estos apostolados sociales). Por cierto que al enterarse de ello la Nunciatura, se preguntó a D. Santos y al Rector de la casa sobre los resultados de la experiencia, a lo que el Sr. Obispo (y lo mismo el Rector) contestó que muy buenos y que estaban dispuestos a su continuación. La Nunciatura contestó que no se continuara haciendo. Y se acabó.

Nada digamos de las experiencias catequísticas (en bicicleta a los

pueblos). Con los cursillos de acólitos. Porque todo esto es más conocido.

Y del ambiente litúrgico que se creó en la casa. El Gregoriano, los cultos, el clima llegó a ser “benedictino”. No en vano D. Hipólito Mayoral fue a formarse a Monserrat y el P. Gemán Prado, de Silos, pasó días en el mismo Seminario para lograrlo con la máxima posible perfección. Todo animado por el Sr. Obispo.

Charlas de especialistas de todas las materias durante el curso o en los cursillos de verano. (Pérez de Urbel, Colombás, Arrupe futuro General de la Compañía, Zapelana, algún hermano de Taizé, Goiburu, A. Roig, Ruiz Bueno, Ormazabal, sobre cine Pérez Lozano, Lumbreras...). Y por la presencia junto a los seminaristas de sacerdotes como el santo D. Alfonso Querejazu, profesor de Historia de la Filosofía y de Historia de la Cultura, de esa cultura de la que él fue un monumento exponencial. D. Santos fue el que, apesar de las dificultades de su enfermedad, acogió a D. Alfonso e hizo de él una gloria de la Diócesis de Avila. D. Alfonso supo responder a la nobleza y generosidad silenciosa de su Obispo. Los dos eran a su manera personal dos figuras de elegancia cristiana, de altura humana y eclesial. También tuvo la audacia de recibir en su Seminario y de ordenarle sacerdote a D. Manuel Alemán, de quien ya dijimos, y que prestó a la Diócesis servicios inapreciables. (Dice J. Marias que D. Alfonso se quedó en Avila porque contaba allí con la benevolencia del obispo para hablar con libertad de Unamuno, Berfson, Tombyee, Ortega... No, D. Alfonso se quedó a vivir en Avila por motivos de salud y por su espíritu teresiano, sanjuanista. Quizá el ambiente influenciara algo también).

Pero aquí, repito, no se quiere hacer historia del Seminario. Deportes (se cultivaron mucho con trajes de hoy) todos los actuales en cuanto era posible, y vida de estudio serio y de oración, que estamos en la tierra de Teresa y de Juan de la Cruz.

D. Santos lo seguía todo paso a paso. Varias veces venía a hablar a los chicos, y durante varias tardes todos los años a verlos uno por uno con la mayor confianza, sencillez y libertad de todos.

(De la parte que el Seminario tuvo en la proyección misionera universal de la Diócesis se dirá en su lugar).



CAPITULO XIX

LA PALABRA HABLADA Y ESCRITA

Es obligación primario del pastor. D. Santos sembró abundosamente la palabra.

Hablando... Siempre estaba dispuesto. Según tradición de sus antecesores en la Sede, los domingos de cuaresma hablaba largamente en la Catedral. Esta predicación cuaresmal la preparaba concienzudamente. No improvisaba. Pero luego aprovechaba todas las ocasiones: misas de movimientos apostólicos, a religosas, a asociaciones piadosas. En actos de asambleas, de cursillos, de inauguraciones, de lo que fuese. En las visitas pastorales, no digamos.

Sentidamente, como era de esperar de un hombre de fe. Recuerdo una plática en el Seminario sobre el texto de San Juan (1^a Carta, 4,16): nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene..., que él aficionaba mucho. A pesar de su serenidad en todo, se traducía su emoción.

Por supuesto, D. Santos no era un “intelectual”, no era original, ni tenía que serlo, en sus enseñanzas doctrinales. Sencillo, tradicional, práctico, en conjunto más moralizante que misterizante.

Era bastante común esta actitud en sus días, y su público no era tampoco casi nunca exigente ni preparado, sobre todo en las aldeas, por falta de cultura general. Es un límite si se quiere.

Lo mismo ocurre con sus escritos. No suele meterse en profundidades. Por otra parte eran casi siempre muy breves: exhortaciones, circulares...Casi siempre repetidas en el fondo todos los años a propósito de los diversos tiempos y festividades. Eran principalmente un recordatorio para los sacerdotes a fin de que ellos lo recordaran a su vez a los fieles. El clero leía en general poco, ni apenas revistas.

Su temática la consabida: Cuaresma y Pascua, La Bula de Cruzada, Carnaval, Misiones, Espíritu Santo (jornada entonces del dolor), mes de mayo, Sd. Corazón, Día del Papa (siempre muy subrayada por él), Cristo Rey, Rosario (mes de octubre), Domund, día de la Prensa, Purísima... Insistía, repetía, machacaba...

Su estilo era pulcro, ático, castizo. Cultivaba el castellano con veneración. (Sobre su mesa de despacho solía tener un libro, cuyo autor no recuerdo, y que se titulaba ¡Pobre idioma!). Se leía con gusto en su sencillez y transparencia. Véase como muestra sus alocuciones de despedida de Avila, que se insertan aquí como apéndice. Al final. Y eso que era ya octogenario y las circunstancias del momento eran especiales. En sus escritos privados (Cartas...) era breve, medía las palabras para no decir más de lo que quería.

Ya dije que el Boletín era principalmente obra suya. Hasta la corrección de pruebas. Ni libros ni opúsculo ninguno escribió. No era su vocación.

Sembró el sembrador silenciosa y humildemente, como lo hacía todo él.

CAPITULO XX

OTRAS TAREAS ORDINARIAS

Está por ejemplo la reparación de templos y casas rectorales. Siempre éste ha sido un problema en la Diócesis. Pero en los años de obispado de D. Santos de un modo agudo. Y sin medios. La pobreza de los pueblos era grande. No se había creado tanta riqueza como ahora, España apenas era un país desarrollado, aunque ahora los abusos del capitalismo sigan siendo lacerantes, y por consiguiente la justicia social esté atropellada, sin embargo el nivel de vida en general es más alto, y el mismo consumismo hace a las gentes más dadivas: el dinero no vale más que para gastarlo como sea. Pero años atrás hubo que hacer cávalas, ver cómo los pueblos aportaban, etc. Muchos quebraderos de cabeza. No digamos recién la guerra, aunque "Regiones devastadas" ayudase en más de una ocasión.

Algo ayudó también para restaurar orfebrería y ayudar a comprar objetos nuevos la *Pia Unión Zelus*, que creó, con su bendición y alienos, D. Manuel Alemán. Lo mismo M. Maravillas ocd. que porporcionó a bastantes parroquias pobres nuevos sacerdios. A parte del *Ropero Eucarístico* que de antiguo preparaba ornamentos para las mismas.

La creación de nuevas parroquias en la ciudad. El consiguió ver la del Corazón de María, y después de grandes dificultades la de la Sagrada Familia, magníficamente lograda y funcional. (Se inauguraron respectivamente en 1959 y en 1969).

Ya hemos aludido varias veces a su asistencia a cultos y a actos de las obras católicas en la ciudad. Iba a todo lo que le pedían, de no impedírselo fuerza mayor. Lo mismo a actos no eclesiales, sobre todo en los tiempos de después de la guerra; le invitaban las autoridades y entidades diversas. Ese quehacer relacional y representativo en una ciu-

dad pequeña pero capital de provincia, le llevó mucho tiempo, pero era apostolado también. Como obispo y como persona muy estimada su presencia era una presencia del Señor.

Pero un quehacer pastoral que siempre llevó en el alma, y que urgía incesantemente, fue la *Catequesis* a todos los niveles. Es lógico. Además, desde San Pio X el movimiento catequístico fue intenso en toda la Iglesia. En España se crean revistas, se organizan semanas nacionales y diocesanas, surgen figuras de la talla de Ossó, Poveda, Manjón, González, Bilbao, Alonso, Samsó, Tusquets, Llorente, etc. En la Diócesis D. Francisco Esteban, párroco de Cardeñosa, fue un hombre de prestigio nacional, que D. Santos valoró mucho.

Ya vimos. D. Santos funda el Secretariado Catequístico, y Semanas Catequísticas, y el Secretariado visita sin parar a los sacerdotes, y tiene reuniones por los arciprestazgos y zonas, y ofrece material. Y en el Boletín el Sr. Obispo aprovechaba todas las ocasiones habidas y por haber para machacar sobre el tema. Para que hubiese catequesis de adultos había que explicar brevemente un punto programado de catequesis después de la homilía dominical: cosa no demasiado potable, pero era la única ocasión de poder encontrarse con un número importante de fieles.

Fue la *catequesis* una de las tareas que mas preocupó a D. Santos. Hasta gustaba de hacerla directamente él. A los adultos en sus pláticas y exhortaciones; y a los niños en sus visitas a las parroquias y a las escuelas. La de los niños de le daba muy bien.

CAPITULO XXI

LAS VISITAS PASTORALES

Cada cinco años mandaba el Código de Derecho Canónica a los obispos visitar todas la parroquias de su Diócesis. D. Santos lo cumplió con toda fidelidad.

A veces hacía alguna visita a alguna parroquia aisladamente, por las razones que fuesen, porque quedó al margen cuado se hizo a las demás del arciprestazgo, por alguna urgencia, etc. Pero lo ordinario era por arciprestazgos a lo largo de la primavera. Después de Pascua comenzaba, y el recorrido duraba mayo, junio... Dos otros o más arciprestazgos, según se podía. También algún año aprovechaba el otoño, pero más bien para visitar aquellas parroquias que quedaban sueltas.

La manera era poco más o menos igual. La hacía una tras otra sin volver a Avila más que alguna otra vez, al terminar por ejemplo algún arciprestazgo. En coche propio o alquilado; a varios pueblos de la sierra, sobre todo en los años primeros, en caballería, no había carreteras, y él montaba muy bien. Pernostaba en la casa rectoral que le tocase, y comía lo que podía, dada su débil salud. (Célebres los clásicos y exquisitos "flanes", que eran el postre normal). Los buenos sacerdotes porcuraban atenderle lo mejor posible, pero él tenía que hacer y recibir en la comida los honores indispensables de los a ella invitados por el párroco. Le acompañaba su familiar o algún otro sacerdote como secretario de visita. Los últimos años solía ir también su buen amigo el canónigo D. Marcelo Gómez Matías, que le ayudaba, y regañaba por su excesivo trabajo.

Luego el trabajo era poco más o menos el mismo: el recibimiento del pueblo, la visita litúrgica a la iglesia; ésta la hacía con toda exactitud, el canto del "Libera me" que solía hacer su acompañante en buen gregoriano, y mandaba callar a los que así no lo hacían. Luego venía

la plática. En ésta última era interminable, sinceramente se ponía pesado, quería darles toda una síntesis de dogma y de moral cristianas, e insistía, decía que ya terminaba.... pero seguía... No se quedaba tranquilo si no se lo decía todo y con fuerza y con afán. Después, la confirmación. Si la parroquia era grande se celebraba a lo mejor a otra hora, pues los confirmados eran a veces centenares (se confirmaba entonces a los niños). Luego la catequesis con los niños. Visita a las escuelas que se acompañaba de otra catequesis. Reuniones a veces de grupos de Acción Católica o de cofradías. O recibir a algunas personas que lo solicitaban. Visitar enfermos... Donde hacía noche, Misa a la mañana siguiente con su plática correspondiente (los sacerdotes en los confessionarios...). A última hora sus rezos, su descanso desigual, para él, tan ordenado, tuvo que ser un martirio la mesa y la cama distintas cada día...

Y así dos o tres veces al día, pues aprovechaba al máximo el tiempo para poder visitar las parroquias programadas y avisadas en esa temporada. Claro, casi siempre con retrasos de reloj y con prisas. Quedaba destrozado de fuerzas y de salud al final de esos meses. Año hubo que tardó tiempo en poderse recuperar. Pero él no concebía el ir y venir quemando gasolina, el hacer las visitas espaciadas a lo largo del año. Era un estilo que venía así de tradición, y que la misma carencia de medios justificaba en gran parte. Y la abundancia de parroquias a las que por pequeñas que fuesen no dejaba de visitar (antes de la desmembración de la Diócesis pasaban de 300).

Pero su presencia y su dinamismo sacudía a curas y feligreses, y hacía mucho bien. Era una siembra verdaderamente pastoral. Era la estampa clásica del Obispo misionero, que visita y escucha y observa y alimenta, y...regaña a sus ovejas para que tengan vida y paz...

CAPITULO XXII

MISIONES Y EJERCICIOS

Merecen un breve recuerdo estos apostolados, que ciertamente no los inventó D. Santos. Pero que en sus años de obispo tomaron un grande incremento, sobre todo los últimos. Y en gran parte debido a él.

Las *Misiones populares* desde siglos atrás se venían dando. En Avila desde la segunda parte del siglo XIX principalmente por los PP. Paules, que estaban comprometidos por contrato oficial con el Obispado para hacerlo. Ellos continuaron incansables. Otros religiosos y hasta sacerdotes diocesanos fueron también tomado parte en ellas. Y muchos se inscribieron en una Hermandad Misionera que crearon aquellos Padres, y que dieron misiones por numerosos lugares de España y hasta la gran misión de Buenos Aires en 1960.

La práctica de los *Ejercicios Espirituales* tambien venía, claro está, de antes. Pero la A. Ca., los años de la República, de la guerra y de la posguerra, los multiplicaron. D. Santos antes de ser Obispo había dirigido varias tandas en las Teresianas, y sobre todo en las Reparadoras, que fue el principal hogar de los mismos por aquellas décadas. Los padres de Familia, los Maestros Católicos tuvieron ya por entonces tandas célebres.

Pero después de la guerra, ya él de Obispo, los Ejercicios hicieron furor. Los movimientos de Acción Católica, Maestros, Colegios, etc. Se daban donde se podía. Se improvisaban locales y medios. Los Jóvenes de Acción Católica tuvieron por ejemplo en septiembre de 1940 tres tandas seguidas en el Colegio de la Serrada, a donde se iba y venía a pie. La Juventud Obrera que animaba el benemérito D. Arsenio González de Vega tuvo varios años sus tandas por la noche en los bajos del Palacio Episcopal, con cena que se preparaba en la cocci-

na del Obispo. Etc, etc. Por supuesto, D. Santos estaba en todo y lo clausuraba todo y hasta lo pagaba.

Por Sotillo de la Adrada durante algún tiempo floreció la *Obra de Ejercicios Parroquiales*, que fundaron los Cooperadores P. de Cristo Rey. Etc.

Todo ello llevó consigo el tener que pensar en una casa a propósito para ellos y para otras actividades apostólicas. Así D. Santos hubo de emprender, como ya registramos, la erección de una casa provisional primero (en las Agustinas), también sirvió en ocasiones, además de las Reparadoras, la de la P.U. Charitas, y definitivamente la que en los acabijos de su obispado pudo ser inaugurada en 1966.

CAPITULO XXIII

LOS RELIGIOSOS

Los religiosos varones no han sido abundosos en la Diócesis de Avila después de su restauración en España a finales del siglo XIX. D. Santos mantuvo siempre con ellos buenas relaciones. Y ellos a su manera colaboraron en las tareas pastorales (confesionario sobre todo). Hasta después de su dimisión no se encargaron de algunas parroquias como los dominicos de Santo Tomás o los franciscanos de San Antonio. Por otra parte, hay que reconocerlo, la tierra de Avila no fue nunca muy vocacional.

Sí que tuvo que intervenir autorizando nuevas fundaciones. La más importante de ellas fue el Colegio de *Salesianos* de Arévalo en 1945-47. Era para ellos, pero abría sus puertas a todos los que quisieran ir. También allí fundaron otro los HH. *Maristas* para futuros hermanos suyos. Los *Marianistas* abrieron un noviciado en La Parra.

Los dominicos de Santo Tomás consiguieron elevar sus estudios al rango de Facultad Universitaria de Teología. Para ello ampliaron el edificio con nuevas instalaciones, biblioteca, revista, etc. El acto inaugural con asistencia del Nuncio Riberi y del Sr. Obispo tuvo lugar el 2 de febrero de 1964. Este se alegró mucho pues podría beneficiarse de ello el Seminario Diocesano también. Pero duró poco, porque los dominicos trasladaron pronto la Sede a su convento de Alcovendas en Madrid.

Muchas casas religiosas de mujeres se fundaron en tiempo de D. Santos. Y eso que era más bien premioso para admitir éstas. Temía que por la pobreza de la tierra no pudiesen subsistir sin problemas, o que se pudieran dar competiciones entre las que se dedicaban a los mismos o parecidos apostolados. Sin embargo le podían..., y se fundaban. Hago sólo una enumeración sin más, pues la parte de D. Santos

en este que hacer se reducía por lo general en autorizarlas, y luego si atenderlas con cariño.

Una obra a la que echó desde sus comienzos en 1942 una mano fue a la *Pia Unión Charitas*. La fundadora M. María de Dios, recurría continuamente a él en todo, y él pacientemente la ayudó cuanto pudo, en su instalación primero en La Serrada, y luego ya en la casa de Avila, donde él mismo hubo de venir a recogerse durante algún tiempo antes de morir. Las religosas le consideran como a cofundador del Instituto.

Las *carmelitas descalzas* levantaron tres palomarcitos de la Virgen en tiempo de D. Santos en su Diócesis. Por los buenos oficios de aquella mujer extraordinaria que fue M. Maravillas. En Mancera de Abajo, en Duruelo, y en Arenas de San Pedro. Para estos Carmelos él no puso reparo alguno. Veneraba a la Madre, como luego veremos, y ella tenía firmado en blanco el permiso para fundar donde quisiera. Es más, hizo que la Madre se encargase, ya estando ella muy achacosa, de la restauración material y espiritual del monasterio de *La Encarnación*, que sin esa medida fácilmente hubiera sido ruinas. Fue una obra muy costosa y difícil que ambos siervos de Dios pudieron llevar a cabo. (También la Concepcionistas de Oropesa se trasladaron a Candeleda, quedando así en su Diócesis de origen al pasar aquella villa a la de Toledo).

En Arenas de San Pedro hubo un trasplante de unas religiosas italianas denominadas *Franciscanas Alcantarinhas* (de San Pedro de Aleántara). Abrieron un noviciado y luego una residencia de ancianas.

Las *Maristas* también una casa en Sotillo de la Adrada. Y las *Esclavas de la Virgen Dolorosa* un asilo para minusválidas en Gotarrendura. En Piedrahita las *Doroteas* de Sta. Paula Frassinetti, y las *Esclavas del Sdo. Corazón* residencias. Las *Damas Catequistas* también allí una pequeña Casa de Ejercicios.

Las *Hospitalarias del Sdo. Corazón* un Hospital Siquiátrico en Arévalo, magnífico, y otra cosa más modesta en Navahondilla.

En junio de 1962 daba el decreto de erección de un nuevo instituto, el de *Dominicas Misioneras de María Mediadora*, con su noviciado y casa madre en Piedralaves. También allí las *Teresianas* de Poveda cre-

aron una casa para atender a la Escuela y para reposo de algunas de ellas.

El 3 de octubre del mismo 1962 se ponía la primera piedra del grandioso *Noviciado de las Teresianas de Ossó* en Ávila.

Y en 1958 las *Hermanitas de los Ancianos Desamparados* abrían su Residencia-Asilo para centenares de hombres y mujeres sin personal que les pudiera entender.

Y eso que D. Santos no era muy fácil, como dije, para nuevas fundaciones. Pero... charitas Christi urget nos...

También los Institutos Seculares, que hacen por entonces su aparición en la Iglesia, tuvieron el apoyo de D. Santos. Sobre todo la *Alianza en Jesús por María*. Poco antes de comenzar su episcopado se había establecido en Ávila por obra de Hortensia Garcés del Garro (aprobación el ocho de febrero de 1935). Ya en enero de ese año aceptó ser el director del grupo y empieza a atenderlas con retiros, imposiciones de insignias, etc. Aún ya nombrado obispo, enseguida. Luego confió la dirección a sacerdotes de su cofianza para ello, como D. Antonio Pérez etc. Pero reservándose el título de director del mismo. Sus actuaciones fueron numerosas y muy importantes: así en 1942 en la primera Asamblea Diocesana en la que tuvo un discurso memorable, en el que hizo los elogios máximos de la Obra e hizo constar ante todos (sacerdotes...) cuánto era el aprecio del Prelado de Ávila sobre la misma.

Escribía el fundador: "Ávila algo maravilloso. Actos muy solemnes. El Prelado chifladísimo. Su discurso es para grabarlo en bronce. Ningún Obispo ha hablado tan claro y tajante de la Alianza". (Carta 237). Lo mismo en la Asamblea General que se celebró en Ávila en el verano de 1943. Y en las reuniones de sacerdotes directores, también en Ávila en ese verano y otra en 1951 con miras a constituir una especie de Asociación de los mismos (otra se tuvo más tarde en León en 1958). El lo aprobó y firmó. Pero no se pasó del proyecto. Cualquier acto importante de la Obra contó siempre con la presencia y aplauso del Prelado. Siempre protegió a la Obra hasta económicamente y facilitando en los primeros tiempos su misma casa episcopal para activi-

dades de aquella. Es más, desde 1942 que viene el fundador, el siervo de Dios D. Antonio Amundarain, a Ávila por primera vez, éste fue de las pocas personas que D. Santos hacía hospedar en el Obispado. Por cierto de aquella primera estancia es esta anécdota: D. Antonio necesitaba tomar un poco de vino en las comidas, pero en la mesa de D. Santos no se estilaba. D. Antonio ponderaba luego la sobriedad de D. Santos, y D. Santos la sencillez y humildad de D. Antonio que se atrevió a pedirlo. La Aliadas tuvieron en la Diócesis una grande expansión. Fue una de las entidades que más estimó D. Santos y que encontró siempre en él un gran protector. Ellas organizaron varias veces *Semanas de la pureza* dirigidas por el P. Dario López sj. con un éxito, aunque parezca extraño, multitudinario entre los jóvenes, ellos y ellas.

CAPITULO XXIV

LOS SEGLARES

Algunos piensan que la iglesia ha descubierto a los seglares después del Concilio Vaticano II. Lo cual no significa más que no se sabe historia. Después del Concilio lo que ha ocurrido es que la reflexión teológica sobre los mismos y de su papel en la Iglesia ha profundizado mucho acerca de ese tema. Aunque tampoco se había dejado más o menos de hacer antes. Porque los seglares siempre estuvieron presentes y actuantes en la misma. Pero no entremos en disquisiciones que no son del caso.

D. Santos había trabajado mucho con ellos antes de ser obispo. La Asociación de Padres de Familia y la Casa Social se lo exigieron. Y esto bajo todos los aspectos que comporta la acción seglar, no principalmente y exclusivamente en la sacristía, sino preferentemente en medio del mundo y sus problemas. La Casa Social era un complejo de actividades en este sentido. Que se afinaron más y más en los años conflictivos de la República.

Por aquellos años la Acción Católica, estructurada según los cuadros rígidos que le trazó Pio XI, vino a canalizar y potenciar las inquietudes y muchos de los ensayos ya existentes. Sabido es que esa planificación fue en Italia y en España donde principalmente se realizó. Los cuadros ya estaban trazados cuando D. Santos llegó a obispo: únicamente de momento los Padres de Familia suplían a los Hombres de Acción Católica, que años más tarde se crearon a base de elementos de aquellos.

La Acción Católica fue para D. Santos una santa obsesión. Desde el primer momento. Los documentos acerca de la misma, urgiendo la constitución de las cuatro ramas en todas las Parroquias, celebrando asambleas, cursillos y conferencias para sacerdotes y para seglares, asistiendo a los actos de formación, de imposición de insignias, de

bendición de banderas... innumerables. En las visitas pastorales insistía hasta la saciedad en ello. Y, sobre todo en los años primeros, los himnos de ambas ramas juveniles le acompañaban en su desplazamiento por las calles de los pueblos. Quizá para algunos tuviesen un algo de sabor “político” también en aquel entonces.

Puede decirse que de 1935 a 1968 toda la pastoral seglar se centró en la Acción Católica, que, a través de su Junta Central Diocesana y de sus cuatro ramas, creó una red de actividades formativas, sociales, de beneficencia... verdaderamente asombrosa. Y fueron ellos los seglares los que dirigían y se responsabilizaban y... exigían. Los Consiliarios formábamos, orientábamos, controlábamos y hasta nos sentíamos empujados por los laicos (entonces apenas se empleaba esta palabra, a la que política de antes había dado un sentido peyorativo). La historia de conjunto ni de cada grupo en particular apenas podrá hacerse: la burocracia era entonces elemental. Para toda campaña en la Iglesia había que contar entonces con la Acción Católica, que era la que muchas veces tenía la iniciativa.

Catequesis, roperos, cárceles, cocinas económicas, escuelas especiales, etc. Como infraestructura para sostener ese complejo movimiento Don Santos tuvo el gesto de comprar la vieja casa que el Cabildo Catedral poseía en la calle de San Segundo, nº 12, la adecentó y adaptó, y prestó servicios excelentes. Fue incansable en dotar de inmuebles y de medios a las necesidades pastorales diocesanas.

Digamos que en 2 de febrero de 1945 creó el Colegio de Consiliarios de Acción Católica de poca eficiencia.

Varios otros movimientos apostólicos de seglares surgieron bendecidos y alentados por él. Generalmente nacieron al calor de la misma Acción Católica. Así el de *Cursillos de Cristiandad*, el primero de los cuales se celebró en 1959. Y que tuvieron luego una grande expansión por toda la Diócesis, expansión que todavía no se ha apagado. Ellos han forjado cantidad de seglares que han influido intensamente en parroquias y otras actividades de por ahí. El Secretario Diocesano de Cursillos tenazmente mantenido por D. Eugenio González no permite que se apague la llama.

El *Movimiento Familiar Cristiano* apareció ya en los últimos años de su pontificado. Y así otros también.

Añadamos la *Asociación de Maestros Católicos* (1 de mayo de 1926). Otras obras habría que contabilizar: las que dicen alguna relación con el “mundo obrero” se citarán después.



Institución Gran Duque de Alba

CAPITULO XXV

CENTROS DE FORMACION

Para que los laicos pudieran promocionarse como cristianos había que proporcionales medios a propósito.

Con esa intención Don Santos creó el Colegio Diocesano, que sigue boyante, y ha levantado (después de D. Santos) un Colegio Mayor espléndido en Salamanca para los alumnos que cursan carreras universitarias.

Otras instituciones eclesiales surgieron también en sus tiempos por iniciativa de unos y otros. Pero con su aprobación. Así el *Ejam*, residencia para jóvenes estudiantes femeninas (D. Jesús Barrena), hoy ya plenamente diocesana. Y el *Colegio Pablo VI* de primera enseñanza (D. Francisco López), para la barriada de San José Obrero, también ahora obra igualmente de la Diócesis.

El 22 de noviembre de 1944 creaba D. Santos el *Instituto Diocesano de Cultura Superior Religiosa* para la adecuada formación de selectos. Un cuadro de escogidos profesores durante varios años mantuvo el centro a la altura debida que deseara su fundador.

De las entidades para la formación de obreros se hablará a continuación.

También digamos una palabra sobre las publicaciones que aparecieron en sus días episcopales. Casi todas fueron modestas. Avila no daba para más ni exigía más. Fueron todas por eso mismo efímeras, ocasionales, editadas por los diversos grupos apostólicos, sin grandes pretensiones.

Siguió la ya veterana *Hoja Parroquial*, que moriría en torno a su marcha de la Diócesis. Y aparecieron *Espigas*, *Cenáculo* (del Seminario), *Nuestra Revista* (1937, de D. Francisco Esteban) para sa-

cerdotes, *Jóvenes y Camino* (de los jóvenes de Acción Católica), *Laudate* (de la Hermandad de Sacristanes), de atrás venía *El Pueblo obrero*, de la Casa Social Católica, y *Reparación Eucarística*, de las Marías de los Sagrarios, que muere con D. Justo Sánchez (1951), su fundador.

Pero en el terreno de la publicidad su gran aportación fue la creación de la *Editorial Católica Pio XII S. A.* que se hizo cargo de *El Diario de Avila*. El capital fue principalmente de la Diócesis, y se estimuló a sacerdotes y fieles a tomar acciones para sostenimiento de la misma. D. Federico Huidobro, benemérito sacerdote escritor, y luego D. Juan Grande, al frente del periódico, sostuvieron su andadura y sus campañas en favor de la buena causa. Fue un gran instrumento de cristianización, y una de las empresas más preciosas, en la que Don Santos puso todo su interés y su directa gestión. Después de sus días diocesanamente se perdió

CAPITULO XXVI

LOS OBREROS

Pues así, fueron predilectos de Don Santos. Y no por estrategia humana de conquistar un mundo difícil, sino porque son los principalmente invitados por el Evangelio de Jesús a entrar en el reino.

Corrió a veces por Avila el bulo de que Don Santos no quería que ésta se industrializara, con lo que la vida obrera en la misma no podría darse. El mismo protestó reiteradas veces de tan falso infundio. ¡Qué más querría él sino que todos sus hijos tuvieran medios justos y suficientes de subsistencia y de mejora social!. Ahora, él no se sintió movido a resolver directamente este problema, creando puestos de trabajo, etc. No era tampoco esa su misión. Pero sí la de enseñar y exigir a todos la práctica de la justicia social y de la caridad.

Pero no bastan palabras y proyectos a largo plazo: hay que hacer a la vez lo que se pueda. De sus ayudas en privado a muchos necesitados... Dios sólo sabe. Entraba de la salita de recibir a su despacho y salía enseguida con lo que fuese para el interesado. "Es dinero de mi libre disposición". Téngase en cuenta (entre paréntesis) que él no percibía el tanto por ciento a que tenía derecho del capital diocesano de fundaciones, etc.: lo dejaba para los gastos generales de la Diócesis).

Luego está su presencia y contactos y ayudas de todo género con los obreros de la *Casa Social*, ya repetidas veces aludido. Antes y después de Obispo. Contínuamente la estuvo mejorando bajo todos los aspectos. El nombre de Don Casimiro Hernández es inolvidable, fue el brazo derecho de Don Santos y el alma para todo lo que se hizo allí: Sindicatos, Escuelas nocturnas de formación profesional, Escuelas para hijos de los socios, Caja de Ahorros que llegó a ser importantísima, etc., Don Santos les dió también en la finca el Seminario terrenos para la construcción de casas baratas.

Allí tenía también su sede la *Juventud Obrera de Acción Católica*. Un grupo especializado a la manera de la JOC belga, pero con su estilo especial, que D. Aresio González, creador de la misma, puso en ella. Este grupo, bastante numeroso, se forjó intensamente, y ha ejercido después una palpable influencia en la vida social de la ciudad.

Añádanse las múltiples actividades de la HOAC, y la creación en febrero de 1964 de la *Escuela del Hogar* para Amas de Casa.

Y al margen de la Casa Social la Hermandad de Ferroviarios (17 de marzo de 1946), con su pequeña publicación *Ferroviarios*.

Como se hizo en todas las Diócesis Españolas, también en Avila erigió Don Santos la *Charitas Diocesana*, con sus visitadoras domiciliares de las Mujeres de Acción Católica, y con sus centros parroquiales en todas partes. La importancia de esta obra hizo necesaria una Casa ex profeso para la misma, que se levantó —una "edificación" más de este obispo constructor—, en la calle de San Juan de la Cruz. Un gran edificio dotado a propósito para los fines del mismo. El benemérito Don Manuel Alemán fue aquí también clave importante.

Y queda el *Centro de Promoción Social Juan XXIII*. Fue obra del sacerdote D. Bernardo Herráez, a quien tanto debe la Diócesis de Avila. Pero D. Santos lo hizo todo muy suyo y puso todo su peso episcopal y personal para su realización siempre y en todo. El año 1965 señala el comienzo de su andadura.

Contó con dos centros de enseñanza, pues su finalidad era y es la promoción profesional de los jóvenes obreros y campesinos. Para los primeros se abrió la escuela de La Serrada con internado para los alumnos y cursos de las diversas especialidades, y hasta con granjas para experimentación y para tener medios de subsistencia. Profesores y formadores, sacerdotes y seglares han desarrollado allí una magnífica labor.

Para los obreros del campo se creó en el Fresnillo (cedido por la Diputación Provincial) una escuela agrícola y ganadera. Esta tuvo solamente una vida breve.

Otra generosa empresa fue la del *Centro de Educación Especial*

Santa Teresa para subnormales. También por iniciativa de D. Bernardo con la cooperación de las Mercedarias de la Caridad, y con la de sacerdotes como D. Jesús Romero (prematuramente difunto), y más tarde con la de D. Celedonio López y D. Isidoro García. Y con la de sacerdotes comprometidos cristianamente, sobre todo con la del ya difunto, D. Alfredo Abella, el tan inteligente y apostólico ciego total, tan conocido. Este creó a su vez la *Asociación Pronisa*, con su *Centro del Espíritu Santo*, para Subnormales profundos. Ambos centros siguen florecientes con centenares de alumnos de Ávila y de toda España.

Todavía en 1967, poco antes de dejar el obispado abulense, Don Santos erigía la *Fraternidad Católica de Enfermos*, que funciona de forma modélica por toda la Diócesis, con su revista *Rompiendo murallas*, reuniones, excursiones, etc. Fue su promotor el sacerdote D. Manuel García del Río, que tan prematuramente murió. D. Santos se preocupó de las gentes menos capacitadas económicamente de su Diócesis. Piénsese además en la formación social que dió a sus seminaristas, y que llevó a varios de ellos a la creación de cooperativas y otras obras similares, a predicar la justicia social con palabras y hechos. Y piénsese también en la cooperación de D. Santos en empresas sociales de otras entidades no eclesiales. Creo que estuvo en este campo a la altura de sus circunstancias y de su misión.



Institución Gran Duque de Alba

CAPITULO XXVII

POR LA IGLESIA UNIVERSAL

Don Santos era muy fácil para ayudar a las necesidades que de fuera de la Diócesis le reclamaban algo. Y esto a pesar de la pobreza de personal y de medios de la misma. Si el Cardenal Primado o el Nuncio o quien fuese le pedían algo o a alguien, por él estaba concedido. La Universidad de Salamanca se surtió en parte de personal de la pobre Avila. Por ejemplo él dió a la Universidad a D. Olegario González que se había preparado en Munich para el Seminario de Avila.

El tenía el instinto sobrenatural de que el obispo, al formar parte del Colegio Episcopal, tiene que participar en la solicitud por todas las iglesias.

Bueno, las *Misiones*, las *Obras Misionales Pontificias*, etc., contaron siempre con todo su calor. Recuerdo de un triduo misional en honor de San Francisco Javier por los años inmediatos de la Guerra que dió en Avila aquel organizador extraordinario que fue D. Angel Sagarmínaga, y durante el cual estuvo éste hospedado en el Obispado. Don Santos gozó inmensamente por tal motivo, y rió de veras ante las ocurrencias inagotables de aquel excepcional conversador y... apóstol. En D. Licesio Alvarez encontró luego al gran animador del movimiento misional diocesano.

Este espíritu misionero prendió en su Seminario. Y ya dijimos, cómo conseguida esto se tradujo en realidades. Antes de la creación de la HOCSA se estaba preparando ya un grupo de sacerdotes que, de acuerdo con las Misioneras Cruzadas de la Iglesia, marcharía a Bolivia a evangelizar. Al crearse la HOCSA pareció conveniente insertarse en ella. Y así se preparó la primera expedición de aquellos a hacerse cargo del Seminario de Managua, que se confiaba a la Diócesis de Avila. Ello suscitó gran entusiasmo entre los seminaristas. Y fue el comienzo

de otras muchas levas de misioneros diocesanos de Avila que fueron a Nicaragua, a Méjico, al Ecuador, a Colombia, al Brasil, al Perú...

Otro dato singular: su mismo familiar de entonces, D. Segundo Benito marchaba al *Colegio Ruso de Roma*, para, pasando al rito oriental, poder trabajar cuando y como fuese, entre aquellos cristianos. Todavía sigue haciéndolo entre los ucranianos de Madrid.

Otra parcela a la que la preocupación pastoral de Don Santos llegara también fue la de atender a los *emigrantes españoles* tan numerosos por aquellos años de la posguerra. Sacerdotes avileses se dispersaron por Francia, Alemania, Luxemburgo, Suiza... para ello. Su correspondencia personal con todos dice de su paternal cuidado para con cada uno de ellos en particular.

Otra obra de proyección universal en la que los sacerdotes de Avila tomaron parte en su tiempo fue la del *Movimiento por un Mundo Mejor* del P. Lombardi. Don Santos, que hizo las célebres ejercitaciones del mismo, cedió generoso a Don Federico Bellido, que fue enseñada el brazo derecho del P. Lombardi, y más tarde a Don Julio Jiménez que fue después director general del movimiento.

Don Santos llegó así a toda la rosa de los vientos. Fue un espíritu universal, pero silenciosamente, sin ruidos ni plataformas publicitarias, como toda su vida siempre en todo fue.

CAPITULO XXVIII

AMISTADES

Decía que Don Santos fue un hombre "en soledad". Su secreto se lo llevó él consigo. Pero era tan sencillo y su vida fue tan lineal que lo podemos sospechar. Cualquiera que le tratase un poco se daba cuenta de su verdad, velada por la discreción. El sin embargo no entregaba a nadie su intimidad, vivía, sin decirlo, entregado. La modesta reserva de su intimidad personal le mantuvo en la serena objetividad de su vida episcopal.

Por eso no se puede hablar de amistades íntimas en la vida de Don Santos. Pero sabía valorar y sabía darse y recibir de unos u otros menos o más.

Quería recordar aquí algunos nombres que se encontraron con Don Santos en su vida, más que personalmente, apostólicamente, y que por eso pudo entre él y ellos establecerse una cierta amistad. Porque lo profesional, digamos así, devino necesariamente en algo personal.

El amigo que más puede llamarse así desde los años de sus estudios en Roma fue el P. Aurelio Calzada sj., burgalés, que se entró en la Compañía después de ser sacerdote. Fue un religioso cien por cien, gran cabeza y gran organizador: como Consiliario del Círculo Católico de Obreros de Burgos su labor hizo época. (murió a 30 abril 1967). Pues bien, o invitado por Don Santos, o por él mismo (que se los buscaba o inventaba), venía con frecuencia a dar Ejercicios en Ávila, y así pasaba unos días en Palacio con aquél. Tenían gran confianza mutua. El P. Calzada le decía cuánto le parecía, y además con su buen humor le esponjaba y tonificaba para una temporada.

De este estilo creo no se puede contar a ninguno más. Luego, con otras distancias y respetos, tenemos los casos del P. Poveda y del P. Escrivá. El martirio de sangre cortó las relaciones con el primero: mu-

tuamente se veneraban entre sí. A Don Santos tomaron declaración en Avila para el proceso de beatificación de aquél.

El P. Escrivá pasó con frecuencia por Avila durante la guerra y los años inmediatos de después, siempre a visitar a Don Santos, al que quiso ayudar lo que pudo, por ejemplo en la construcción del nuevo Seminario, para el que hizo unos planos gratuitamente un arquitecto de su Obra (Sr. Fisac), planos que por dificultades del terreno luego no se pudieron utilizar. Ya anotamos que el P. Escrivá dió Ejercicios a los sacerdotes etc. Don Santos escribió, después de muerto D. José María, un gran elogio de él, que han publicado sus hijos en el año de su beatificación.

Otra sierva de Dios con la que trató mucho fue la *M. Maravillas de Jesús* cd. El acogió sus fundaciones de Mancera, Duruelo y Arenas. Esta última hecha por deseos de Don Santos. Así como le pidió a la Madre la restauración del monasterio de La Encarnación. Pero sería interesante la publicación de la correspondencia que se dió entre ambos, por la que aparece la veneración mutua que se tuvieron, cómo la Madre contaba con él para todo como a su superior inmediato, y cómo él valoraba la oración de la monja y de sus hijas. Las carmelitas fueron de las grandes alegrías de su corazón. (Quiero consignar aquí el obsequio de una cruz de brillantes que M. Maravillas arrancó de la custodia de Duruelo para la nueva custodia del Seminario).

Ya dije del siervo de Dios *D. Antonio Amundarain*. También un D. Alfonso Roig, de Valencia, que se refugió por aquí durante la guerra, y que ayudó en alguna parroquia (la del Barco) y con sus charlas de formación litúrgica y artística a seminaristas y seglares.

Algunos obispos pasaron algunos días hospedados por él en el Obispado: Eijo y Garay, que le embelesaba con su conversación ("se podía escribir y publicar lo que habla"), D. Antonio García, arzobispo de Valladolid, etc. Otros muchos de paso como Mons. Ances, etc.

Luego habría que enumerar a varios sacerdotes diocesanos, que, más que amistad, tuvieron que relacionarse más con él o a los que él distinguió por alguna especial actuación pastoral que realizaran. Ya se han indicado varios al ir diciendo de unas u otras tareas pastorales suyas.

El día 18 de abril de 1938 moría *D. Felipe Robles Dégano*, era el humilde capellán de las religiosas agustinas. Don Santos lamentó mucho no haber podido honrar con una canonjía a tan sabio sacerdote, pero no tuvo tiempo. La guerra impidió hacer las gestiones pertinentes ya que, por haber sido religioso, necesitaba dispensa de Roma para ello. En el Boletín quiso que se le hiciera un gran elogio (151-154).

Por eso nombró pronto canónigo a *D. Francisco Esteban*, el conocido catequista, que murió en 1951, el mismo año que D. Justo Sánchez, el penitenciario, tan eucarístico y tan cordial.

Ya hemos hablado mucho de D. Alfonso Qurejazu y de D. Manuel Alemán. Digamos que en 1955 hubo de impresionarle la santa muerte y el entierro multitudinario de *D. Luis Jiménez* (3 de diciembre), el sencillo coadjutor de Santiago. Así como también la muerte (29 de noviembre de 1961) del heroico *D. José Robles* en Villanueva de Avila: sus palabras en los funerales lo proclamaron. (BO. 667-670).

También trató con mucha confianza a *D. Marcelo Gómez Matías*, famoso por su Almanaque Parroquial, y al que hizo también canónigo. El le acompañaba los últimos tiempos en las visitas pastorales con gran interés de que se cuidara y trabajase en ellas con medida, cosa que no solía lograr. (murió a 1 julio 1967).

Otros nombres se podrían añadir: D. Castor, D. Teodoro, D. Mariano Taberna, D. Licesio Alvarez, D. Bernardo Herráez, D. Nicolás González.... tantos y tantos generosos colaboradores...

CAPITULO XXIX

LIMITACIONES

Todos los hombres las tienen. También los santos. No los mitificamos. Si no, no serían humanos, sino otra clase de seres. D. Santos también las tenía. Lo que no es fácil es precisarlas. Y por supuesto lo que no podemos es decir si hubo alguna culpabilidad en ellas y cómo de haberlas. Eso sólo lo sabe Dios.

D. Santos era tímido por sicología, pero nada ingénuo, al contrario, y esa timidez le hizo reservado y crearse problemas que a él mismo le hicieron mucho sufrir, e inevitablemente a otros. Esto traía consigo –es típico del tímido– que en algunas ocasiones el genio se desahogase con alguna salida fuerte. Y esto es más frecuente con los años cuando la debilidad puede controlar menos los registros nerviosos. Algo de esto le ocurrió a veces a él. Pero no fue frecuente. El había adquirido desde pronto gran dominio de sí, y lo vivió siempre con enorme naturalidad, que no era natural sino sobrenatural y adquirida, por gracia y por esfuerzo ascético.

Cuando se trata de un hombre de gobierno siempre se plantea el problema de la prudencia en el cumplimiento de su misión. Pero ¿es tan difícil poder juzgar sobre ello?. Por supuesto, ningún obispo habrá dado nunca gusto a todos sus sacerdotes ni a todos sus diocesanos. Es imposible. Ni tendría que ser. Los asuntos suelen ser muy complejos. Y los que no estamos en la cumbre los vemos desde laderas limitadas y parciales. El superior, desde arriba, tiene que conjugar muchos datos, y fácilmente terminar por no satisfacer a nadie. D. Santos era propenso a dar soluciones inmediatas a las partes en litigio que primero llegaban, luego tenía que deshacer en todo o en parte lo hecho. La timidez y la bondad le llevaban a ello. El superior ¡ha de saber tantas veces esperar y hasta tolerar!. El lo sabía y lo hacía.

Pero en definitiva nada que no le pareciese que era voluntad de Dios. Pasaba por todo antes que traicionar su conciencia ante lo que se le presentaba como un deber. E insisto, era penetrante, se daba bien cuenta de todo, de ingenuo nada. Por eso tuvo que sufrir mucho en el silencio de su corazón. Pues él no era confidencial, no se desahogaba con nadie.

Soy testigo personal y lo confieso. Por ejemplo, y a propósito del Seminario, yo mismo en dos o tres ocasiones le disgusté seriamente. Reflexionando sobre su reacción no puedo menos de admirar su prudencia, su serenidad y paz, su paternal tolerancia, su santidad... Otros, estoy seguro, no se hubiesen comportado así. Y no hubiera estado tampoco mal. Pero como él lo hizo, fue, evidentemente, mejor. Reaccionó en todas ellas como un santo.

Serenidad, prudencia, amabilidad..., éste era su talante. Pero sabía ser enérgico también. ¿En todo y siempre exacto? No se lo exijamos, porque sólo Jesucristo, que era Dios y Hombre, lo fue.

La reserva de que antes dijimos le vino sin duda bien. Defendía su timidez. Fue algo que él seguramente se propuso mantener reflejamente para no desgastarse, para ser suave, pero objetivo a la par. Fue un gran acierto. Fue su gesto de prudencia supremo. Y que le dio en el fondo una gran libertad de actuación. Le hizo en definitiva libre.

¿Fué un santo Don Santos? La palabra es muy elástica. Santo en el sentido corriente de haber sido un hombre de virtudes sencillas, si se quiere, pero en su conjunto heroicas, un hombre de Dios, que procuró, mantener sin desmayos encarnado en su vida el ideal de su fe. Pues sinceramente creo que sí. Con sus defectos y limitaciones, como todos los santos de una u otra manera los han tenido. El secreto está en querer superarlos, el no instalarse en la mediocreidad, en ser humildes y confiar en El... Santo "nomine et re"... Mantuvo su conducta virtuosa sin nada extraordinario, sin darse importancia ninguna, apoyado en Dios, con su habitual sonrisa y su gesto silencioso, dejándonos un ejemplo luminoso de perseverante testimonio de amor... Lo extraordinario fue la tolerancia de vivir como vivió en línea evangélica, sencillo siempre y siempre fiel.

CAPITULO XXX

UN PUÑADO DE ANÉCDOTAS

Para mejor conocer el alma de Don Santos inserto aquí unas páginas del que fue su principal secretario los últimos años de su vida, D. Nicolás González. Se publicaron en el folleto-homenaje: *Historia de un pontificado*, que con motivo de su jubilación se editó en Ávila en 1968. Estas páginas sirven para completar el perfil de Don Santos esbozado en este libro.

"Por su valor sentimental y humano, al que contribuye la intimidad del autor con el Prelado, recogemos este capítulo, cordial y auténtico, testimonio de una faceta poco conocida del Doctor Moro Briz.

La vida íntima del Dr. Moro Briz está tan llena de originalidad y semejanzas –ejemplares bajo todos conceptos–, que difícilmente pueden reflejarse en un breve comentario. Intento solamente, a vuelta pluma, recordar algunas anécdotas reveladoras, ante todo, de que en este viejo Obispo había una savia nueva, muy propia de esta primavera de la Iglesia, y ya desde mucho antes del Vaticano II.

Apunto a su perfil de hombre de gobierno y a unas líneas características de conducta, poco conocidas para muchos.

¡Nolentes volumus!

Al pie de la letra, esto significa: "Nos queremos a los que no quieren".

La frase la pronunció por primera vez, hace pocos meses. Y a propósito de que un señor le había ido a consultar si debía aceptar o no un cargo de responsabilidad que acababan de ofrecerle. El visitante defendía su negativa alegando que aquel cargo de gobierno le venía un poco grande y que prefería el trato con gentes de pueblo antes que aprender la diplomacia de la corte...

Entonces nuestro Obispo confesaba a unos cuantos sacerdotes: "Le he aconsejado que lo acepte, porque vale para ello y no busca su satisfacción personal ni tiene apetencias humanas. Estos son los que yo prefiero... Cuando alguien busca un cargo y se vale de todos los medios para conseguirlo, uno debe preguntarse: "Qué busca éste? ¿La gloria de Dios, el bien común...., o la satisfacción de unos apetitos desordenados? ¡Nolentes volumus!:

¡El undécimo, no molestar!

Casi con la misma obligatoriedad que si se tratase de todo un mandamiento de la santa ley de Dios, nuestro señor Obispo tenía por norma constante de su gobierno, no molestar a nadie.

Su salida espontánea y casi connatural, cuando le anunciaban una visita y se le rogaba que antes terminara de dictar la carta empezada, o cuando se levantaba para coger un libro de su biblioteca y se le pedía que se estuviese quieto, porque se le alcanzaría... su respuesta –repito– era siempre la misma: "El undécimo, no molestar".

Parece increíble su paciencia en este sentido, con tal de no causar la más mínima molestia a los demás. Ni siquiera cuando estaba enfermo, o faltaba el azucar en el café..., era capaz de decir media palabra.

Y cuántas veces, al terminar de dictar una carta a la máquina, hacia leerla o la repasaba él personalmente, "por si tuviera alguna frase menos pensada que pudiera molestarle". Al destinatario, se comprende.

A cada cual lo suyo

Por más amigo que de él fuese el Obispo –y los tenía muy amigos–, o por muy compañeros suyos que fuesen algunos sacerdotes –sus condiscípulos, por ejemplo–, para los primeros tenía siempre el "Excmo. y Rvdmo. Sr." al comenzar una carta o un Saluda, y para los otros un respeto inigualable. "Esta norma –decía en cierta ocasión–, aunque parezca un poco chocante, porque los jóvenes opinan que todos somos iguales, me ha dado siempre muy buen resultado... y ya no voy a cambiar a mis ochenta años.

En el lenguaje del Dr. Moro Briz a uno le costaba trabajo distinguir entre una persona de confianza y una persona desconocida, entre un

hombre de ciudad y un hombre de campo: todos recibían un trato distinguido de respeto y veneración, afectuoso y sincero. La consideración a la persona humana, fuese quien fuese, como base de sus relaciones públicas. Lo demás, aunque importante, venía a tener un carácter secundario.

Ni una carta sin contestar

Varias veces se ha dicho en diversas ocasiones, por los Secretarios de las distintas Comisiones Episcopales, Secretarios Nacionales y Obispados: "Tu Obispo es el primero que nos contesta, cuando se envían Circulares encuestas, comunicaciones..." (y en estos tiempos llegan por centenares a los despachos de los Obispos).

Y si alguna carta se quedó en el tintero, nadie debe echarle al señor Obispo la culpa –se lo aseguro–, sino a cuantos tenían el encargo de buscar unas señas o cumplimentar algún dato... y, por cualquier razón, se perdía de vista.

Por su parte, nunca dejó una carta sin leer, aunque fuera anónima, y sin alguna respuesta (excepto estas últimas, por supuesto). Es más, la de aquella monja, que venía en un sobre pequeño con una tímidamente "de conciencia", o la de la hermana del sacerdote necesitado, o la de un pobre padre de familia que pedía una limosna... tenían preferencia a otros sobres grandes, de papel tela, planchados, impecables.

¿Y de las cartas que pedían recomendaciones al Obispo? Quien quisiera que fuese el que les escribiera, para rogarle una intervención ante un caso apurado, siempre, siempre encontraba eco en su más delicada sensibilidad. "Pero ¡si no conozco al que me escribe, ni al señor a quien tengo que dirigirme...!. En fin, por si puede serle útil, escribiremos, no sea que faltemos a la caridad". Así, cientos de veces.

Aquí se recibe a todo el mundo, como en cualquier establecimiento.

Había días que llegaban las tres de la tarde, y el Sr. Obispo seguía recibiendo visitas... El portero entraba para decirle más o menos; "Quedan todavía cuatro esperando; ¿podría indicarles que V. está cansado y que vengan a la tarde o mañana?"

"¡Jamás –contestaba el Señor Obispo–, aquí como en cualquier esta-

blecimiento: hay que recibir a todo el mundo y despachar a todos los que estén dentro" ... Y, con sus ochenta años –¡que se dicen pronto!–, llegaban las tres y pico de la tarde, y el Obispo seguía en pie con el café de las nueve de la mañana.

Nunca habló de que hubiese tenido visitas inoportunas. Con qué seriedad nos decía alguna vez: "Ha venido un señor y, después de una hora con él, no he podido saber si la culpa es suya o de su mujer. Pero, en fin, escribiré al Párroco, para que me diga qué puedo yo hacer en este caso".

Para D. Santos, nada era perder el tiempo, nadie le contaba tonterías, todo era interesante.

Y para quienes le servían, el enojo (si es que así puede llamarse) cuando tenían que decir a alguien, por propia iniciativa: "Hoy no recibe el Sr. Obispo, porque apenas puede moverse; el médico ha dicho que se eviten, en todo lo posible, las visitas" ... Como algunos de los frustrados visitantes escribiera después a Su Excelencia, y le contara que había sentido no haberle visto... ya se sabía su reacción: ¿Quién sois vosotros para decir que no estoy en condiciones de recibir? Haberme avisado y le hubiera recibido unos minutos. Por unos minutos no me pasaba nada. Ya estoy acostumbrado".

En él era casi una debilidad oír, escuchar, soportar las manías de algunas gentes que piensan que el Obispo lo puede resolver todo, contestar, cargar con los problemas de los demás, excusarse y escusar, tomarlo todo en serio...

La peor solución de un problema, no darle ninguna.

Cuando se encontraba sobre su mesa de camilla dando vueltas a algún asunto complicado, de esos que no parecen tener solución, se solía aconsejarle, para que no le quitara el sueño, que lo dejase en paz. Y se le contaba la historia de aquel jefe de empresa que tenía dos cajones en su mesa de despacho: en uno iba metiendo los papeles que el tiempo solucionaría y, en el otro, los papeles resueltos con el tiempo.

Pero Su Excelencia tenía siempre preparada una respuesta de muy buena filosofía: "A mi padre le oí decir muchas veces que la peor solu-

ción de un problema es no darle ninguna" ... Y, ante esto, no había más remedio que tratar de enconatrarla por todos los medios, de tejas abajo o de tejas arriba (en el despacho o en la capilla).

Y no era fácil tampoco que D. Santos dejara los problemas en el olvido. No. Cierto que le eran desconocidas las modernas técnicas de control. Pero, sin embargo, a su izquierda tenía siempre un buen surtido de cartulinas (de esas que vienen acompañando un libro, o una conferencia, o una simple tarjeta de felicitación), en las que llevaba buena cuenta de los asuntos pendientes, para que no se le pasara o no se pasara a sus colaboradores, ninguno.

El oir a todos no me libra de ser yo el responsable.

A nuestro Obispo siempre le gustó oír el parecer de los demás. Pero, más todavía, después del Concilio. Estas sus palabras, dirigidas a los miembros del Consejo Presbiteral, en octubre de 1965, lo dicen todo: "Antes los obispos teníamos la idea de que cada uno debía regir su Diócesis –en conformidad con las leyes de la Iglesia–, como Dios y nuestra propia conciencia nos diera a entender; pero ahora no puedo ya hacerlo sin contar con vosotros. ¡Ojala nos lo hubiera dicho esto antes la Iglesia!"

En esto como en tantas otras cosas el modo de gobernar D. Santos Moro Briz tenía sus peculiaridades, que fácilmente pasaban desapercibidas; a quien menos podía sospecharse le sacaba en la conversación un tema o un asunto, en el que uno llegaba a pronunciarse inconscientemente pero sinceramente, sin caer en la cuenta de que su respuesta iba a entrar en una cadena de consultas...

Y este género de amabilidad de un hombre que siempre procuraba dar gusto a quien venía a pedirle algo, y que escuchaba a todo el mundo... no se resignó nunca a ceder en lo más mínimo cuando llegaba a la convicción de que los intereses de Dios pedían lo contrario. Tenía unas frases estremecedoras en determinadas situaciones muy confusas y graves: "El oír a todos no me libra de ser yo el responsable. Delante de Dios, que habrá de juzgarme, no tengo más remedio que decir que no. Lo que diga la gente no tiene sin cuidado: sólo me importa hacer las cosas a gusto de Nuestro Señor. Yo cargo con todas las consecuen-

cias; la responsabilidad es mía"... A esto lo llamaba nuestro Señor Obispo "tener que sacar los registros fuertes". Lo dicho resume alguno de los perfiles más salientes en el gobierno pastoral de nuestro inolvidable Prelado: la sencillez en todas sus tareas de dirección; hacer las cosas de forma desapercibida; estar siempre en su puesto; saber ser Obispo en todo momento".

CAPITULO XXXI

OCTUBRE DE 1968

Ya dijimos: llegó la hora de la jubilación. Le debieron de avisar de que pronto se anunciaría. Por eso el 22 de septiembre firmaba su preciosa *Carta íntima* a los sacerdotes.

Y a mediados de octubre, pasada la fiesta de la Santa, el nombramiento del sucesor, D. Maximino Romero de Lema. La noticia no se hará pública hasta pocos días después.

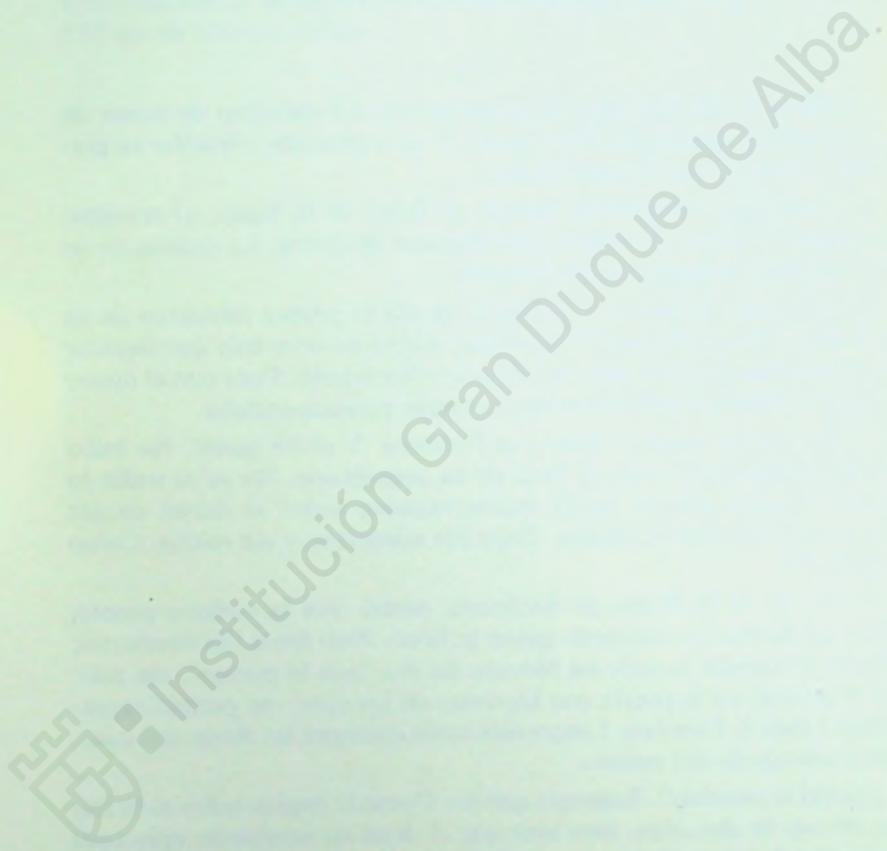
El tenía todo dispuesto y ultimado desde el primer momento de su renuncia, él tan minucioso y detallista. Ahora no tuvo más que liquidar los inmediatos papeles con sus Vicario y Secretario. Pues con el nuevo obispo no hubo ninguna entrevista, aunque parezca extraño.

El 18 escribía su despedida a la Diócesis. Y el 19 partió. No hubo ningún homenaje ni acto al final de su pontificado. No sé si nadie lo pensó siquiera, porque quizás instintivamente todos se daban cuenta que eso no era para D. Santos. Todo fue silencioso y sin ruidos. Como todo en él.

El 19, día de S. Pedro de Alcántara, partió. Por la mañana pronto, hacia las nueve. No recuerdo quién le llevó. Pero fuera del conductor, sólo le acompañó su sobrina Maruja. Se iba "con lo puesto". sin más. Yo le despedí en la puerta con lágrimas en los ojos: me permití representar a toda la Diócesis. Luego más tarde entregué las llaves del caserón al encargado del mismo.

¿Sufrió al marchar? Supongo que no. Como la espera había sido larga, de más de dos años, esto hizo que el dejar su ministerio episcopal fuese algo lentamente pero ya totalmente asumido,, y que más bien estuviese deseando salir de aquella situación insegura, de responsabilidad y no responsabilidad. Sus escapadas a su pueblo en ese año último

delataban bien su deseo. A los fieles mismos tampoco ya no les pudo demasiado impresionar.



CAPITULO XXXII

EN SANTIBAÑEZ

Y ahora a esperar la llamada del Señor. Diez años en su pueblo natal, acogido en la casa de su hermano Venancio. Su capillita, su despacho donde recibía, su dormitorio... Una vida sencilla e igual.

Vida piadosa, ordenada, como un cartujo. Un pequeño patio interior le permitía tomar un poco el aire. Leía y se hacía leer. Seguía día a día el ritmo de la Iglesia (periódicos, radio, algo ahora, muy poco la televisión que antes no tenía, los documentos de la Conferencia Episcopal). Recibía bastante correspondencia, a la que contestaba rigurosamente.

A veces venían a visitarle algunos sacerdotes y seglares de Avila u otras partes. Obispos: D. Maximino, el de Plasencia a donde pertenece ahora Santibáñez... Estas tardes en que tenía visita eran para él una pequeña distracción.

Pocas veces salió de su retiro: por ejemplo a la Conferencia Episcopal fue alguna vez; a las solemnes fiestas del Colegio Diocesano en Avila el 28 de abril de 1976, (estas fiestas fueron a la vez un homenaje a él, que él no sospechaba); a visitar a Salamanca a D. Jaime Flores obispo de Barbastro, enfermo; al entierro del Sr. Obispo de Plasencia D. Juan Pedro; a Avila a las exequias del que había sido su Vicario D. Castor Robledo, en pleno frío de diciembre... Poco más.

Un ocaso dorado. En la paz de Dios.

Sólo un disgusto sufrió en aquellos años. El pueblo se empeñó en erigir un busto a D. Santos ante la fachada de la parroquia. Se negó a ello. Pero ellos siguieron adelante, y el artista con visitas disimuladas y a base de fotografías le pudo modelar. Lograron luego convercerle

de que lo permitiera. Y a la fuerza casi consintió. Pero la inauguración fue un sufrimiento tremendo para él. Asistió a la Misa en la Parroquia llena de gente y celebrada por los sacerdotes hijos del pueblo. Luego, por calles desviadas, huyó a casa, y no estuvo presente a la inauguración del pequeño monumento. El día 10 de octubre de 1975 fue un verdadero martirio. Se reprochaba a sí mismo. Y pudo hasta haberle dañado a sus débiles fuerzas ya tan gastadas.

Los últimos años.

En 1978 su salud se derrumbó. En Santibáñez le atendía como médico D. Valeriano Celis, que además de su competencia profesional, era un gran cristiano. Se dió entre ellos una verdadera amistad.

Pero en el pueblo no había medios para poder atenderle convenientemente. Y en enero de ese año hubo de pensar en trasladarse a Ávila. La enfermedad era ya ancianidad, problemas de circulación sanguínea. ¿A dónde?. Las buenas religiosas de la Pia Unión Charitas le ofrecieron un rincón de su convento, y allí se refugió. Hasta el verano de ese año, en que pudo instalarse en un piso de la calle de la Soterrana nº 18, que puso a su disposición la Caja Central de Ahorros y Préstamos. Allí pasó sus últimos tiempos: del verano del 78 hasta mayo del 80 en que allí murió. Perfectamente atendido por su sobrina, y por el buen médico y cristiano D. Antonio Velázquez.

Pero había envejecido y perdido mucho. Alguna vez hubo de pasar unos días en el Hospital de la Seguridad Social. Debió padecer no poco dada su delicadeza. El no sabía más que dar gracias a todos.

Desde su venida a Ávila ya no pudo celebrar la Misa sólo. Celebrada sentado y otro sacerdote tenía que concelebrar con él para que él no tuviera que preocuparse de nada y hacer lo menos posible.

Ratos de capilla, a donde a veces entraba exclamando: ¡Dios mío, misericordia!. El sagrario colocado en la pared del chaflán que hacía la casa y todo el conjunto daban devoción.

Así se fue poco a poco apagando su vida como un cirio ante el Señor. Nada extraordinario. Lo extraordinario fue el conjunto de su vivir, lineal, entregado a Dios por los demás.

A mediados de mayo sufrió ya el ataque final. Un colapso, una casi paralización de su vivir, una arteriosclerosis generalizada. Fueron ocho días entre la vida y la muerte. Pero más o menos consciente. Siempre una monjita de Charitas estuvo allí para ayudar a cuidarle.

Los recuerdos de esos últimos días, tensos, a la espera del encuentro definitivo con Dios, nos los transmite su sobrina, el testimonio más directo y autorizado de los mismos.



Institución Gran Duque de Alba

CAPÍTULO XXXIII

EN LA PAZ DE DIOS

"Siempre fueron llenos de paz. Al Dr. Velázquez que le atendió le llamaba ésto la atención. Un día, que extendía unas recetas de espaldas a él, se volvió y contemplándole un rato nos comentó: ¡Qué paz!

Habló muy poco en los escasos días que guardó cama. En los primeros de ellos –cambiaba yo la bombilla que tenía sobre la cabecera– me preguntó:

¿Cuánto tiempo aproximadamente, (moviendo aquellas manos tan expresivas) tardaré en irme al Cielo?..."

"No lo sé, tío. Pero Vd. esté tranquilo, en cuanto me diga el Doctor que el Señor viene para llevarle, yo se lo digo. Quedó tranquilo.

Así fue. El Dr. perdió la esperanza de que pudiera cumplir los 92 años. La vida se le acababa y el fin estaban muy cercano. Me armé, pues, de valor y le dije:

"Tío, el Señor viene, lo acepta ¿verdad?"

– Dijo: Sí. Se emocionó, fue una emoción suave.

– Yo apostillé: ¿Gozosamente?

– "Sí, gozosamente"

– Gozosamente le pongo yo en manos del Padre, le contesté. De este diálogo fue testigo la H^a María de Charitas.

No sé ni en qué día ni en qué momento volvimos a hablar con la mayor naturalidad de esta llegada... Pero sí recuerdo que yo le pedí: Tío, cuando vea al Padre háblele de mí. Me lo prometió con el mismo tono de la promesa que se hace de traer un regalo después de un viaje.

Pasaron... ¿un día, dos?... Estábamos los dos solos y de repente, como quien proyecta, como la cosa más natural..., me dijo: "Yo no sé

adónde iré ahora; pero como no he tratado más que de hacer su voluntad y tenerle contento en todo..." Hizo un encogimiento de hombros y se quedó como a la espera de los que Dios quisiera...

Estábamos también solos. Quizá fue para mí lo más impresionante. Extendió un poco las piernas. Puso los brazos a lo largo de su cuerpo, las manos abiertas totalmente con las palmas hacia abajo... y muy suavemente, sin queja, como dando a entender la experiencia del momento, comentó: "Qué soledad"!.

La víspera de su muerte parece que recobró vida. Le visitó el Sr. Obispo, Don Felipe. Recuerdo que hasta me tomaba el pelo con aquella ironía fina que nunca hacía daño y sí mucha gracia.

El 24 de mayo, día de su muerte, a mediodía me acerqué a su cama, puse mi cabeza en el huequecito que dejaba la almohada. El puso su mano derecha sobre mi cabeza y, con mucho esfuerzo, colocó también la izquierda...

La H^a María, que lo presenciaba le preguntó: Sr. Obispo, ¡ay la sobrina!, la quiere mucho, ¿verdad?.

Contestó: "Sí, mucho". Lo dijo con voz muy fuerte.

Durante mucho tiempo sentí sus manos sobre mi cabeza. Esto fué lo último que habló. Así era él de exquisito, así de agradecido para todo. Al menos así lo ví yo: me dejó la expresión tácita de su adios complacido"

Hasta aquí el relato de su sobrina María Moro. Silenciosamente, poco después de las once de la noche ese día 24, sábado, víspera de Pentecostés, se durmió en la paz de Dios.

CAPITULO XXXIV

EL SEPELIO

Sábado 24 de mayo de 1980, después de las once de la noche, vigilia de Pentecostés, murió D. Santos.

Enseguida se trasladó su cadáver a la Catedral, quedando instalado en la capilla del Sdo. Corazón (o de Velada). Con sencillos ornamentos morados y una mitra blanca.

Y comenzó el desfile todo el día siguiente y el lunes. Puede decirse que todo Avila pasó a verle, a rezar, a tocar medallas y rosarios a sus manos que apretaban un crucifijo.

Cuando D. Santos muere todavía vivían la mayoría de los que le habían conocido en Avila. Su memoria estaba aún viva. Y pudo darse ese prebiscito de veneración en torno a sus restos mortales.

El lunes a las 5,30 de la tarde tuvieron lugar los funerales. Presidió el Cardenal V. E. Tarancón, arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española. Concelebraron a más del obispo de Avila, el arzobispo metropolitano de Valladolid y el Secretario de la Congregación del Clero, que había sido sucesor de D. Santos en la sede de Avila, y los obispos de Salamanca, Ciudad Rodrigo, Segovia, Palencia y Auxiliar de Oviedo, con más de 200 sacerdotes.

El Cardenal, que en 1976 había presidido las fiestas del Colegio Diocesano y hecho entonces el gran elogio de D. Santos allí presente, ahora glosó en su homilía el texto evangélico: Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor... Dijo entre otras cosas:

"Siervo bueno, fiel. Efectivamente. D. Santos... no sólo estaba siempre en actitud de servicio; yo diría que había concebido su vida, ya desde los primeros momentos de su existencia, y sobre todo su sacerdocio y después su episcopado, como un servicio pleno y total a los demás".

"Y, como el servidor, está siempre en segundo lugar, está siempre silencioso y callado. Llamaba la atención en las reuniones de los Obispos por su sencillez, por su humildad, porque no quería ninguna distinción". "... no es fácil servir, no es fácil quedarse siempre en la sombra; hace falta para ello una personalidad muy recia, y una virtud muy firme, y tan sólo por la virtud de D. Santos, por aquella humildad extraordinaria que, si en la humildad cupiese exceso, podríamos decir excesiva, estaba la razón de ser de esta actitud permanente de D. Santos, de servicio a los demás".

Y era bueno D. Santos, con una bondad auténtica, esa bondad que hace que uno sea exigente consigo mismo y comprensivo para los demás". "Parecía, aún externamente, que estaba en continua adoración... Era un hombre que tenía el espíritu de oración y que vivía perfectamente en presencia de Dios".

"Era una bondad que inspiraba confianza, y era una bondad que te daba seguridad. Recuerdo también perfectamente, en el tiempo del Concilio Vaticano II, que la mayor parte de los Obispos que nos hospedábamos en el Colegio Español, nos confesábamos con D. Santos. Era como el Padre Espiritual de los Obispos. Era el que podía darnos un consejo, pero independientemente de todas las cosas de la tierra y de todas las cosas mundanas, porque D. Santos tenía un juicio sobrenatural en todos los momentos de su vida; yo diría que por un Don del Espíritu Santo, tenía como cierta connaturalidad con lo sobrenatural, y efectivamente se notaba en su conversación y su trato. Y por eso los Obispos teníamos una confianza tan grande en él, que le venerábamos...".

Alguien decía antes: "Qué pobre vivía D. Santos", y no solamente con pobreza real; era con todas las virtudes. Y, efectivamente, parece que a través de la figura pequeña y sencilla de D. Santos, se traslucía la imagen de Jesucristo; y eso de ser "otro Cristo", que al fin y al cabo lo diríamos de todos los cristianos, yo creo que lo era de una manera especial D. Santos, precisamente por esa fidelidad absoluta y total a Jesucristo, a su misión de Obispo, a la Iglesia a la cual debía servir y al Papa".

"Ha muerto un santo, yo lo he oido decir después de la muerte de D. Santos, y creo verdaderamente que ha muerto un santo".

La multitud abarrotaba la Catedral. Y cuando, después de la Misa, el féretro fué llevado a hombros de los canónigos hasta la fosa..., toda aquella masa de gente prorumpió en un aplauso largo y fervoroso para el que había sido tantos años su buen pastor.

La tumba se cavó en la capilla de Santiago en la Girola. El Cardenal recitó las preces litúrgicas ante la misma, y allí quedó sembrado el cuerpo muerto de D. Santos como semilla de amor que florecerá en eternidad y gloria.

A nivel del pavimento una humilde losa de granito lleva esta inscripción:

Oportet Illum regnare

Santos Moro Briz

Obispo de Avila, 1935-1968

† 24 de mayo de 1980.



Institución Gran Duque de Alba

CAPITULO XXXV

SU RECUERDO...

El tiempo es la medida física del fluir de la realidad creada. La historia lo aferra luego parcialmente y lo recuerda con sus monumentos. Pero el tiempo sicológico no se identifica con aquél: es el devenir consciente con los estados del ánimo que aquél provoca. Según ésto un mismo acontecimiento puede parecerme un breve instante o un largo siglo. Y esto ocurre a nivel personal y a nivel colectivo.

Por eso una fuerte impresión puede desvanecerse pronto sin apenas dejar huella. El "recordar": se olvida aunque a veces se acuerde, se traiga a la memoria el recuerdo perdido.

El obituario de D. Santos sacudió la conciencia de sus antiguos diocesanos, les hizo "recordar" su presencia, aquella presencia que parecía no ocupar sitio, pero que sin embargo empapada silenciosamente la vida religiosa de Avila y la sostenía penetrantemente. Por eso se 'acordaron' de él, le trajeron a su recuerdo dormido.

Pero el tiempo siguió acompañado el fluir de la vida. Y aquel recuerdo se fue perdiendo como un gas en el aire.

Este pequeño libro quiere ser un pobre monumento a su memoria. Modesto y humilde, como él lo fue siempre en su vivir. Pero al cabo de tiempos, algún ejemplar del mismo, escondido en alguna biblioteca, puede interesar a algún historiador de la Diócesis de Santa Teresa para llenar alguna página de su historia eclesial. Siempre la vida de las personas más o menos relevantes nos permiten asomarnos a esos momentos sucesivos de la cultura humana, en nuestro caso marcada con signo cristiano.

Treinta y tres años no son pocos. Fueron de transición (bueno, todos lo son), pero interesantes en la vida de España y de la Iglesia.

Entonces D. Santos aportó su sencillez de vida y de trabajo, su equilibrio, su serenidad, su audacia y su timidez. En conjunto su actuación en la Diócesis fue muy positiva.

Nos dejó a todos el suave perfume de un testigo sincero y auténtico de fe y de amor a Jesucristo, el Señor.

Apéndices

Como muestreo de su espíritu y de su estilo literario queden aquí reeditados estos dos documentos de D. Santos.

APENDICE I

CARTA INTIMA DE DESPEDIDA A SUS SACERDOTES

Gracias al Señor, parece como si la situación de espera, en que vivo hace más de dos años, estuviera para terminar de un momento a otro, y que se acerca el momento de deciros: Adios.

Pero estimo que no sería correcto contentarme con la "despedida" global, que dirija a mis queridos fieles abulenses. Tengo necesidad de una expansión cordial con vosotros, —mis íntimos hermanos y "colaboradores"— a través no sólo de los 33 años de Obispo residencial, sino de los 57 de mi sacerdocio...

A todos vosotros —más o menos— os conocí y traté familiarmente en nuestro seminario. A la mayor parte de vosotros tuve el gozo y el honor de consagrados Sacerdotes de Jesucristo.

A este propósito, —puesto que sois minoría los supervivientes—, quiero dedicar también un recuerdo emocionado a tantos otros hermanos "que nos praecesserunt cum signo fidei et dormiunt in somno pacis" (en mi patente de la Herm. de Sufragios aparecen nada menos que 432 por quienes he aplicado el Sto. Sacrificio).

A ellos y a vosotros puedo asegurar que dediqué la mayor parte del tiempo de mi pobre vida, con todos los desaciertos que se quiera, pero siempre con sincero afán de ayudarlos y serviros, aún en los momentos en que —muy a pesar mio, pero en cumplimiento de mi deber— tuviera que contrariar o corregir a alguno.

Loor a nuestros párrocos rurales.

Siempre he venerado y admirado a nuestros sacerdotes de parroquias rurales (no en vano viví varios años en compañía de uno de esos beneméritos párrocos).

¡Qué anecdotario, tan interesantes y tan precioso, si yo hubiera lle-

vado diario de notas"!... ¡Qué maravillosos ejemplos de sacrificio y de abnegación y... hasta de heroísmo, ejercitados con una naturalidad y sencillez evangélicas, como quien no hace cosa digna de mención o de alabanza!...

Por vía de ejemplo: aquellos simpáticos Curitas de antaño, caballeros en humilde jumento, para servir sin retribución su anejo en tantos días crudísimos de invierno...: estampas del estilo de nuestro insigne P. Manjón, subiendo al Sacro Monte de Granada. El Arcipreste aquel de Moraña Baja, que hacía siempre a pie la visita a todas las parroquias de su distrito...

La labor callada, perseverante, alegre de aquel celosísimo D. Francisco Esteban de talento privilegiado, coadjutor en Avila, Consiliario del Círculo Católico de Obreros, luego párroco de Cardeñosa, finalmente miembro del Cabildo Catedral, que, desde los primeros días de su sacerdocio estudiaba con ahínco, durante la semana, las pláticas dominicales –con precisión de catequista teólogo– y luego las escribía, y las pronunciaba al pie de la letra, y así años y años...

Martirologio Diocesano. Servicio a la catolicidad.

Séame lícito destacar, –entre el cúmulo de datos ejemplares–, dos proezas protagonizadas por nuestro admirable clero abulense, que revelan el temple de su espíritu, y ha sido motivo de singular edificación aún fuera de nuestros confines. 1) El "Martirologio" de la Iglesia abulense: esos 28 sacerdotes que dieron generosamente su vida por Cristo durante la cruelísima persecución marxista. Muchos de vosotros tal vez ni conocéis sus nombres; podéis leerlos, y aún contemplar su fisonomía en el folleto que editamos en 1941, aparte de la mención elogiosa, que hizo el BOLETIN ECLESIASTICO de 1936, pag. 365, de estos escarecidos atletas de Cristo.

2) Los equipos de sacerdotes, –algunos de ellos "pioneros" de primera hora–, que vienen ejerciendo los sagrados ministerios en Ibero América, y con ellos el grupo de "Capellanes de Emigrantes" en América y en varias naciones de Europa.

Labor dura y perseverante (en algunos casos rayana en el heroísmo),

que han merecido calurosos elogios de los respectivos Prelados (alguna deseción... es sombra que no empaña el mérito y resplandor del conjunto).

Adversidades.

Harto comprendeis que, —al referirme al noble comportamiento de nuestros sacerdotes a través de tantos años—, no todo había de ser júbilo y páginas de gloria, y que no podía faltar el capítulo de sinsabores. Diríamos que ha sido un tejido de... "dolores y gozos"....

Aludo, como muestras, tan sólo a estos del principio y del final de mi pontificado:

1) Ante todo, cabría mencionar la circunstancia de haber comenzado este ministerio pastoral en plena "República... laica y masónica", —fieramente perseguidora de la Iglesia...—, con todos los sufrimientos que ello entraña...

2) Ahora, al final, los tristes episodios de este periodo postconciliar: las bajas, digo, en nuestras filas... (aunque "legitimadas" de algún modo por la benignidad de la Santa Sede).

No en son de queja, ni con el afán pueril de *exculparme* (en lo que haya sido, al menos en parte, efecto de mi proceder defectuoso), dejadme aludir suscintamente a alguno de los motivos de angustia de esta última temporada: entre otros, a una pequeña "astilla" de mi cruz.

Me refiero al grupo de hermanos sacerdotes, a quienes no he logrado complacer... y se encuentran, no ya "insatisfechos" (eso sería normal: lo advirtió ya el poeta pagano: "ea est hominum conditio ut nemo sua sorte sit contentus"), sino positivamente molestos, "resentidos" con el Prelado, por considerarse "incomprendidos", "víctimas" de la falta de visión o de caridad o de espíritu de equidad de este vuestro hermano mayor.

Creedme que con toda el alma hubiera querido ahorrar ese habitual sufrimiento a estos queridos hermanos. Muy sinceramente deseo que, al desaparecer yo, queden aliviados en su espíritu y recobren la paz y la alegría interior.

No obstante lo dicho, después de *pedirles perdón humildemente* por

lo que hay tenido yo de culpa (al menos jurídica, por acción u omisión)..., procedería invitarlos amigablemente a una sincera, profunda y desapasionada introspección, a una "revisión de vida"; no vaya a suceder que ese estado psíquico que los aflige, tenga su origen no precisamente, o no sólo en el comportamiento incorrecto de este pobre Prelado, sino en alguna enfermedad interior de ellos, en algún afecto desordenado, según la clásica sentencia de san Agustín: "Jussisti. Domine, et ita est, ut poena"...

Al menos, mis queridos hermanos, aunque vuestro caso sea simple "permisión" y no disposición positiva del Señor, no perdais el mérito ante El. Seguid más bien el consejo tan saludable de nuestra Santa: "haciendo de la necesidad virtud". Enseñad, con el ejemplo, a vuestros fieles a llevar la cruz de cada día como hombres de fe.

El reciente mensaje de su Santidad.

¡Tengamos conciencia viva de nuestro sacerdocio!

Después de lo que tan maravillosamente acaba de decirnos a los sacerdotes, —a cada uno de nosotros en particular—, nuestro Smo. Padre el Papa en el precioso Mensaje del 30 de junio último huelga cualquier otra reflexión que yo pudiera sugeriros.

Guardad religiosamente en vuestro espíritu aquellas cuatro "dimensiones" de nuestro sacerdocio ministerial: a) la dimensión sagrada: el sacerdote "homo Dei"..., que en ciertos actos obra "in persona Christi" ...; b) dimensión apostólica: "hombre que vive no para sí, sino para los otros" ... El mundo nos necesita..., y tenemos ante los ojos una misión inmensa...; c) dimensión místico-ascética. De ahí la llamada continua a la vida interior, "alma de todo apostolado"; la pausa obligada en las ocupaciones exteriores, para dedicar solícita atención a la conversación interior, al regusto de la oración personal, de la oración mental, del Breviario; d) dimensión eclesial: somos miembros de un cuerpo organizado (la Iglesia universal, la Diócesis, la Parroquia). *¡Amemos mucho a la Iglesia! nuestra madre.* "Sintamos con ella" ...; con esta Madre Iglesia, aunque tenga sus limitaciones y defectos porque está compuesta de hombres y no de ángeles..., pero que no deja de estar presidida por su divino Fundador y vivificada por el Espíritu Santo...

El modernismo hoy.

Vivimos "tiempos recios" (que diría nuestra Santa), una época revuelta, de transición, respirando –tal vez sin darnos cuenta– un ambiente mefítico de "modernismo", más difuso y peligroso, que aquel otro de principios de siglo, condenado por San Pio X.

Sin aludir a la monstruosa aberración del ateísmo ("crimen de lesa Majestad Divina"), que cunde hasta en países católicos, aun en España, –y quizás en nuestra diócesis de Ávila–, atravesamos hoy:

– una crisis gravísima de fe, con la consiguiente puesta en duda o negación del orden sobrenatural y de toda trascendencia..., y las mil funestas implicaciones. Subrayo –por la peligrosa y fatal–, la que afecta a la autoridad y al *Magisterio divino de la Iglesia*: magisterio hoy tan discutido y aun tan descaradamente combatido;

– *crisis de moralidad*, de que es trágico exponente el arrollador libertinaje de costumbres, y –lo que es incomparable más pernicioso–, la depravación de criterios en materia de moral; el no saber ya discernir el bien del mal ("haberse perdido la noción de pecado"/ Pio XII); la defensa descarada de una moral puramente subjetiva, que rechaza el imperio de la Ley, no ya eclesiástica o civil, sino divina; el "diseño roussoniano" del hombre, exento de las tres concupiscencias, herencia del pecado original; la "moral de situación", el *hedonismo* con su concepto pagano de la vida...

– priva también un *humanismo* exagerado, egocentrista..., con su desmedida exaltación de la *persona humana*... (a expensas de los derechos primordiales, sacratísimos de nuestro divino Hacedor), y de la libertad sin freno y sin fronteras, y la consiguiente "devaluación" o absoluto menosprecio de otros auténticos y no menos preciosos "valores" humanos, como son las expléndidas y varoniles virtudes morales (y no digamos las sobrenaturales e infusas), tan básicas en la vida cristiana: vgr. la abnegación y el desprendimiento, la humildad, la castidad...

– es ya un tópico lamentarse de la crisis de *obediencia*, aún dentro del hogar. Es notorio por demás que, hasta entre sacerdotes y otras personas consagradas a Dios, ha hecho riza la crisis de la virtud sobre-

natural de la obediencia, como si degradara al hombre, atentando contra la dignidad de su persona.

— en fin, diríamos que está en crisis aun el *sentido común*. En efecto, circulan por ahí —cuál si fueran axiomas o verdades inconcusas del Evangelio—, unos criterios verdaderamente desconcertantes v.g. que "todo lo nuevo es bueno y aceptable; y todo lo antiguo es arcaico, y debe abolirse por estar *desfasado*, (de ahí, por ejemplo, el prurito de innovaciones atrevidas en la sagrada Liturgia, sin autorización de la Santa Sede...).

Sería prolífico enumerar el catálogo de errores y desviaciones, que —más o menos— todos conocemos.

Messis quidem multa...!

"Confidete, Ego vici..."

Qué inmenso campo de acción os espera, mis venerables y amadísimos sacerdotes.

¡Cuántas y cuán serias recomendaciones se agolpan a los puntos de la pluma en esta mi postreta conversación íntima con vosotros!

Si diera rienda a mis vehementes convicciones y sentimientos, os encarecería: a) el meditar una y mil veces aquellos sapientísimos consejos, de palpitable actualidad, del Apóstol: "Labora sicut bonus miles Xti. Jesu" (2 Tim. 2,3). "Tu vero, vigila, in omnibus labora...; insta opportune, importune..." (Id. 4,5). "Ego autem impendam et superimpendar..." (2 Cor. 12,15). etc.

b) Insistiría en subrayar aquel apotegma de S. Pio X, verdadero e infalible *secreto* para ser sacerdote "del día", —a la altura de esta época difícil— y conquistador del mundo moderno: ASPIRAR CON TODAS NUESTRAS FUERZAS A LA SANTIDAD. PORQUE "SI AL Sacerdote le falta la Santidad, le falta todo..." (Haerent animo).

c) Así mismo debiéramos tener siempre en la memoria y grabadas a fuego en nuestro corazón, —entre otras gravísimas admonestaciones de la Iglesia nuestra Madre—, aquella lapidaria sentencia del decreto "Optatam totius" (precisamente las palabras con que comienza tan pre-

claro documento): "Conociendo perfectamente el Santo Concilio que la deseada *renovación* de toda la Iglesia depende en gran parte del *ministerio de los sacerdotes animados del espíritu de Cristo*"...

Sea siempre para nosotros verdad indiscutible, y como un axioma, el arcano poder y virtualidad de nuestro sacerdocio. Glosando la referida sentencia del Concilio, podemos decir: "Dios así lo ha dispuesto: la renovación moral y religiosa del mundo depende principalmente de nosotros los sacerdotes; de nuestro *testimonio* de vida auténticamente sacerdotal, es decir: de los quilates de nuestra *vida interior*, nutrida de sólidas virtudes (humildad, paciencia, mansedumbre, pureza, desprendimiento), y sostenida por la oración mental, por la santa Misa y el Oficio Divino.... y cortejada por una vida exterior abnegada, austera, animada siempre por un celo ferviente, incontenible, que se haga todo para todos..."

d) Y, como "la santidad es amor", aspirar a la conquista de un *amor ardentísimo a Cristo*, al Cristo del Evangelio viviente en nuestros sagrarios y presente en todos nuestros hermanos, señaladamente en sus predilectos los pobres. Amor a Cristo Cabeza y a su *Cuerpo Místico* la Iglesia, inseparable de El... Pero a Cristo crucificado a estilo de San Pablo.

c) En suma, mis amadísimos hermanos sacerdotes, puede servirnos de lema constante y síntesis de todas nuestras aspiraciones aquel "*in caritate Dei in patientia Christi*" (2 Thes. 3,5), que todos los días recitamos en el Breviario;

y así luchando y trabajando con generosa perseverancia como valerosos soldados de Cristo (1 Tim. 6,12), hasta que venga muy pronto (¡es tan breve el tiempo de este destierro!...) nuestro dulcísimo Pastor y Salvador a llevarnos consigo al descanso perdurable.

...et Omnipotentem Deum etiam pro me orate!...

Avila, 22 Septiembre 1968. (XXXIII aniversario de mi consag. episc.)

Santos, Obispo de Avila.



Institución Gran Duque de Alba

APENDICE II

MI DESPEDIDA DE LA DIOCESIS

Hace ya dos años (el 27 de agosto de 1966), en conformidad con el decreto conciliar "Christus Dominus" número 21 y el Motu Propio "Ecclesiae Sanctae", puse en manos del Sumo Pontífice mi cargo de Obispo residencial de esta gloriosa Sede abulense.

Poco después se me comunicó oficialmente que mi renuncia "se haría efectiva solamente cuando fuera designado mi Sucesor"; entre tanto se me rogaba que "continuase mi labor pastoral en esta Diócesis"...

Felizmente para todos, ha llegado ya el ansiado momento de mi "relevo".

De todo corazón bendigo al Señor por este "devolver mis credenciales, expresión manifiesta de la voluntad, siempre paternal, de Dios. Lo considero como un beneficio personal inapreciable, (y no menos para la Diócesis). –No por el simple afán de descansar y librarme de la cruz y de la grave responsabilidad aneja a este cargo, sino porque estoy íntimamente persuadido de que mi ausencia redundará en bien espiritual de nuestra amada diócesis y de la santa Iglesia en general.

¿MIS SENTIMIENTOS en esta hora?. Después de 70 años de estancia en Avila (61 de convivencia aquí, más otros 9 en la Ciudad Eterna), no puedo menos de sentir...

GRATITUD enardecida al Señor, abrumado por el cúmulo inmenso de gracias y misericordias que suponen 57 años de sacerdocio (de ellos, 33 de Obispo residencial).

– Pero al propio tiempo, –consciente de mi escasa correspondencia–, un sentimiento de humilde *contrición* "pro innumerabilibus... por mis innumerables pecados, agravios y negligencias"...

Eso sí, con una ilimitada confianza en la infinita misericordia de Dios nuestro Padre.

Me retiro, pues, animoso y alegre por cumplir el beneplácito divino ofreciendo a Dios muy de grado el sacrificio que entraña este "desarrailo", pero llevando en mi alma un inmenso afecto y agradecimiento y recuerdo inpercedero a esta Ciudad y Provincia de Avila, sin excluir a los habitantes del territorio desmembrado de la antigua Diócesis.

¿Cómo olvidar tantas atenciones y delicadezas y muestras de benevolencia a través de estos 61 años, desde que en 1998 pisé por vez primera esta privilegiada "patria chica" de la Mística Doctora?

Incurriría en lamentables omisiones, aunque sólo intentara enumerar –no ya las personas (esto es imposible en absoluto), sino las categorías más relevantes:

– ante todo, mis íntimos colaboradores los sacerdotes... y aquí el Excmo. Cabildo Catedral, la Curia Diocesana, los Arciprestes, el Clero Parroquial (Párrocos, Coadjutores, Adscritos), los capellanes, los Seminarios, el Colegio Diocesano... Como he dirigido recientemente una "Carta íntima" a mis sacerdotes huelga ahora cualquier otra recensión;

– las dignas *Autoridades* (presentes y pasadas): Civiles, Militares, Académicas... con sus diversos estamentos. Entre las académicas, séame permitido hacer explícita mención de los señores Maestros de las Escuelas Nacionales y Privadas, con sus Inspectores de Primera Enseñanza. ¡Les dobo tanto!

– *los religiosos y religiosas* (Monasterios, Ordenes y Congregaciones, Institutos seculares...) Maravillosos veneros de vida sobrenatural y de genuino espíritu evangélico;

– tantas beneméritas *Asociaciones* religiosas de seglares (entre mil otras, la Acción Católica, la Adoración Nocturna, Cáritas...) promotoras del culto, de la beneficencia, del apostolado;

– esa nutrida selección de seglares "militantes" –cristianos bien formados–, que "sintiendo" cordialmente con su Madre la Iglesia, están

siempre en vanguardia para cuanto signifique promover el Reino de Jesucristo;

— un recuerdo así mismo, —afectuoso y paterno— para la restante legión de fieles, que, al menos, cumplen los deberes fundamentales del cristianismo: asisten al Santo Sacrificio en días festivos y Comulgan por Pascua...;

— en fin, al despedirme de Avila, siento también —no sin tristeza— el imperioso deber de saludar con afecto sincero (aunque ellos tal vez no lo sospechan ni lo entienden) a ese ingente sector de abulenses —hijos que también me confió el Señor, pero que tal vez por culpa mía, por mi falta de celo y de virtud— viven desorientados lejos del Buen Pastor Jesucristo, despreocupados —al parecer— de los intereses eternos de su alma, en gravísimo riesgo de perderse eternamente. Mientras yo viva, proseguirán siendo objeto de mi entrañable solicitud y de mis pobres oraciones.

EN MI HUMILDE RETIRO. Consciente de mi condición de soldado y apóstol de Cristo (como todo cristiano), pero además ministro aunque indigno de Jesucristo, marché a ese rinconcito acogedor, que, sin yo pretenderlo, me depara la paternal Providencia del Señor...

no a trabajar (las escasas energías físicas de un anciano, no permiten hacerse muchas ilusiones); pero tampoco simplemente a "holgar y descansar" (¡eso, en el Cielo!)

— sino a *orar* por Avila y por la Iglesia. Por Avila en primer término:

1.- Para que prospere cada día más en todos los órdenes: antes que nada, en los valores espirituales, de transcendencia eterna. Que conserve siempre incólume el tesoro inapreciable de la fe, —superior a todos los bienes de la tierra—, y de la *moral* y costumbres cristianas, siguiendo las huellas de aquellos sus insignes paisanos: Sta. Teresa, San Juan de la Cruz,, Isabel la Católica...

2.- Pero, al propio tiempo, que siga progresando en los bienes temporales —que el Señor desea para sus buenos hijos—, compatibles con una auténtica vida cristiana y con nuestra condición de "viajeros" hacia la patria celestial.

3.- La elevación creciente, integral de las clases humildes..., de suerte que vean satisfechas en breve plazo sus legítimas aspiraciones y reivindicaciones, etc.

Voy, pues, a colaborar con los activos "militantes" de la Iglesia, pero al estilo e imitando de lejos a esas almas de vida contemplativa de nuestros claustros..., es decir, sufriendo por la Iglesia. Aparte de los achaques anejos a esta edad y otras cruces –a menudo insospechadas– que el Señor, en sus amorosos designios, depara a cada uno para "conquistar" el eterno galardón, aludo al sufrimiento moral, perenne, entrañado en aquella "susceptibilidad" (que diría el P. Faber) por los intereses de Cristo y de nuestra santa Madre Iglesia.

¡Hay, en el mundo de las almas, en el pueblo de Dios, tantos intereses de orden moral y religioso que "no marchan bien" (en Avila, en España, en todo el Orbe cristiano, ¿y qué diremos en el mundo infiel?).

RESPECTO A MI PASADA ACTUACION..., me permitiría un ruego: Por favor, mejor no hablar en bien ni en mal.

Sin querer recuerda uno aquello de San Pablo: "Muy poco se me da de ser juzgado de cualquier tribunal humano. Quien me juzga es el Señor. Tampoco juzguéis vosotros antes de tiempo, mientras no venga el Señor que iluminará los escondrijos de las tinieblas, y hará manifiestos los propósitos de los corazones"..... (I Cor. 4-5).

MIS ULTIMOS CONSEJOS. A través del pasado "Año de la Fe", habréis podido descubrir y palpar las deficiencias tan sensibles, que hay también entre nosotros en materia de fe: en unos, fe poco ilustrada, inconsciente; en otros fe láguida, rutinaria... sobre todo es muy frecuente la falta de correspondencia entre la fe que dicen profesar, y la vida, las obras: entre el Símbolo y el Decálogo...

a) ¡Cultivid, amigos míos, vuestra fe cristiana como el primero y más básico tesoro que habeis recibido del Señor. "Luchad en el noble certamen de la fe" (I Tim. 612). Hoy una fe sin vigor no logrará superar los graves peligros que acechan nuestra vida cristiana: no es menor el ambiente de inmoralidad que se respira, el hedonismo pagano, enemigo número uno para la expansión del Evangelio.

b) Pero cuidad mucho de que vuestra fe cristiana sea viva y operante: *vida en gracia*, ante todo; unidas siempre las dos ordenanzas de nuestra Religión: fe y... caridad sobrenatural (que es amor de Dios y del prójimo por Dios o caridad fraterna).

Y notad que esa caridad fraterna –mandamiento por autonomía de Cristo– para que sea auténtica ha de ir, hoy día sobre todo, refrendada por la virtud de la justicia... social. Tened un aprecio íntimo, un ansia incontenible de esa justicia, tal como proclama Su Santidad Pablo VI en la Encíclica "Populorum Progressio"...

c) Orad, orad, mis amados fieles, que la oración es la llave del Cielo.

d) Sed todos *apóstoles*. Es la vocación de todo cristiano, inseparable de su condición de discípulo de Cristo. Apóstoles en la forma que a cada uno le sea posible: ante todo, con el apostolado del buen ejemplo, con el *testimonio* de una vida cristiana sincera, cabal. Pero apóstoles, notadlo bien, con ardoroso espíritu "misionero", conquistador...

e) En fin, ¡aspirad a la perfección cristiana (que es amor perfecto de Dios), a la *santidad!* Después del Concilio Vaticano II (L. G. 40), ningún cristiano puede dudar de que Dios le llama tambiéen a este grado de intimidad con El...

Animo, hermanos y amigos amadísimos, la senda que conduce a esa vida eterna felicísima –que el Señor nos ha prometido– es estrecha...; pero sed valerosos, "militantes", seguros de que no os faltará la gracia y ayuda de Dios, si –como antes decía– la pedís constantemente en la oración.

¡ADIOS...! hasta el Cielo. Que todos, sin faltar uno, nos encontramos un día –después de esta breve peregrinación a través del "destierro"– en "aquella vida de arriba, que es la vida verdadera". (Santa Teresa).

Avila, 18 octubre 1968.

SANTOS MORO, Obispo de Avila.



Institución Gran Duque de Alba

INDICE

	<u>Página</u>
Pórtico	7
Capítulo I. Infancia	9
" II. Estudios	13
" III. Cargos y tareas sacerdotales	17
" IV. Obispo de Avila	23
" V. 33 años de Obispo	27
" VI. 1938-1940	33
" VII. 1941-1944	37
" VIII. 1945-1950	41
" IX. 1950-1951	45
" X. 1952-1959	49
" XI. 1960-1962	53
" XII. 1963-1966	57
" XIII. La jubilación	61
" XIV. La vida de todos los días	63
" XV. La piedad de D. Santos	67
" XVI. Su talante episcopal	69
" XVII. Los sacerdotes	73
" XVIII. El Seminario	77
" XIX. La palabra hablada y escrita	81
" XX. Otras tareas ordinarias	83
" XXI. Las visitas pastorales	85
" XXII. Misiones y ejercicios	87
" XXIII. Los religiosos	89
" XXIV. Los seglares	93
" XXV. Centros de formación	97
" XXVI. Los obreros	99
" XXVII. Por la Iglesia universal	103
" XXVIII. Amistades	105
" XXIX. Limitaciones	109
" XXX. Un puñado de anécdotas	111
" XXXI. Octubre de 1968	117
" XXXII. En Santibáñez	119
" XXXIII. En la paz de Dios	123
" XXXIV. El sepelio	125
" XXXV. Su recuerdo	129
Apéndice I. Carta de despedida a sus sacerdotes	131
" II. Mi despedida a la Diócesis	139



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

TITULOS PUBLICADOS

1. **Autarquía**, de Alberto Medina González.
2. **Aproximación a Robles Dégame**, de Jacinto Herrero Esteban.
- 3 y 4. **Juan de la Cruz: Camino y Mensaje**, de B. Jiménez Duque.
5. **La Salamandra en el fondo del pozo**, de Fernando Alda Sánchez.
6. **Meditaciones de un cura de aldea**, de J. H. Martín de Ximeno.
7. **En Ávila; sin ira**, de Jacinto Herrero Esteban.
8. **Semántica de los líquidos en la obra de San Juan de la Cruz**, de María Ángeles López García.



Inst. Gr